

Autor bestseller de la lista *New York Times*

TIMOTHY KELLER

Respuestas inesperadas a las preguntas más grandes de la vida

Encuentros con Jesús

ENCUENTROS CON JESÚS

*Respuestas inesperadas a las
preguntas más grandes de la vida*



Timothy Keller



Poema Publicaciones

CONTENIDO

Página de derechos

Dedicatoria

Introducción

1. El estudiante escéptico
2. El poderoso y la marginada
3. Las hermanas afligidas
4. La fiesta nupcial
5. La primera cristiana
6. El gran enemigo
7. Los dos abogados
8. El maestro obediente
9. A la diestra del Padre
10. La valentía de María

Agradecimientos

Notas

Acerca del autor

ENCUENTROS CON JESÚS

por Timothy Keller

© Poiema Publicaciones, 2016

Traducido con el debido permiso del libro *Encounters with Jesus: Unexpected Answers to Life's Biggest Questions*, Copyright © 2013

by Timothy Keller, publicado por Dutton. Traducido por Giancarlo Montemayor.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido extraídas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1999 por Biblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla NBLH han sido tomadas de *La Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy* ©2005 por The Lockman Foundation; las marcadas con la sigla NTV, de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente* © 2010 por Tyndale House Foundation.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones

e-mail: info@poiema.co

www.poiema.co

Categoría: Religión, Cristianismo, Vida Cristiana

SDG

A los líderes y voluntarios de los ministerios universitarios que me trajeron a la fe y además nutrieron la fe tanto de mis hijos como la de sus esposas. Particularmente, a aquellos que trabajan en

la *Reformed University Fellowship* en Estados Unidos
y en la *Universities and Colleges Christian Fellowship*,
la sucesora de la *Inter-Varsity Fellowship*, en Reino Unido.

INTRODUCCIÓN

Fui criado en una iglesia cristiana, pero en la universidad pasé por una crisis personal y espiritual que me llevó a cuestionar las creencias más fundamentales que tenía con respecto a Dios, al mundo y a mi persona.

Durante esos años me encontré con algunos cristianos que se reunían en grupos pequeños para estudiar la Biblia. En estos grupos el líder no asumía el papel de maestro o instructor; en vez de eso, facilitaba la lectura y la interpretación de algún pasaje bíblico para todo el grupo. Las reglas básicas eran simples pero cruciales para mantener la integridad del ejercicio. La Biblia debía recibir el beneficio de la duda —el texto debía ser tratado como una fuente fiable, y sus autores debían ser vistos como personas competentes; ninguna interpretación personal debía ser impuesta sobre el pasaje; debíamos llegar a las conclusiones como grupo. Cuando estudiábamos un pasaje como comunidad, buscábamos escarbar las ricas interpretaciones que salían; asumíamos que juntos podíamos ver más cosas de lo que cualquier individuo podría ver por sí mismo.

Antes de siquiera estar seguro de dónde me encontraba en cuanto a mi propia fe, me pidieron que fuera el líder de un grupo y me dieron un conjunto de estudios bíblicos titulados *Conversaciones con Jesucristo en el Evangelio de Juan* de Marilyn Kunz y Catherine Schell. Estos estudios cubrían trece pasajes del libro de Juan donde Jesús sostuvo conversaciones con algunos individuos. Esos estudios ayudaron a que mi grupo descubriera diferentes niveles de significados cada vez más profundos que nos asombraban a todos. Al estudiar estos recuentos de la vida de Jesús, empecé a darme cuenta, más que nunca, que la Biblia no era un libro ordinario. Sí, es cierto que llevaba consigo la extraña belleza de la literatura de un pasado distante, pero había algo más. Fue a través de estos estudios de encuentros con Jesús que comencé a percibir una vida y un poder inexplicables en el texto. Estas conversaciones de hace siglos eran asombrosamente relevadoras e incisivas *para mí —aquí y ahora*. Empecé a escudriñar las Escrituras, no solo para estimular mi

intelecto, sino para encontrar a Dios.

Aprendí que la paciencia y la disciplina de pensamiento eran clave para el entendimiento. Una vez fui a una conferencia para líderes de estudios bíblicos. Nunca olvidaré uno de los ejercicios. La instructora nos dio un versículo, Marcos 1:17: “Vengan, síganme —les dijo Jesús—, y los haré pescadores de hombres”. Luego nos pidió que pasáramos treinta minutos estudiando el versículo (el cual, en efecto, relataba un encuentro con Jesús). Nos advirtió que después de cinco o diez minutos pensaríamos que ya lo habíamos descubierto todo en el pasaje, pero nos desafió a continuar hasta el final del tiempo indicado. “Escriban por lo menos treinta cosas que vean en este pasaje”, nos dijo. Pasaron diez minutos y yo ya había terminado (o eso pensaba) y estaba aburrido. Pero, de mala gana, continué observando y estudiando el pasaje. Para mi sorpresa había más por descubrir. Cuando todos regresamos, la instructora nos pidió que viéramos nuestra lista y circuláramos el descubrimiento más penetrante, conmovedor y personal que habíamos hecho. Acto seguido, nos hizo una pregunta: “¿Cuántos de ustedes encontraron su descubrimiento más penetrante en los primeros cinco minutos? Levanten su mano”. Nadie levantó su mano. “¿Diez minutos?”. Una o dos manos. “¿Quince?”. Más manos. “¿Veinte?”. Ahora un gran número de manos fueron levantadas. “¿Veinticinco?”. La mayoría de nosotros levantamos la mano, sonriendo y sacudiendo la cabeza.

Esas experiencias iniciales con el estudio paciente e inductivo del texto bíblico cambiaron mi vida espiritual. Descubrí que si dedicaba tiempo y asumía una actitud de franqueza y confianza, Dios me hablaría a través de Su Palabra. Estas experiencias también me dirigieron hacia mi curso vocacional al darme las herramientas necesarias para ayudar a otros a escuchar la Palabra de Dios a través de la Biblia. Por más de cuarenta años he estado enseñando y predicando la Biblia, y la base de cada charla, conferencia o sermón siempre ha sido lo que he aprendido en la universidad sobre cómo sentarme frente a un texto y examinar cuidadosamente sus profundidades.

Todavía sostengo la autoridad de toda la Biblia y me encanta aprender todo acerca de ella y enseñarla toda. Pero la primera vez que sentí el peso de la autoridad espiritual de la Biblia en lo personal fue al leer los Evangelios, particularmente en esas conversaciones que Jesús sostuvo con ciertos individuos —el estudiante escéptico Natanael, la madre desconcertada de Jesús en las bodas de Caná, el profesor religioso que vino de noche, la mujer que estaba junto al pozo, las hermanas desconsoladas de Lázaro, y muchos otros.

Diría que muchos de mis propios encuentros formativos con Jesús sucedieron cuando estudiaba Sus encuentros con algunos individuos que aparecen en los Evangelios.



AÑOS ATRÁS escribí un libro titulado *La razón de Dios: creer en una época de escepticismo*. Como pastor de una iglesia en Nueva York durante muchos años, siempre he apreciado los argumentos de los escépticos y el papel invaluable que estos juegan en la definición y la claridad que distingue al cristianismo. Me molesta cuando los cristianos descartan estas preguntas de forma arrogante o condescendiente. Recuerdo claramente las preguntas y dudas que llevaba conmigo a esos grupos de estudio bíblico en la universidad y lo mucho que apreciaba que mis preguntas fueran tomadas en serio. Me he percatado de que tomar tiempo y esfuerzo para responder preguntas difíciles les da a los creyentes la oportunidad de profundizar en su propia fe, y al mismo tiempo crea la oportunidad para que los incrédulos puedan abrir su corazón al gozo del cristianismo.

Por esta razón, me dio mucho gusto ser elegido como orador para una conferencia de estudiantes —la mayoría de ellos escépticos— en Oxford Town Hall, Oxford, Inglaterra, en el año 2012. Acordamos que yo exploraría algunos encuentros que Jesús tuvo con ciertos individuos en el Evangelio de Juan. Pensé que esto sería una buena idea, ya que la narrativa de estos encuentros revela las enseñanzas centrales y el carácter de Jesús de una forma particularmente persuasiva, tal como yo lo había descubierto hace muchos años. Al prepararme para dar estas charlas, me di cuenta de que estos encuentros tenían un propósito detrás de ellos. En muchos de ellos vemos a Jesús abordando las preguntas universales sobre “el significado de la vida”: ¿Para qué sirve el mundo? ¿Qué es lo que está mal en el mundo? ¿Qué puede restaurar este mal (si es que algo puede hacerlo), y cómo? ¿Cómo podemos ser parte de esta restauración? ¿Y dónde debemos buscar las respuestas a estas preguntas en primer lugar? Estas son preguntas que todos debemos hacernos —y que los escépticos honestos tienen el deseo de explorar.

Todos tenemos respuestas en desarrollo con respecto a estas preguntas. Si tratamos de vivir sin ellas, tarde o temprano seremos abrumados por lo insignificante que parece ser la vida. Vivimos

en una época donde algunos insisten en que no necesitamos tales respuestas, que debemos admitir que la vida es un sinfín de tareas insignificantes en el gran esquema del universo y que debemos dejarlo así. Mientras sigues vivo —dicen ellos— trata de disfrutar la vida lo más que puedas y, cuando mueras, no estarás presente para preocuparte al respecto. ¿Para qué te vas a preocupar por encontrar el significado de la vida?

Sin embargo, el filósofo francés Luc Ferry (quien, por cierto, no es cristiano) en su libro *A Brief History of Thought* [*Una breve historia de la razón*] dice que tales declaraciones son “demasiado brutales para ser honestas”. Ferry quiere decir que la gente que hace tales declaraciones no puede creer en ellas por completo en su corazón. La gente no puede vivir sin algún tipo de esperanza, significado o convicción de que algunas cosas son más provechosas que otras. Así que sabemos que *sí* debemos tener respuestas para estas grandes preguntas de la vida con el fin de, como dice Ferry, “vivir bien y, por tanto, libremente, capaces de sentir gozo, generosidad y amor”.

Ferry continúa argumentando que casi todas nuestras posibles respuestas ante estos grandes asuntos filosóficos provienen de cinco o seis sistemas de pensamiento. Y hoy muchas de nuestras respuestas más comunes provienen de un sistema en particular. Por ejemplo: ¿Piensas que ser amable con tus enemigos y buscar su amistad es mejor que matarlos? Ferry dice que esta idea —la de amar a tus enemigos— provino únicamente del cristianismo. Y, como veremos más adelante, hay una cantidad enorme de ideas, las cuales consideramos válidas, honorables o bellas, que se originaron en el cristianismo.

Por tanto, si quieres asegurarte de que tus respuestas a las preguntas fundamentales de la vida son elaboradas, sensatas y lógicas, necesitas por lo menos familiarizarte con las enseñanzas del cristianismo. La mejor forma de hacer esto es ver cómo Jesús explicó Su persona y propósitos a la gente que conoció —y cómo las vidas de esa gente fueron transformadas gracias a las respuestas de Jesús a sus preguntas. Esa fue la premisa de las charlas en Oxford, que se convirtieron en la base para los primeros cinco capítulos de este libro.

No obstante, necesitaba continuar, porque una vez que has estudiado estos encuentros transformadores con Jesús en Su encarnación, y una vez que has visto la belleza de Su persona y propósito, y una vez que has escuchado Sus respuestas a las preguntas más profundas de la vida, todavía te

queda una pregunta por contestar: “¿Cómo puedo *yo* tener un encuentro con Jesús después de dos mil años? ¿Yo también puedo ser cambiado, así como lo fueron estos testigos presenciales?”.

El evangelio cristiano dice que somos salvos —cambiados por siempre— no por lo que hacemos, y ni siquiera por lo que Jesús le dijo a la gente con la que conversó, sino por lo que Él ha hecho por nosotros. Así que la gracia transformadora y el poder de Jesús pueden ser mejor comprendidos cuando presenciamos lo que Él ha logrado en los eventos centrales de Su vida: Su nacimiento, Sus sufrimientos en el desierto y en el jardín de Getsemaní, Sus últimas horas con Sus discípulos, Su muerte en la cruz, Su resurrección y ascensión. Es por medio de Sus acciones en estos momentos que Jesús logra la salvación que nosotros jamás pudimos haber alcanzado. Comprender esto puede moverte de conocer a Jesús como un maestro y una figura histórica a tener un encuentro con Él como tu redentor y salvador.

Es por eso que la segunda parte de este libro analiza algunos de estos eventos cruciales en la vida de Jesús. La base de estos capítulos es una serie de charlas que di en Harvard Club en la ciudad de Nueva York, donde hablé con regularidad en algunos desayunos a líderes de negocios y líderes de gobierno y cultura durante un periodo de varios años. Tal como las charlas de Oxford, muchos de los que estaban en el auditorio eran personas altamente educadas y exitosas, quienes expresaban sus dudas y preguntas conmigo. Y en ambos escenarios me vi obligado a regresar —como lo he hecho una y otra vez a lo largo de las décadas— a estos textos evangélicos donde sentí por primera vez el carácter “vivo y eficaz” de las Escrituras (Hebreos 4:12). Tal como me había enseñado mi instructora, cada vez descubría más cosas en estos textos, y cada vez me entusiasmaba más compartir lo que había aprendido.

Hay una razón más por la que quise escribir este libro. Cuando mi nieta Lucy tenía dieciocho meses de edad, veía claramente que ella podía percibir más de lo que podía expresar. Apuntaba a algo o levantaba algo y luego me miraba con una profunda frustración. Quería comunicarme algo, pero era demasiado joven para hacerlo. Todas las personas sienten este tipo de frustración en varios puntos de sus vidas. Experimentas algo profundo y después bajas de la cima de la montaña o sales de la sala de conciertos o de donde sea que estabas y tratas de compartir esa experiencia con alguien más. Pero tus palabras no le hacen justicia a tu experiencia.

Ciertamente, todos los cristianos se sienten así cuando desean describir sus experiencias con Dios. Como maestro y predicador, mi trabajo y mi deseo es ayudar a otras personas a ver la belleza pura de quién es Cristo y lo que ha hecho por nosotros. Pero la ineptitud de mis palabras (o de las palabras de cualquiera) para transmitir por completo esta belleza causa una frustración y una tristeza muy grande para mí. Aun así, no hay un lugar en el mundo que nos ayude más en esta difícil tarea que estas narrativas de los encuentros de Jesús con la gente que encontramos en los Evangelios.

Espero que, ya sea que estés estudiando estas narrativas por primera vez, o que las estés repasando por centésima vez, seas deslumbrado una vez más por la persona de Cristo y por lo que Él ha hecho por nosotros.

UNO



EL ESTUDIANTE ESCÉPTICO

*¿Dónde debemos buscar respuestas
a las preguntas más importantes de la vida?*

El primer encuentro con Jesús que quiero que analicemos es el ejemplo sutil pero poderoso del estudiante escéptico. Este encuentro aborda tal vez la pregunta más fundamental de la vida: *¿Dónde debemos buscar respuestas a las preguntas importantes de la vida? ¿Y dónde no debemos buscarlas?* Así que, este relato se dirige a aquellos que son escépticos ante el cristianismo, así como a los cristianos que enfrentan escepticismo por parte de los incrédulos.

Este encuentro sucede justo después de lo que se ha denominado *El prólogo* del libro de Juan. Luc Ferry, el filósofo francés, observa que este prólogo fue uno de los puntos trascendentales en la historia del pensamiento. Los griegos creían que el universo tenía un orden racional y moral, y a este “orden de la naturaleza” lo llamaban *El Logos*. Para los griegos, el significado de la vida consistía en contemplar y discernir este orden en el mundo, y definían la vida bien vivida como aquella que se conformaba a dicha tarea.

Juan, el escritor del evangelio, toma prestado, de forma deliberada, el término filosófico griego Logos y dice esto sobre Jesús:

En el principio ya existía el Verbo (*Logos*),
y el Verbo estaba con Dios,
y el Verbo era Dios.
Él estaba con Dios en el principio.

Por medio de Él todas las cosas fueron creadas;
sin Él, nada de lo creado llegó a existir [...]
Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros.
Y hemos contemplado Su gloria (Juan 1:1–3, 14).

Esta declaración cayó como un relámpago en el mundo de los filósofos de antaño. Tal como los filósofos griegos, y contrario a muchos contemporáneos, Juan afirma que existe un *telos*, es decir, un propósito para nuestras vidas —algo para lo que fuimos creados, algo que debemos reconocer y honrar para poder vivir bien y con libertad. Juan asevera que el mundo no es solo un producto de fuerzas ciegas y aleatorias; su historia no es “un cuento contado por un idiota, lleno de ruidos y enojo, que no significa nada”. Y luego Juan insiste en que el significado de la vida no es un principio u otra estructura racional abstracta, sino una *persona*, un ser humano que anduvo en la Tierra. Como observa Ferry, esta declaración fue interpretada por los filósofos como una “locura”. Pero también condujo a una revolución. Si el cristianismo era cierto, la vida bien vivida no se encontraba principalmente en la contemplación filosófica o en la búsqueda intelectual, lo que dejaría fuera a casi todas las personas del mundo. En cambio, la vida bien vivida se encontraba en la relación con una persona; una relación que estaba disponible para cualquiera, donde sea, de cualquier trasfondo.

Para demostrarnos inmediatamente cómo funciona esto en la vida real, Juan aterriza esta idea al mostrarnos a Jesús interactuando con un grupo de estudiantes. En los tiempos de Jesús no había universidades; si querías ser un estudiante necesitabas adherirte a un maestro. Había muchos maestros espirituales, y muchos los seguían y se convertían en sus estudiantes, también llamados discípulos. Tal vez el maestro más radical y retador de esos tiempos era Juan el Bautista. Juan era muy popular, con muchos seguidores y un buen número de estudiantes dedicados. La historia ha registrado a algunos de ellos: Andrés, quien tenía un hermano, Pedro; y Felipe, quien trajo a su amigo Natanael. Algunos de los estudiantes ya creían lo que su maestro decía sobre el Mesías venidero, al que Juan llamaba “el cordero de Dios” (Juan 1:29).

Pero algunos de ellos eran escépticos. Natanael era uno de estos estudiantes escépticos, hasta

que tuvo un encuentro con Jesús:

Al día siguiente, Jesús decidió salir hacia Galilea.

Se encontró con Felipe, y lo llamó: —Sígueme.

Felipe era del pueblo de Betsaida, lo mismo que Andrés y Pedro.

Felipe buscó a Natanael y le dijo: —Hemos encontrado a Jesús de Nazaret, el hijo de José, Aquel de quien escribió Moisés en la ley, y de quien escribieron los profetas.

—¡De Nazaret! —replicó Natanael—. ¿Acaso de allí puede salir algo bueno?

—Ven a ver— le contestó Felipe.

Cuando Jesús vio que Natanael se le acercaba, comentó: —Aquí tienen a un verdadero israelita, en quien no hay falsedad.

—¿De dónde me conoces? —le preguntó Natanael.

—Antes de que Felipe te llamara, cuando aún estabas bajo la higuera, ya te había visto.

—Rabí, ¡Tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel!

—declaró Natanael.

—¿Lo crees porque te dije que te vi cuando estabas debajo de la higuera? ¡Vas a ver aun cosas más grandes que estas! Y añadió: —Ciertamente les aseguro que ustedes verán abrirse el cielo, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre (Juan 1:43–51).

Primero, quiero que notemos el problema de Natanael. Natanael por lo menos era un presuntuoso intelectual, y tal vez hasta un intolerante. Felipe viene a él y le dice: “Quiero que conozcas a este nuevo rabí, tiene respuestas a las grandes preguntas de nuestro tiempo, y es de Nazaret”. Natanael responde: “¿Nazaret?!”. Todos en Jerusalén menospreciaban a las personas de Galilea. Esta clase de actitud es característica de la humanidad. Algunos siempre han menospreciado a otros solo por ser parte “del lado equivocado”. ¿Y cómo responden los menospreciados ante esto? Buscan a otras personas a las que *ellos* puedan menospreciar. Y así vez tras vez hasta que se forma un ciclo sin fin. Aunque Natanael no era de Jerusalén, sino de una parte de Galilea, sentía que podía menospreciar Nazaret, que era considerado un lugar todavía peor y primitivo en la región de Galilea. Siempre existen las personas correctas, las personas adecuadas, las personas inteligentes, y

luego están (en voz baja) *aquellos otros*. Y la forma en que te identificas con las personas correctas, inteligentes y adecuadas es reaccionando con desdén cuando las personas y los lugares equivocados son mencionados.

Queremos que otros piensen de nosotros como personas capaces e inteligentes y, a menudo, buscamos establecer esta identidad no mediante argumentos respetuosos y diligentes, sino a través de desdén y ridiculizaciones. No solo es un argumento equivocado, sino un prejuicio intelectual regresivo. Natanael no podía creer que alguien de un lugar como Nazaret tuviera las respuestas a las grandes preguntas de nuestros tiempos. “¿Me estás diciendo que él tiene las respuestas —y que es de Nazaret? Pues yo lo dudo”. Lo está menospreciando. “¿Es de *ahí*? ¿De *verdad*?”.

Si tú tienes esta opinión del cristianismo o conoces a alguien que la tenga, eso no sería ninguna sorpresa. Muchas personas de hoy ven al cristianismo como Natanael veía a Nazaret. El cristianismo era de Nazaret en aquel entonces, y sigue siendo de Nazaret hoy día. A la gente le gusta menospreciar la idea del cristianismo y sus declaraciones sobre quién es Cristo y sobre lo que Él ha hecho y puede hacer por ellos. Las personas conocedoras, las personas “decentes”, todas dicen: “Ah, sí, el cristianismo —ya he pasado por ahí. Crecí con él. Me di cuenta de que no es para mí, y ya he formado mi propia opinión”. Jesús sigue siendo de Nazaret.

Si esa es tu actitud hacia el cristianismo, entonces tengo dos sugerencias para ti, porque creo que tienes dos problemas a resolver. El primero es que esta clase de ignorancia siempre es mortífera. Es una ignorancia que mata toda creatividad y resolución de problemas, sin mencionar toda clase de esperanza para establecer una relación. Tara Parker-Pope, en su libro sobre el matrimonio llamado *For Better* [*Para bien*], dice que reaccionar con desdén es una de las señales de alerta de que una relación está en serios problemas. Los consejeros matrimoniales buscan esta señal porque evidencia apatía hacia la otra persona. Un matrimonio exitoso puede lidiar con la decepción, el desacuerdo, el dolor y la frustración, pero no puede lidiar con una apatía completa hacia el otro. La apatía literalmente destruye la relación. Un ejemplo más concreto es cuando pierdes tus llaves. Una vez que las has buscado en los lugares en los que “pudieran” estar y no las hallas, tendrás que empezar a buscarlas en los lugares en los que “no pueden” estar. Y, por supuesto, es ahí donde las encuentras. Así que no hay nada más fatal para la sabiduría y las buenas relaciones que rechazar

ciertas ideas —o a ciertas personas— antes de evaluarlas.

Tu segundo problema es aun más sustancial. Al desechar el cristianismo, desechas también lo que probablemente son tus valores más profundos. Como ya hemos notado, el cristianismo originó una de las ideas fundamentales de una civilización pacífica —amar a los enemigos, en vez de matarlos. Otra idea fundamental para nuestra conciencia contemporánea, como lo señala Luc Ferry, es el concepto de que todo ser humano, sin importar sus talentos, su riqueza, su género o raza, es hecho a la imagen personal de Dios y, por tanto, tiene dignidad y derechos. Ferry dice que sin las enseñanzas del cristianismo respecto a que *El Logos* es una persona, “la filosofía de los derechos humanos a los que nos sometemos hoy en día nunca se hubiera establecido”.

Otra perspectiva, tomada por sentado hoy día, que proviene también de la Biblia, es que debemos cuidar de los pobres. En la Europa precristiana, cuando los monjes propagaban el cristianismo, todas las élites pensaban que amar a los enemigos y cuidar de los pobres era una demencia. Decían que la sociedad se derrumbaría, ya que esa no es la forma en la que el mundo opera. Los talentosos y los fuertes prevalecen. El ganador se lleva todo. El fuerte caza al débil. Los pobres nacen para sufrir. ¿No es así como siempre ha funcionado todo? Pero las enseñanzas del cristianismo revolucionaron la Europa pagana al enfatizar la dignidad de una persona, la supremacía del amor, incluso hacia los enemigos, y el cuidado de los pobres y los huérfanos.

Quizá digas: “Bueno, es un argumento histórico interesante plantear que estas ideas provienen de la Biblia y de la iglesia. Pero puedo creer en ellas sin creer en el cristianismo”. Eso puede ser verdad hasta cierto punto, pero quisiera que vieras que esa es una respuesta de vista corta.

El libro de Génesis es una ventana que nos permite ver cómo eran las culturas antes de la revelación de la Biblia. Una cosa que vemos desde el comienzo es la práctica común de la primogenitura —el hijo mayor heredaba todos los bienes, lo que aseguraba el estatus de la familia en la sociedad. Así que el segundo y el tercer hijo no obtenían nada, u obtenían muy poco. Sin embargo, a lo largo de toda la Biblia, cuando Dios escoge a alguien para obrar a través de él, escoge al hijo menor. Escogió a Abel sobre Caín. Escogió a Isaac sobre Ismael. Escogió a Jacob sobre Esaú. Escogió a David sobre todos sus *once* hermanos mayores. Una y otra vez escogió no al mayor, no al que el mundo enaltece y recompensaba, nunca al de Jerusalén, por así decirlo, sino siempre al de

Nazaret.

Otra tradición cultural de antaño revelada en Génesis es que en esas sociedades las mujeres que tenían muchos hijos eran percibidas como heroicas. Tener muchos hijos significaba éxito económico, éxito militar y, por supuesto, significaba que el nombre de la familia estaba asegurado. Así que las mujeres que no podían tener hijos eran estigmatizadas y avergonzadas. No obstante, a lo largo de toda la Biblia, cuando Dios nos demuestra cómo obra a través de una mujer, Él escoge a la que no puede tener hijos y abre su vientre. Estas son mujeres despreciadas, pero Dios las escoge sobre aquellas que eran amadas y bendecidas a los ojos del mundo. Escoge a Sara, la esposa de Abraham; a Rebeca, la esposa de Isaac; a Ana, la madre de Samuel; a Elisabeth, la madre de Juan. Dios siempre obra a través de hombres o niños que nadie quería, a través de las mujeres o niñas que nadie deseaba.

Puede ser que estés pensando que esta parte del cristianismo —cuando Dios ama a los menospreciados— es bonita y da ánimo. Podrías estar pensando: “Puedo estar de acuerdo con esa parte de la Biblia. Pero todas las demás partes sobre la ira de Dios y la sangre de Cristo y la resurrección de Su cuerpo, eso no lo acepto”. Pero esas partes de la Biblia —las partes desafiantes y sobrenaturales— son centrales, no periféricas. El corazón del mensaje distintivo de la Biblia es que el Dios trascendente e inmortal vino a la Tierra y se hizo débil y vulnerable para sufrir y morir. Hizo esto por nosotros —para hacer expiación por nuestros pecados, para tomar sobre Sí el castigo que nosotros merecíamos. Si eso es verdad, entonces es el acto más radical y asombroso de un sacrificio amoroso y desinteresado que alguien pudiera imaginar. No puede haber una base más fuerte y una motivación más dinámica para sostener los conceptos éticos cristianos revolucionarios que nos atraen. Lo que hizo que la ética cristiana fuera distintiva no fue que Jesús y los primeros cristianos eran buenas personas que hacían cosas buenas para hacer del mundo un mejor lugar para vivir. Estas ideas nunca tuvieron sentido alguno para nadie hasta que las personas llegaron a entender el mensaje cristiano sobre la naturaleza de la realidad suprema —y ese mensaje es resumido en lo que la Biblia llama “el evangelio”.

La esencia de lo que distingue al cristianismo de todas las demás religiones y formas de pensamiento es esta: Todas las otras religiones dicen que si quieres encontrar a Dios, si quieres mejorar, si quieres tener una conciencia mayor, si quieres conectarte con lo divino, o como sea que este al-

cance sea definido, necesitas *hacer* algo. Necesitas esforzarte, necesitas guardar el reglamento, necesitas liberar tu mente, necesitas llenar tu mente de conocimiento y estar por encima de la gente promedio. Toda otra religión o filosofía humana dice que si quieres mejorar al mundo, o a ti mismo, entonces necesitas esforzarte y vivir de cierta forma.

El cristianismo dice exactamente lo opuesto. Toda otra religión y filosofía dice que necesitas hacer algo para enlazarte a Dios; pero el cristianismo dice que Jesucristo vino a hacer por ti lo que tú no podías hacer por ti mismo. Toda otra religión dice que ahí se encuentran las respuestas a las grandes preguntas de la vida, pero el cristianismo dice que Jesús *es* la respuesta a todas ellas. Muchos sistemas de pensamiento apelan a las personas fuertes y exitosas, porque encajan con su sistema de creencias que dice que si eres lo suficientemente fuerte y trabajador, prevalecerás. Pero el cristianismo no solo es para el fuerte; es para todos, especialmente para las personas que admiten que, en lo más profundo de su ser, son débiles. Es para personas que tienen la fuerza particular de admitir que sus faltas no son superficiales, que su corazón está en un desorden profundo y que son incapaces de rectificarse por sí mismos. Es para aquellos que pueden ver su necesidad de un salvador, que necesitan el sacrificio de Jesucristo en la cruz para poder ser justificados ante Dios.

Piensa sobre lo que acabo de escribir. Suena contraintuitivo o, peor aún, repelente. La genialidad del cristianismo es que *no* trata de “esto es lo que tienes que hacer para encontrar a Dios”. El cristianismo trata de Dios viniendo a la Tierra en la forma de Jesucristo, muriendo en la cruz, con el fin de encontrarte. *Esa* es la verdad radical y característica que el cristianismo le ha contribuido al mundo. Todas las demás ideas revolucionarias sobre cuidar a los débiles y los necesitados, vivir por el amor y el servicio en vez del poder y el éxito, amar inclusive a tus enemigos de forma sacrificial —todo esto fluye del evangelio mismo; concretamente hablando, que debido a la profundidad de nuestro pecado, Dios vino en la persona de Jesucristo a hacer lo que nosotros no podíamos hacer por cuenta propia, y lo hizo para salvarnos.

Ahora te pregunto: si aceptas la fuente de muchas de tus convicciones, ¿por qué aceptarías una parte de las enseñanzas del cristianismo sin aceptar la otra parte que la explica y la hace coherente? No seas como Natanael. No permitas que tu convicción de que el cristianismo es poco sofisticado y obsoleto te ciegue. Cuídate de tu orgullo y prejuicio, de tus actitudes de desdén y de menos-

precio. Son actitudes tóxicas en todos los aspectos de la vida, pero especialmente al hacerte las preguntas más fundamentales sobre ella.

Es por eso que el primer aspecto importante de la historia de Natanael es el problema del orgullo y del menosprecio. Pero, más allá de sus burlas, Natanael tiene una necesidad espiritual profundamente arraigada. Él dice: “¡Nazaret! ¿Puede algo bueno salir de ahí?”, y solo unos momentos después dice: “Rabí, Tú eres el Hijo de Dios; Tú eres el Rey de Israel”. Una vez que Jesús comienza a darle evidencias creíbles sobre Su persona, Natanael cambia de parecer muy rápido — tal vez demasiado rápido. (Como veremos más adelante, Jesús reprime moderadamente a Natanael por no tomar el tiempo de analizar las palabras de Jesús sobre Sí mismo). ¿Te sorprende esto? A mí no.

Cuando mi esposa Kathy y yo nos mudamos a Manhattan hace más de veinte años, queríamos empezar una nueva iglesia. Nos dijeron que la ciudad de Nueva York estaba repleta de jóvenes ambiciosos y brillantes, y que si queríamos comenzar una iglesia en Manhattan, nadie vendría debido a su arrogancia. Nos dijeron que menospreciaban la religión organizada, especialmente el cristianismo. Nos dijeron que recordáramos que el cristianismo es de Nazaret, que la gente sofisticada lo mira con desdén y que, por tanto, nadie vendría. Pero, curiosamente, eso no sucedió; al día de hoy, nuestra iglesia tiene más de cinco mil personas asistiendo regularmente al servicio dominical. Es una comunidad floreciente.

La razón de todo esto es la misma razón por la que Natanael cambió de parecer. Debajo de las aseveraciones ruidosas y públicas del escepticismo yacía una amplia búsqueda espiritual encubierta. Toda esa gente joven, ambiciosa y brillante quería *aparentar* que no le importaba mucho responder las preguntas fundamentales de la vida o que ya las habían encontrado en lo que fuera que estuvieran persiguiendo vorazmente. Pero, en lo más íntimo, ellos tenían la misma necesidad que todos tenemos y de la que ninguno de nosotros puede escapar. Tarde o temprano se vieron forzados a buscar respuestas. Y muchos de ellos las encontraron en el cristianismo.

De la misma forma, a pesar de toda su jactancia, notemos que de todos modos Natanael va con Felipe a conocer a Jesús. ¿Por qué lo hizo? Igual a muchos judíos jóvenes de su generación, él luchaba con el hecho de que los judíos estaban bajo la opresión de Roma, y no tenían idea alguna de

lo que Dios estaba haciendo. Todos ellos tenían una crisis de identidad racial a nivel colectivo. ¿Deberían estar esperando un mesías? ¿Cuál era su futuro? ¿Eran todavía el pueblo de Dios o no? ¿Dios los habría rechazado? Es evidente que Natanael no estaba satisfecho con las respuestas a estas preguntas que obtuvo de otras personas. No estaba muy feliz con su propio entendimiento de las cosas y, tal vez, tampoco lo estaba con su propia condición espiritual. Entonces pensó: “Tal vez deba considerar a este hombre de Nazaret, a pesar de lo increíble que eso parezca”.

Los estudiantes de hoy lidian con las grandes preguntas de la vida de diferentes formas, pero muchos de ellos también están insatisfechos con las respuestas que han recibido en las escuelas y en los libros más respetados y, como Natanael, pudieran comenzar a investigar a Jesús con disimulo. Un ejemplo clásico de esto sucedió en la vida del famoso poeta W. H. Auden, quien se mudó a Manhattan en 1939. Para entonces ya era un gran escritor y ya había abandonado la fe en la que fue criado en la Iglesia de Inglaterra, tal como lo había hecho la mayoría de sus amigos de la clase intelectual británica. Pero después de la Segunda Guerra Mundial cambió de parecer y abrazó la verdad del cristianismo, sorprendiendo a muchos al regresar a la iglesia.

¿Qué pasó? En la narrativa de su renuevo espiritual, Auden observó que la novedad y la conmoción de los nazis en los años cuarenta se debió a que no creían en la justicia ni en la libertad para todos —atacaban al cristianismo con base en que “amar al enemigo como a uno mismo era un mandamiento apropiado solamente para los debiluchos afeminados”.¹ Además, “la negación completa de todo lo que el liberalismo ha defendido estaba levantándose no en una tierra bárbarica, sino en uno de los países europeos más altamente educados”. A la luz de todo esto, Auden pensó que ya no podía asumir que los valores del liberalismo (es decir, la libertad, la razón, la democracia y la dignidad humana) eran autoevidentes. Esto es lo que Auden dice:

Si estoy convencido de que los altamente educados nazis están mal y de que nosotros, los altamente educados ingleses, estamos bien, ¿qué es lo que valida nuestros valores e invalida los suyos? Los intelectuales ingleses que ahora claman al cielo en contra del mal encarnado en Hitler no tienen cielo al qué clamar. Toda la tendencia del pensamiento liberal ha sido suprimir la fe en lo absoluto. Ha tratado de que la razón sea el juez. Pero debido a que la vida es un proceso cambiante, el intento por encontrar un espacio humano para guardar una pro-

mesa conduce a la inevitable conclusión de que puedo romperla cuando me sea conveniente. O servimos al Incondicional, o algún monstruo hitleriano nos proveerá de una inmensa cantidad de hierro para así hacer daño.

El cristianismo —inclusive para Auden, quien fue criado en la iglesia— era de Nazaret. Auden lo había percibido como algo obsoleto e inútil. Pero el despertar de los nazis provocó que viera algo. Auden creía en los derechos humanos y en la libertad. Pero ¿por qué? El principio operacional del mundo natural es que el fuerte devora al débil. Entonces, si lo natural es que el fuerte devore al débil, y si llegamos hasta aquí por medio del proceso natural y aleatorio de la evolución, ¿por qué de pronto cambiamos de parecer cuando las naciones fuertes comienzan a devorar a las naciones débiles y decimos: *¡Eso está mal!*? ¿En qué nos basamos para decir eso? ¿En qué nos basamos para decir que el genocidio en Sudán, donde el grupo étnico fuerte “se come” al débil, es incorrecto? Si no hay Dios, entonces mi opinión sobre la justicia es solo eso, una opinión—entonces, ¿cómo puedo condenar a los nazis?

Auden se percató de que, a menos de que hubiera un Dios, no tenía derecho a decirle a otro que sus sentimientos o ideas son más válidas que los sentimientos e ideas de ellos. Se dio cuenta de que, a menos que Dios exista, todos los valores que atesoramos son imaginarios. Y debido a que él estaba seguro de que *no* eran imaginarios —que el genocidio era un mal absoluto— concluyó que Dios debía existir.

Tal como el estudiante escéptico Natanael, Auden fue poseído por el hecho de que “las personas decentes” de sus días se mofaban del cristianismo. Pero sus preguntas intelectuales sin responder —sobre la base de los valores y otros asuntos— hacían que volteara a ver a Jesús. Y tuvo la misma experiencia que tuvo Natanael cuando se abrió ante el hombre de Nazaret. Creyó.

En su libro *After Virtue* [*Después de la virtud*] el filósofo Alasdair MacIntyre ofrece el tipo de razonamiento que condujo al poeta Auden a la fe. MacIntyre argumenta que nunca podrás determinar si algo es bueno o malo a menos que conozcas su *telos*. Así que pregunta, por ejemplo: “¿Cómo puedes saber si un reloj es bueno o malo? Necesitas saber cuál es el propósito de un reloj. Si intento martillar un clavo con mi reloj, y este se rompe, ¿debería quejarme de que es “un re-

loj malo”? Por supuesto que no; un reloj no se hizo para martillar clavos. Ese no es su propósito. Se supone que debe darte la hora en cualquier momento, no martillar. El mismo principio se aplica a la humanidad. ¿Cómo puedes decir quién es buena persona y quién mala, a menos que sepas para qué fueron diseñadas y cuál es su propósito?”.

Ah, pero espera. ¿Qué pasa si dices: “Yo no sé si existe un Dios o no, y no creo que los seres humanos hayan sido diseñados para un propósito”? ¿Te das cuenta del dilema? Si crees eso, nunca deberías hablar sobre personas buenas o malas de nuevo. Si crees que no tenemos diseño ni propósito, y todavía dices que algunas personas “no viven bien —están haciendo cosas malas”, entonces estás siendo o incoherente o deshonesto.

No puedo probar que el cristianismo es verdadero. Pero puedo demostrarte que hay buenas razones para creer en Jesús. Si tú, como Natanael, estás dispuesto a admitir la profundidad de tu necesidad por descubrir mejores respuestas a las grandes preguntas de la vida que las que estás recibiendo, y si estás dispuesto a dejar de menospreciar al cristianismo, entonces te invito a considerar al hombre que vino de Nazaret. Al analizar las ideas que cambiaron al mundo y que se originaron ahí, no hay razón alguna para no considerar a Jesús.

El tercer aspecto de la historia de Natanael que debemos considerar es la prescripción que Jesús le da para satisfacer sus necesidades. Jesús le dice dos cosas a Natanael cuando lo ve.

Primero, se refiere a él como un israelita “en quien no hay falsedad”. Cuando Jesús dijo que Natanael era una persona transparente y directa, probablemente estaba diciendo de forma amable que era una persona abrasiva. Es probable que muchas personas no lo quisieran por ser franco y áspero. Pero Jesús nos muestra algo sobre Sí mismo aquí. Él puede vernos tal y como somos y aun así ser gentil con nosotros. Natanael fue sorprendido por Su perspicacia (y probablemente también por Su espíritu generoso) y le preguntó: “¿De dónde me conoces?”.

Luego Jesús respondió: “Cuando aún estabas bajo la higuera, ya te había visto”. Ahora, entre paréntesis, una de las razones por las que podemos confiar en que esta es una narrativa de un testigo presencial es que nunca se nos dice qué sucedió debajo de la higuera o por qué esto era significativo. Y si estás escribiendo una historia de ficción, no harías eso, ya que no avanza la historia y presenta distracciones para el lector. Entonces ¿qué estaba haciendo Natanael debajo de la higuera? Nadie sabe. Todo lo que importa es que Natanael no podía creer que Jesús lo sabía. Era tan

privado, tan valioso, tan asombroso que Jesús supiera eso. Natanael respondió: “¡Tú eres el Rey de Israel! ¡Tú eres el Mesías!”.

Jesús lo exhorta con gentileza. Le dice: “Ah, primero eras tan escéptico y ahora ya estás listo para aceptarme, pero ni siquiera he comenzado a hablar sobre Quién realmente soy. Ayer reaccionaste con desdén, y hoy has tenido una experiencia emocional. Has encontrado a un hombre que tiene un conocimiento sobrenatural de ti. Pero ve más despacio; no te impresiones tanto por las apariencias. Aún no entiendes realmente Quién soy”.

Tomás, el discípulo de Jesús, después de la resurrección, les dijo a los otros discípulos: “No voy a creer que ha resucitado de los muertos hasta que vea las heridas de los clavos en sus manos y hasta que ponga mi dedo en ellas”. Cuando Jesús se apareció a Tomás no le dijo: “¿Cómo te atreves a cuestionarme?”. En otras palabras, Jesús dice: “Me gusta el hecho de que esperas tener razones para creer en mí, y te voy a dar razones porque las buscas de buena fe”. Jesús no está en contra de que la gente piense. De hecho, Jesús insiste en que Natanael piense un poco *más*.

Por tanto, si eres escéptico frente al cristianismo, te animo a que te des cuenta del dilema que enfrentas. Primero, permanecer escéptico por siempre es una derrota para el intelecto y la moral de una persona. Por otro lado, rendirse ante la primera idea, donde esperas que resuelva tus necesidades emocionales más profundas, no responderá ninguna pregunta al final de cuentas. No es suficiente voltear al cristianismo simplemente porque satisface ciertas necesidades. El cristianismo no es un bien para el consumidor. Debes considerar el cristianismo solo si es *verdadero*.

¿Te percataste de la última cosa que Jesús le dijo a Natanael? Le dice: “¿Lo crees porque te dije que te vi cuando estabas debajo de la higuera? ¡Vas a ver aun cosas más grandes que estas!... Ciertamente les aseguro que ustedes verán abrirse el cielo, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre”. Verás, cuando vienes a Jesús por primera vez, piensas que probablemente no vas a recibir respuestas a las grandes preguntas de la vida, pero quizás piensas que te puede ayudar a ser una mejor persona; que tal vez puede lidiar con tu soledad o con cualquier otro problema. Siempre vienes a Jesús a la defensiva, preguntándote si acaso satisfará tus necesidades.

Pero cuando te encuentras con Él, Él siempre va más allá de lo que jamás imaginaste. Cuando le dice a Natanael que verá ángeles ascendiendo y descendiendo sobre el Hijo del hombre, se refiere

al tiempo en el Antiguo Testamento cuando Jacob soñó que veía una escalera entre la Tierra y el cielo, y los ángeles ascendían y descendían por esa escalera. Los ángeles son una señal de la presencia real de Dios. Debido a que las personas le han dado la espalda a Dios y se han destruido el uno al otro, existe una brecha, por así decirlo, entre el cielo y la Tierra; una muralla entre lo ideal y lo real. Pero Jacob tuvo esta visión de que un día, de alguna forma, habría una conexión entre el cielo y la Tierra, y habría un camino para llegar hasta la misma presencia de Dios. Y aquí Jesús declara increíblemente que Él *es* el camino. Él es *El Logos* del universo, el puente entre el cielo y la Tierra.

Casi podemos escuchar a Jesús reírse al responder a Natanael. De hecho, dice: “¡Vaya! Piensas que soy el Mesías. Probablemente piensas que voy a venir a caballo y a derrotar a los opresores romanos. Pero te voy a mostrar cosas mucho más grandiosas que esas. Hacer eso no cambiará por completo la condición humana, ni derrotará el mal ni la muerte, ni renovará al mundo. Yo soy el *axis mundi* (es decir, el eje del mundo). Yo he construido un puente entre el cielo y la Tierra. A través de mi encarnación como ser humano, y a través de mi muerte en la cruz, la cual ni siquiera has visto, puedo traerte hasta la presencia de Dios”.

Aunque la mayoría de los buscadores espirituales empiezan su búsqueda con temor a ser decepcionados, Jesús dice que Él siempre será infinitamente más de lo que cualquier persona esté buscando. Siempre excederá nuestras expectativas; siempre será más de lo que jamás pudiéramos pedir o imaginar. Así que deslíndate de tus prejuicios y ven a ver con Natanael. Ven a mirar y a hablar de Jesús con tus amigos. Ven y prepárate para que tus prioridades y categorías sean cambiadas. Sea lo que sea que estés esperando, sea lo que sea que estés soñando —descubrirás algo mucho más grandioso en Nazaret.

DOS



EL PODEROSO Y LA MARGINADA

¿Qué está mal con el mundo en su estado actual?

En la narrativa del poderoso y la marginada, preguntaremos de forma específica: “¿Qué está mal con el mundo en su estado actual?”. Si no entendemos qué está mal con el mundo no podremos hablar sobre qué debemos hacer para mejorarlo. El diagnóstico viene antes de la prescripción. Y creo que encontraremos respuestas sólidas aquí.

En el tercer capítulo del Evangelio de Juan, Jesucristo se encuentra con una persona influyente en la sociedad, altamente moral, líder de las instituciones cívicas y religiosas de Israel. En el capítulo siguiente se encuentra con una persona marginada en lo social, en lo moral y en lo religioso, y resulta que era mujer. Ambos textos son bien conocidos por muchos cristianos porque ambos dejan entrever con cierto detalle el carácter de los personajes y están llenos de diálogos memorables. Sin embargo, es interesante que cuando alguien enseña estos textos, casi siempre se tratan por separado y nunca en conjunto, pero creo que eso es un error. Creo que hay una razón para que estos dos encuentros aparezcan uno al lado del otro en este Evangelio: el escritor quiere que los consideremos juntos. Estas dos personas parecen ser tan diferentes en la superficie y sus circunstancias tan dispares que a primera vista no tienen nada en común. Pero el autor nos está llevando a preguntarnos: a pesar de las diferencias entre el poderoso y la marginada, ¿qué tienen en común? Ya que si estas dos personas tienen algo en común, entonces *todos* tenemos algo en común. Entonces ver estos encuentros en conjunto nos ayudará a ver lo que Juan está diciendo sobre la condición del mundo y el papel que todos jugamos en su estado actual.

No hay forma de hablar sobre estos encuentros sin abordar el tema del pecado. Sé que las palabras *pecado* y *pecador* cargan consigo mucho bagaje cultural, y puedo entender por qué muchas personas se encogen cuando escuchan a un cristiano usarlas. Desafortunadamente, estas palabras han sido utilizadas para marginalizar y deshumanizar a aquellos que no son cristianos. Es fácil decir: “No solo eres alguien que está en desacuerdo conmigo; ¡eres un pecador!”. Es una palabra que ha sido usada para treparse a una escalera moral falsa y para juzgar a los que están abajo. Si digo que tú eres un pecador (y, por implicación, yo no lo soy), entonces en vez de tener una conversación real y de colocarme genuinamente en el sendero de tus preguntas, te marginalizo.

Por supuesto, creo que este entendimiento del pecado es incorrecto. El entendimiento bíblico apropiado sobre el pecado es mucho más radical y tiene un alcance más lejano. Nunca puede ser utilizado como un arma porque disparará en reversa contra cualquiera que intente implementarlo de esa forma. Bíblicamente, *nadie* puede escapar del veredicto de ser un pecador. Y ese es el punto de estas dos historias.

Primero empecemos abordando el encuentro de la marginada con Jesús, porque comienza con una imagen del pecado que muchas personas podrán reconocer. Este encuentro con la mujer junto al pozo se narra en Juan 4. Jesús está viajando con sus discípulos a través de Samaria; una ciudad afuera de Judea. Al llegar a la ciudad, sus discípulos fueron a buscar algo de comer. Jesús está muy fatigado y sediento. Y a la hora sexta, al mediodía, en pleno calor del día, Jesús va al pozo. No hay forma de que Jesús pueda sacar agua del pozo, ya que no tiene una vasija. Pero, de pronto, una mujer solitaria viene a sacar agua del pozo. Jesús le dice:

—Dame un poco de agua.

Pero como los judíos no usan nada en común con los samaritanos, la mujer le respondió:

—¿Cómo se te ocurre pedirme agua, si tú eres judío y yo soy samaritana?

—Si supieras lo que Dios puede dar, y conocieras al que te está pidiendo agua —contestó Jesús—, tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua que da vida.

—Señor, ni siquiera tienes con qué sacar agua, y el pozo es muy hondo; ¿de dónde, pues, vas a sacar esa agua que da vida? ¿Acaso eres tú superior a nuestro padre Jacob, que nos

dejó este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y su ganado?

—Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed —respondió Jesús—, pero el que beba del agua que Yo le daré, no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna.

—Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni siga viniendo aquí a sacarla.

—Ve a llamar a tu esposo, y vuelve acá —le dijo Jesús.

—No tengo esposo —respondió la mujer.

—Bien has dicho que no tienes esposo. Es cierto que has tenido cinco, y el que ahora tienes no es tu esposo. En esto has dicho la verdad.

—Señor, me doy cuenta de que tú eres profeta.

Antes de continuar con este encuentro, permíteme mostrarte lo extraordinaria que ya es esta conversación. El primer distintivo sorprendente de esta historia es el movimiento radical que Jesús hace al iniciar la conversación. No es inusual para nosotros verlos hablar, pero debería serlo. No tenemos la conmoción que la mujer tuvo al escucharlo hablar, puesto que los judíos y los samaritanos eran enemigos resentidos. Siglos antes, la mayoría de los judíos estaban exiliados en Babilonia por sus conquistadores. Algunos de los judíos que no fueron exiliados se casaron con los cananeos y, en esencia, formaron una nueva tribu: los samaritanos. Tomaron de la religión judía y de la religión cananea y crearon una religión sincretista. Por tanto, los judíos consideraban a los samaritanos como una tribu racialmente inferior y hereje. Esa es la primera razón por la que ella está sorprendida de que Él le esté dirigiendo la palabra. Pero, por encima de eso, era escandaloso que un judío hablara con una mujer extraña en público.

Además, ella había venido a sacar agua del pozo al mediodía. Muchos eruditos bíblicos han señalado que esta no es la hora en la que las mujeres ordinariamente sacaban agua del pozo. Venían temprano por la mañana, cuando el día todavía no era muy caliente, y así poder tener agua durante todo el día para todos los habitantes de la casa. Entonces ¿por qué está ahí sola, a mitad del día? La respuesta es que era una mujer moralmente marginada y rechazada —incluso dentro de su parte marginada de la sociedad.

Es por eso que cuando Jesús comienza a hablarle, de forma deliberada está derribando casi to-

das las barreras que las personas construyen alrededor de sí mismas. En este caso, una barrera racial, una barrera cultural, una barrera de género, una barrera moral —y todas las costumbres de esos tiempos— decían que Jesús, varón judío religioso, no debería tener nada que ver con ella. Pero a Jesús no le importa. ¿Ves lo radical que es esto? Jesús derriba todas las divisiones humanas para llegar a ella. Ella estaba maravillada, y nosotros también debemos estarlo.

El segundo distintivo interesante sobre este encuentro es que, aunque Jesús es muy abierto y cálido con ella, aun así la confronta. Pero lo hace de una forma gentil y magistral. Comienza diciendo: “Si supieras Quién soy, tú me estarías pidiendo a Mí agua *viva*; y si tomas de esa agua nunca más tendrás sed”.

¿De qué está hablando Jesús? Está hablando metafóricamente, refiriéndose al “agua viva”, a la que llama “vida eterna”. La imagen no resuena tanto en nosotros. Casi en todas nuestras ciudades modernas tenemos acceso a agua potable. La mayoría de nosotros desconocemos la verdadera sed, pero aquellos que vivían en un clima árido cercano al desierto estaban familiarizados con ella. Debido a que nuestros cuerpos contienen tanta agua, tener sed profunda es una agonía. Y beber agua después de haber pasado por una sed agobiante es la experiencia más gratificante que puede existir.

Entonces ¿qué es lo que Jesús le está diciendo a esta marginada? Está diciendo esto: “Tengo algo para ti que es tan básico y necesario para tu *espíritu* como lo es el agua para tu *físico*. Algo que si te faltara, estarías absolutamente perdida”.

Pero la metáfora del agua viva significa todavía más que eso. Jesús no solo nos está diciendo que lo que ofrece salva vidas —también está revelando que satisface desde el *interior*. Dice: “Si bebes Mi agua, fluirán de ti ríos de agua viva que conducen a la vida eterna”. Jesús está hablando sobre una satisfacción profunda del alma, una increíble satisfacción y contentamiento que no depende de lo que sucede afuera de nosotros. Entonces te pregunto: ¿qué te hará feliz? ¿Qué es lo que verdaderamente te dará una vida que te satisfaga? Casi siempre tu respuesta será algo externo a ti. Puede que pongas tus esperanzas en un amor romántico, en tu profesión, en causas políticas o sociales, o en el dinero y lo que este hará por ti. Pero lo que sea que te lleve a decir: “Si tuviera eso, si logro eso, entonces sabría que soy importante, entonces tendría valor, entonces estaría seguro”

—es probable que sea algo fuera de ti. Sin embargo, Jesús dice que no hay nada fuera de ti que pueda satisfacer de verdad la sed que está en lo más profundo de tu ser. Para continuar con la metáfora un poco más, no necesitas que te salpiquen agua en la cara; necesitas agua que provenga de un lugar más profundo de tu ser que la propia sed. Y Jesús está diciendo: “Yo puedo dártela. Yo puedo ponerla dentro de ti. Yo puedo darte una satisfacción absoluta e inexplicable en el centro de tu ser, sin importar lo que suceda en las circunstancias externas”.

Algo se interpone para que nosotros no escuchemos las palabras de Jesús, y creo que es el hecho de que la mayoría de nosotros no somos capaces de descifrar la sed de nuestra alma. Mientras pienses que tienes una gran posibilidad de alcanzar algunos de tus sueños y mientras pienses que puedes ser exitoso, tu soledad interna será canalizada como un “impulso” y tu ansiedad como “esperanza”. Y así puedes permanecer casi completamente ajeno a cuán profunda es tu sed. La mayoría de nosotros nos decimos a nosotros mismos que la razón por la que permanecemos insatisfechos es porque sencillamente no hemos sido capaces de alcanzar nuestras metas. Y así podemos vivir nuestras vidas enteras sin admitir la profundidad de nuestra sed espiritual.

Y esa es la razón de por qué las pocas personas que sí alcanzan o exceden sus sueños son sorprendidos al descubrir que esas circunstancias tan anheladas no satisfacen. De hecho, estas circunstancias pueden agrandar el vacío interno. Por ejemplo, hace varios años el gran campeón del tenis, Boris Becker, dijo: “He ganado Wimbledon dos veces, una de ellas como el jugador más joven de todos. Era rico... tenía todas las posesiones materiales que necesitaba... era la típica historia de las celebridades de cine y de la música que cometen suicidio. Tienen de todo y, sin embargo, son tan infelices. Yo no tenía paz interior”.² Tal vez alguien diga: “Yo preferiría tener ese problema al que tengo en estos momentos”. Pero su punto es que él *tiene* el mismo problema que nosotros y, tal como nosotros, pensaba que el dinero, el sexo, los logros y la fama lo resolverían. La diferencia es que él sí consiguió todas esas cosas y, al final, no fueron capaces de satisfacer su fe en absoluto. Hay una entrevista famosa con Sophia Loren en la que ella dice que lo tenía todo —reconocimientos, matrimonio— pero que “en [su] vida hay un vacío que es imposible de llenar”.³

Todo el mundo vive por algo, pero Jesús argumenta que si *Él* no es ese algo, seremos desilusionados. Primero, ese algo te esclavizará. Cualquier cosa que sea, terminarás diciéndote que *necesiti-*

tas tener ese algo o, de lo contrario, no sobrevivirás. Eso significa que si algo amenaza ese objeto, te atemorizarás de forma inusual; si alguien lo bloquea, te enojarás de forma desmesurada; y si fracasas en conseguirlo, nunca serás capaz de perdonarte a ti mismo. Pero, en segundo lugar, si *sí* lo alcanzas, al final de cuentas no podrá darte la satisfacción que esperabas.

Permíteme darte una expresión contemporánea elocuente de lo que Jesús está diciendo. Nadie lo ha dicho mejor que el escritor americano David Foster Wallace. Wallace llegó a la cúspide de su profesión. Llegó a ser un novelista posmoderno, cuyas obras fueron galardonadas y reconocidas por todo el mundo debido a su forma vanguardista de contar historias. Una vez escribió un enunciado que contaba con más de mil palabras. Pocos años antes de su muerte, Wallace dio un discurso de graduación en Kenyon College. Esto es lo que dijo:

Todo mundo adora a algo. La única elección que tenemos es a qué adorar. Y la razón persuasiva para escoger una especie de dios... para adorarlo... es que prácticamente todo lo demás que adores te comerá vivo. Si adoras al dinero y a las cosas materiales, si ahí yace el significado de tu vida, entonces nunca tendrás suficiente, y nunca sentirás que tienes suficiente. Esa es la verdad. Adora a tu propio cuerpo, a tu belleza y a tu atracción sexual y siempre te sentirás feo. Y cuando el tiempo y la vejez se hagan evidentes, morirás un millón de muertes antes de que tus seres queridos te entierren... Adora al poder y terminarás sintiéndote débil y atemorizado, y siempre querrás tener más poder sobre otros para entumecer tus propios miedos. Adora a tu intelecto, el querer ser visto como alguien inteligente, y terminarás sintiéndote incapaz, un fraude, siempre al borde de ser expuesto. Mira, lo peligroso de estas formas de adoración no es que sean malas o pecaminosas; es que son decisiones inconscientes. Es nuestra configuración por defecto.⁴

Wallace no era una persona religiosa, pero entendía que todo el mundo adora a algo, que todo el mundo confía en algo para su salvación, que todo el mundo fundamenta sus vidas en algo que requiere fe. Un par de años después de dar ese discurso, Wallace se suicidó. Y las últimas palabras de este hombre laico son aterradoras: “Algo te comerá vivo”. Aunque nunca lo llares adoración, puedes estar absolutamente seguro de que siempre estás adorando y buscando algo. Y Jesús dice:

“A menos que me adores a Mí, a menos que Yo sea el centro de tu vida, a menos que satisfagas tu sed espiritual en Mí y no en estas otras cosas, a menos que veas que la solución debe entrar adentro y no solo pasar por fuera, entonces cualquier cosa que adores te abandonará al final”.

Ya mencioné que a menudo olvidamos cuán sedientos estamos debido a que creemos que podemos alcanzar nuestros sueños. Y cuando eso sucede, es fácil pasar por alto a Jesús. Pero esta mujer junto al pozo no tiene tales ilusiones; y ya está enganchada. Inmediatamente le dice a Jesús: “¿Qué es esta agua viva? ¿Me darías a probar?”. Luego Jesús se dirige a ella y le dice: “Trae a tu esposo”. Ella responde: “No tengo esposo”. “Si, lo sé —le dice Jesús—; tienes cinco esposos, y el hombre con el que ahora vives no es tu esposo”.

¿Qué está haciendo Jesús? Es claro que esta mujer, con su largo historial de promiscuidad sexual, cumple con el entendimiento tradicional de un “pecador”. ¿Está tratando de humillarla? No; si ese fuera el caso, nunca hubiera roto la barrera social de la respetabilidad y no hubiera iniciado la conversación con ella de la forma gentil en que lo hizo.

¿Por qué Jesús parece cambiar de tema, primero hablando sobre el agua viva y luego sobre su historial con los hombres? La respuesta es: ¡no está cambiando de tema! La está encerrando, diciéndole: “Si quieres entender la naturaleza de esta agua viva que te ofrezco, necesitas entender primero cómo has tratado de buscarla en tu propia vida. Has intentado satisfacer tu sed en hombres y no está funcionando, ¿cierto? Tu necesidad de hombres te está comiendo viva, y nunca se detendrá”.

En este momento la mujer, estupefacta por el conocimiento perspicaz que Jesús tiene sobre su vida, responde: “Señor, ¡veo que eres profeta!”. Luego le lanza una de las grandes preguntas teológicas de esos tiempos. “Nosotros adoramos en este templo de aquí y los judíos adoran en el templo de Jerusalén. ¿Quién está en lo correcto?”. En los versículos del 21 al 24, Jesús responde con un párrafo extraordinario que pudiera ser resumido así: “El tiempo vendrá cuando no habrá necesidad de un templo físico para poder tener acceso a Dios”. La mujer, abrumada por esta respuesta, responde: “Cuando el Mesías venga, Él nos explicará todas estas cosas”. Finalmente, Jesús llegó al punto que quería llegar: “Ese soy Yo, el que habla contigo” (Juan 4:26).

Ahora analicemos el encuentro que Jesús tuvo antes de este. En Juan 3 Jesús conoce a un hombre muy importante, un fariseo, un líder religioso y cívico muy influyente.

Había entre los fariseos un dirigente de los judíos llamado Nicodemo. Este fue de noche a visitar a Jesús.

—Rabí —le dijo—, sabemos que eres un maestro que ha venido de parte de Dios, porque nadie podría hacer las señales que tú haces si Dios no estuviera con él.

—De veras te aseguro que quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios —dijo Jesús.

—¿Cómo puede uno nacer de nuevo siendo ya viejo? —preguntó Nicodemo—. ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre y volver a nacer?

—Yo te aseguro que quien no nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios —respondió Jesús—. Lo que nace del cuerpo es cuerpo; lo que nace del Espíritu es espíritu. No te sorprendas de que te haya dicho: “Tienen que nacer de nuevo” (Juan 3:1-7).

¿Notaste que esta conversación es casi lo opuesto a cómo Jesús trató a la mujer junto al pozo? Jesús comenzó de forma muy gentil con ella, sorprendiéndola con Su apertura, para luego confrontarla lentamente con su necesidad espiritual. En Su encuentro con este poderoso, sin embargo, Jesús es más directo y contundente. Nicodemo comienza con cortesía: “Ah, Rabí, he escuchado muchas cosas maravillosas sobre ti. La gente dice que tienes mucha sabiduría de parte de Dios”. Pero Jesús confronta a Nicodemo desde un inicio y le dice: “Debes nacer de nuevo”. Supongo que Nicodemo, quien ha pasado su vida adorando a Dios de acuerdo a la estricta tradición judía, se ofendió por este extraño dictamen.

Nacer de nuevo. Es aquí donde se introduce este término tan conocido hoy. ¿Quiénes son los cristianos “nacidos de nuevo”, después de todo? Es común hoy en día creer que las personas nacidas de nuevo son diferentes a todos nosotros —más emocionales o compungidas, tal como los drogadictos o las personas emocionalmente inestables— y que necesitan un giro dramático para encastrarlos por la senda correcta. Imaginamos que han hecho algo tan malo o que son tan débiles que solo un cambio sísmico en sus vidas será capaz de ayudarlos. Así, muchas personas en nuestros días, pensando que están siendo tolerantes, dirían que tal vez nacer de nuevo es para las personas que son más débiles que el resto de nosotros y que, por tanto, necesitan una experiencia catártica.

Tal vez esa experiencia es para personas que necesitan una autoridad y una estructura definida en sus vidas, por lo que se unen a movimientos religiosos autoritarios y regimentados. En otras palabras, nacer de nuevo es para cierto tipo de personas. Y si eso es lo que una persona necesita, entonces dejemos que lo tenga.

El problema con esta perspectiva es que la historia bíblica no nos permite sostenerla. Nicodemo es un líder cívico, un miembro del sanedrín, que es la asamblea de jueces de la suprema corte judía. Es próspero. Es un fariseo devoto y honorable; no es posible ser más religioso que eso. No es una persona emocional o contrita. Y cuando Nicodemo llama a Jesús —un joven sin entrenamiento formal— “rabí”, esto demuestra que era más humilde y abierto que sus colegas. Entonces en Nicodemo encontramos una persona admirable— serena, exitosa, disciplinada, moral, religiosa y, no obstante, abierta y humilde.

Y ¿qué es lo que dice Jesús? Con el poderoso utiliza una metáfora diferente a la que utilizó con la marginada. En vez de tratar con su falta de satisfacción (“Yo puedo darte agua viva”), trata con su presumida satisfacción *en sí mismo* (“Debes nacer de nuevo”). ¿Qué tenías que ver —pregunta Jesús— con tu nacimiento? ¿Te esforzaste arduamente para meritarte el privilegio de nacer? ¿Sucedió debido a tu excelente planeación? Para nada. No merecías nacer ni contribuiste en *nada* para nacer. Nacer es un regalo gratuito de la vida. Así es con el nuevo nacimiento. La salvación es por gracia —no hay esfuerzos morales que puedan merecerla. Debes nacer de nuevo.

Esta declaración es sorprendente para alguien como Nicodemo. Jesús está diciendo que los proxenetas y las prostitutas de la calle están en la misma condición espiritual que él. Está Nicodemo, lleno de logros espirituales y morales, y está alguien de la calle, vagabundo y adicto; pero de acuerdo a los estándares de Dios, ambos están igualmente perdidos. Ambos tienen que empezar desde cero. Ambos tienen que nacer de nuevo. Ambos necesitan la vida eterna espiritual o, de lo contrario, algo los comerá vivos. Y esa vida debe ser un regalo gratuito.

¿Cómo se atreve Jesús a decir tal cosa? Jesús puede decir esto porque tiene un entendimiento más profundo del pecado que el que tiene la mayoría de la gente. Permíteme demostrarte cómo entendemos el pecado hoy día, con todo y su bagaje cultural. Observa a la mujer junto al pozo. La mayoría de la gente probablemente entiende por qué Jesús la veía como una pecadora en necesi-

dad de salvación. Pero la mayoría de la gente no puede entender por qué trata al poderoso, a Nicodemo, de la forma en la que lo hace. ¿Por qué sería él un pecador en necesidad de salvación? ¿Por qué le diría Jesús a este buen hombre que no puede hacer nada para merecer un lugar en el cielo?

Esta es la respuesta sorprendente: el pecado es buscar la salvación en algo fuera de Dios. Pecar es ponerte en el lugar de Dios, convirtiéndote así en tu propio salvador y señor, por así decirlo. Esa es la definición bíblica del pecado, que a la vez es el primero de los diez mandamientos. Una forma de hacer esto es al incumplir todas las reglas morales en tu búsqueda de placer y felicidad, como la mujer junto al pozo. Esto convierte al sexo, al dinero o al poder en cierto tipo de salvación. Pero también hay una forma religiosa de ser tu propio salvador y señor: actuando como si tu buena vida y tus logros morales obligaran a Dios a bendecirte y a responder tus oraciones de la forma en la que tú esperas. En este caso, el religioso busca que sus esfuerzos morales le den el significado y la seguridad que la persona no religiosa busca en el sexo, el dinero o el poder. Lo perverso de esto es que la gente religiosa habla constantemente sobre su confianza en Dios —pero ya seas religioso o no, si piensas que tu bondad contribuye a tu salvación, entonces estás siendo tu propio salvador. Estás confiando en ti mismo. Y aunque no estés cometiendo adulterio o robo, tu corazón se irá llenando de orgullo, de justicia propia, de inseguridad y de envidia, provocando que la gente a tu alrededor viva en un mundo miserable.

Por eso, tanto Nicodemo como la samaritana eran pecadores en necesidad de gracia. Todos lo somos. En cualquier caso, siempre estás tratando de ser tu propio salvador y señor, tratando de poner a Dios como tu deudor. Cualquiera que sea tu caso, Jesús dice que esto es pecado. Dice que necesitas agua viva y que debes nacer de nuevo para obtenerla. Tienes que arrepentirte, admitir tu necesidad, pedirle a Dios que te reciba por el mérito de Cristo y ser transformado.

Algunas personas dirán: “Pero yo no soy como esas dos personas —soy una persona moral que no es religiosa. Puede ser que exista un Dios, pero no estoy seguro. Pero sea que Dios exista o no, yo soy una buena persona y eso es todo lo que importa”. ¿En verdad es eso todo lo que debe importar? Imagina que una viuda cría a un hijo y con muchos sacrificios lo inscribe en buenas escuelas y en una buena universidad. Imagina que, al criarlo, la madre le dice: “Hijo, quiero que vivas una buena vida, que siempre digas la verdad, que trabajes arduamente y que veas por los pobres”. Luego, después de que el joven se gradúa de la universidad, se va a trabajar y a vivir su vida —y

nunca más vuelve a hablar con su madre. Tal vez le envíe una carta en su cumpleaños, pero nunca la llama ni la visita. ¿Qué pasaría si le preguntaras al hijo sobre la relación que tiene con su madre y él respondiera: “No, no tengo nada que ver con ella en lo personal. Pero siempre digo la verdad, trabajo arduamente y veo por los pobres. He vivido una buena vida —eso es todo lo que importa”?

Dudo que estarías satisfecho con esa respuesta. No es suficiente que ese hombre viva la vida moral que su madre deseaba para él sin tener una relación con ella. Su conducta es condenable porque ella entregó todo por él. Más que una vida moral, su hijo le debe todo su amor y lealtad.

Si existe un Dios, le debes todo, literalmente. Si existe un Dios, le debes mucho más que una vida decente y moral. Dios merece estar en el centro de tu vida. Aún si eres una buena persona pero no le permites a Dios ser Dios sobre tu vida, entonces eres tan culpable de pecado como Nicodemo o la mujer samaritana. Estás siendo tu propio salvador y señor.

¿Cuál es la solución? Necesitas dejar de buscar falsas maneras de salvarte y de convertirte en un *pseudo*-salvador. Si construyes tu vida sobre tu profesión, tu cónyuge, tu dinero, tu moralidad, no tienes esperanza. ¿Sabes por qué? Porque todo salvador que no sea Jesucristo en realidad no es un salvador. Si tu profesión te falla, no te perdonará. Solo puede castigarte con vergüenza y aversión. Jesús es el único salvador que puede satisfacerte si le buscas y perdonarte si le fallas. Tu carrera profesional y tu desempeño moral no están dispuestos a morir por tus pecados.

Si continúas leyendo el capítulo cuatro de Juan, verás que la mujer samaritana les dice a sus amigos sobre el agua viva que ha encontrado. Ella testifica sobre su encuentro con Jesús e invita a todos a que vayan a conocerlo también. ¿Por qué encontró la salvación? Esta es la razón: Jesús tenía sed. Si Jesús no hubiera tenido sed, no hubiera ido al pozo, y ella no hubiera encontrado el agua viva. Pero ¿por qué tenía sed Jesús? Porque el divino Hijo de Dios, el Hacedor del cielo y de la Tierra, se despojó de Su propia gloria y descendió al mundo como un mortal vulnerable, sujeto a tener sed. En otras palabras, ella encontró el agua viva porque Jesucristo dijo: “Tengo sed”. Esa no es la última vez que Jesucristo dijo: “Tengo sed” en el libro de Juan. En la cruz, justo antes de morir, dijo: “Tengo sed”, y se refería a algo más que Su sed física. Ahí Jesús experimentó la pérdida de la relación con Su padre porque tomó sobre Sí el castigo que todos nosotros merecía-

mos por nuestro pecado. Ahí fue despojado del Padre, la fuente del agua viva. Jesús experimentó la sed eterna, tormentosa y mortífera. Esta es una realidad paradójica y asombrosa al mismo tiempo. Es gracias a que Jesucristo experimentó una sed cósmica en la cruz que tú y yo podemos satisfacer nuestra sed espiritual. Es gracias a que murió que podemos nacer de nuevo. Y lo hizo con gozo. Comprender lo que Jesús hizo y por qué lo hizo alejará nuestro corazón de las cosas que nos esclavizan y lo acercará a adorarlo. Ese es el evangelio, y es el mismo evangelio para los escépticos, los creyentes, los poderosos, los marginados y todos los que están en medio.

TRES



LAS HERMANAS AFLIGIDAS

¿Qué —o quién— puede arreglar el mundo?

Es raro que alguien argumente que el mundo está bien en su estado actual y que no hay nada malo con la raza humana. Los encuentros que Jesús sostuvo tanto con la mujer junto al pozo como con Nicodemo demuestran el problema del mundo, mientras que la historia de María y Marta responde la pregunta: ¿Qué —o quién— puede arreglar el mundo? Los cristianos creen que la respuesta es Jesús. Entonces prestémosle atención. ¿Quién es este personaje que está en el centro del cristianismo y quien se supone que pondrá todo en orden?

Para responder a esta pregunta iremos una vez más al Evangelio de Juan, el cual nos narra la historia de la relación que Jesús tenía con dos hermanas, María y Marta, y su hermano Lázaro. En el capítulo 11 de Juan, Lázaro es descrito como alguien a quien Jesús amaba. Ese es un término que se usa en los Evangelios para describir la relación que Jesús tenía con sus discípulos más íntimos. Aparentemente, Jesús, Lázaro, María y Marta eran casi familia.

El Evangelio cuenta que Lázaro se enfermó gravemente y su vida pendía de un hilo. María y Marta mandaron traer a Jesús, pero, antes de que llegara, Lázaro murió. Cuando Jesús finalmente llegó a la casa de Sus amigos, todos estaban de luto, y el cuerpo de Lázaro ya estaba en la tumba. Lo que Jesús hizo a continuación se convertiría en uno de los acontecimientos más famosos de la historia y además uno de los más reveladores, porque nos demuestra no solo quién es Jesús sino también qué vino a hacer.

A Su llegada, Jesús se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a tres kilómetros de distancia, y muchos judíos habían

ido a casa de Marta y de María a darles el pésame por la muerte de su hermano. Cuando Marta supo que Jesús llegaba, fue a Su encuentro; pero María se quedó en la casa.

—Señor —le dijo Marta a Jesús—, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que aún ahora Dios te dará todo lo que le pidas.

—Tu hermano resucitará —le dijo Jesús.

—Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final —respondió Marta.

Entonces Jesús le dijo:

—Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en Mí vivirá, aunque muera; y todo el que vive y cree en Mí no morirá jamás. ¿Crees esto?

—Sí, Señor; yo creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que había de venir al mundo.

Dicho esto, Marta regresó a la casa y, llamando a su hermana María, le dijo en privado:

—El Maestro está aquí y te llama.

Cuando María oyó esto, se levantó rápidamente y fue a Su encuentro. Jesús aún no había entrado en el pueblo, sino que todavía estaba en el lugar donde Marta se había encontrado con Él. Los judíos que habían estado con María en la casa, dándole el pésame, al ver que se había levantado y había salido de prisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar.

Cuando María llegó adonde estaba Jesús y lo vio, se arrojó a Sus pies y le dijo:

—Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.

Al ver llorar a María y a los judíos que la habían acompañado, Jesús se turbó y se conmovió profundamente.

—¿Dónde lo han puesto? —preguntó.

—Ven a verlo, Señor —le respondieron.

Jesús lloró.

—¡Miren cuánto lo quería! —dijeron los judíos.

(Juan 11:17-36).

Marta viene a Jesús y dice: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Justo unos momentos después, María viene y dice lo mismo, palabra por palabra. Dos hermanas, en la misma situación, diciendo exactamente las mismas palabras. Sorprendentemente, las respuestas de

Jesús son muy diferentes. Cuando Marta habla, Jesús casi debate con ella. Su mensaje es: “Viniste muy tarde”, pero Jesús responde: “¡Yo soy la resurrección y la vida! Conmigo nunca es tarde”. La corriente de su corazón se dirige hacia la desesperación, pero Jesús la empuja contracorriente. Jesús reprime sus dudas y le da esperanza. Luego ve a María, quien dice exactamente lo mismo que su hermana, pero esta vez Su respuesta es completamente diferente. Ahora no debate; de hecho, prácticamente no dice nada. Y en vez de empujarla contracorriente desde la tristeza de su corazón, Jesús se une a ella. Se duele con ella. Jesús llora y solo dice: “¿Dónde está?”. Ahora bien, estas respuestas tan radicales y divergentes entre sí son más que una simple curiosidad. Estas respuestas nos dirigen no solo a la profunda sabiduría relacional de Jesús, sino también a una verdad más profunda sobre Su carácter e identidad.

Imagina que estás inventando una historia sobre un ser divino que ha venido a la Tierra disfrazado de ser humano. En la historia, este ser divino llega al funeral de un amigo, sabiendo que tiene el poder para levantarlo de los muertos y que está a punto de enjugar las lágrimas de todos los dolientes en unos cuantos minutos. ¿Cuál sería el estado emocional de esta persona? Seguro que puedes imaginarlo sonriendo, entusiasmado y alegre. Esperarías que se frotara las manos en anticipación, susurrándose a sí mismo: “¡Esperen a ver lo que estoy a punto de hacer!”. O tal vez tú, como el escritor de la historia, lo mantendrías hablando en un tono elevado: “Yo soy la resurrección y la vida”. Ambas reacciones serían lógicas para alguien que dice ser divino. Pero nunca imaginaríamos que tal persona divina se conmoviera ante la agonía de María y llorara con ella. ¿Por qué se presenta tan fuerte en un momento y luego tan vulnerable en otro? Sin embargo, esta *no* es una historia que alguien inventó. Esta narrativa nos demuestra dramáticamente lo que el Nuevo Testamento dice en otro lugar: que Jesús es enteramente Dios y enteramente hombre. No solo era Dios disfrazado de humano; no solo era humano con un aire de deidad; era el Dios-hombre. Estos encuentros, primero con Marta, luego con María, nos demuestran que Jesús era Dios y a la vez humano.

En su encuentro con Marta, Jesús dice: “Yo soy la resurrección y la vida”. Esa es una declaración de deidad. Solo Dios puede dar la vida y quitarla. Notemos que no solo está diciendo: “Yo puedo revivir a Lázaro —tengo acceso especial a un poder sobrenatural y divino”. Está diciendo: “Yo *soy* la resurrección y la vida. Yo soy el poder que le da vida a todas las cosas y que las man-

tiene con vida”. Esto es fascinante. Este no es el único lugar en el que Jesús dice algo así. Siempre destaca Su divinidad en todos los Evangelios. De hecho, si incluimos las referencias indirectas y las explícitas, estas declaraciones sobre Su identidad divina están en casi todos los capítulos de los Evangelios. En Lucas 10 hay un lugar donde Jesús pronuncia una declaración improvisada: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (v 18). Sus discípulos debieron haber quedado perplejos, pensando: “¿Qué?! ¿Está bromeando? ¿Se acuerda de la caída prehistórica de Satanás del cielo a la Tierra? ¿Vio eso?”. Otra declaración indirecta sobre Su deidad que impactó a Sus contemporáneos fue la declaración persistente en cuanto al perdón de pecados. Es obvio para todos que el único pecado que puedes perdonar es aquel cometido en tu contra. No puedes perdonar a Jaime por mentirle a Samuel —solo Samuel puede perdonar a Jaime por hacer eso. De modo que cuando Jesús le dice a un hombre paralítico: “Hijo, tus pecados te son perdonados”, la audiencia concluyó correctamente que Jesús se hacía igual a Dios, por implicación de que todos los pecados son cometidos en *Su* contra (Marcos 2:5).

Pero las declaraciones explícitas sobre la divinidad de Jesús también son abundantes. En Juan 5 una multitud buscaba apedrearlo porque le habían escuchado decir que se hacía igual a Dios. En Juan 8 trataron de hacer lo mismo cuando declaró que no solo es más viejo que Abraham, sino que es eterno, tomando para Sí el nombre divino: “Antes de que Abraham naciera, *¡Yo soy!*” (v 58). En Juan 14 dice algo similar a lo que le dice a Marta. Jesús no solo dice *tener* la verdad, sino que dice *ser* la verdad: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (v 6). En Juan 20 Tomás llama a Jesús “mi Señor y mi Dios” (v 28) y Jesús acepta Su adoración sin añadir nada.

Estas declaraciones siempre han presentado un gran dilema para los lectores de los Evangelios, sobre todo en nuestros días. Muchos reconocen la belleza, el poder y la singularidad de las enseñanzas de Jesús. Por lo tanto, hay una fuerte tendencia a querer retratar a Jesús como uno de los muchos sabios y eruditos religiosos. Pero el ministro presbiteriano escocés del siglo diecinueve, John Duncan (y luego el autor del siglo veinte, C. S. Lewis) dijo que las aseveraciones de Jesús sobre Su identidad divina hacen que tal proposición sea imposible. Los fundadores de todas las religiones principales dijeron: “Yo soy un profeta que te muestra el camino a Dios”, pero Jesús dijo: “Yo soy Dios, y he venido a buscarte”. Esto significa que no podemos ver a Jesús como uno

más entre los maestros religiosos que suplen el almacén internacional de sabiduría. O Jesús era un fraude, o era un maniático, o es el Hijo de Dios. Duncan llamó a esta afirmación *trilema*.

Jesús demanda una respuesta radical de algún tipo. Puedes denunciarlo porque es malvado, o puedes huir de Él porque es un lunático, o puedes postrarte ante Él en adoración porque es Dios. Todas esas reacciones tienen sentido; son coherentes con la realidad de Sus palabras. Pero lo que no puedes hacer es responder moderadamente. No debes decirle: “Buen discurso. Fue de mucha ayuda. Eres una persona pensante”. Eso sería deshonesto. Si Jesús no es quien dice ser, entonces Su forma de pensar es distorsionada y defectuosa. Si es quien dice ser, entonces es mucho más que un gran pensante. Jesús nos dice, de hecho: “Tienes que lidiar con Mis declaraciones. Si estoy equivocado, soy inferior a todos los otros fundadores que tuvieron la sabiduría y la humildad para no hacerse iguales a Dios. Pero si estoy en lo correcto, *debo* ser el camino supremo para encontrar a Dios y para encontrar el sentido de la vida. Lo que no puedes hacer es tenerme como uno entre muchos”.

Ahora bien, he hablado con muchas personas que intentaron salirse de este trilema de muchas formas. Tal vez el intento más común que he visto sugiere que Jesús nunca dijo ser igual a Dios. “¿Cómo puedes confiar en la fiabilidad histórica de los recuentos del Nuevo Testamento?”, dice esta objeción. “¿Cómo sabes al menos que Jesús existió, y más aún que hizo esas declaraciones? ¿Acaso no es cierto que la idea de Jesús como el divino Hijo de Dios se desarrolló años después de Su muerte?”. La verdad es que tenemos buenas evidencias sobre la existencia y la vida de Jesús en documentos históricos aparte de la Biblia. Asimismo, hay una enorme cantidad de casos convincentes de eruditos que tratan el hecho de que los Evangelios no son tradiciones orales repletas de relatos legendarios, sino una *historia* oral basada en testigos presenciales. Y la evidencia de las declaraciones sobre la divinidad de Jesús va más allá de los recuentos propios de los Evangelios. La evidencia histórica indica que nunca hubo un tiempo en el que los cristianos no creyeran que Jesús era Dios. Por ejemplo, en la Carta de Pablo a los Filipenses, escrita unas dos décadas después de la muerte de Jesús, encontramos un himno cristiano de antaño —probablemente más antiguo que la carta misma— que adora la deidad de Cristo (Fil 2:5-11). Esto significa que la creencia en la identidad divina de Jesús no se desarrolló tiempo después de la muerte de Jesús,

sino que estaba basada en Sus propias enseñanzas, las cuales fueron adoptadas en la comunidad cristiana desde un principio.⁵ De modo que este esfuerzo por escapar del trilema no funciona.

Las personas que se dan cuenta de que no pueden escapar del trilema eligen una de las tres opciones: “Está bien, morderé el anzuelo. ¿Por qué no pudo haber mentido intencionalmente? Solo porque era un maestro brillante no significa que no pudo haber sido un charlatán”. Pero aquí es importante recordar que todos los primeros seguidores de Jesús eran judíos, y los judíos del primer siglo tenían una opinión de Dios tan trascendental que se rehusaban siquiera a escribir o a pronunciar Su nombre. Cualquier insinuación de que Dios se hubiera convertido en un débil humano, de carne y hueso, sería rechazada violentamente. Esto significa, en primer lugar, que la idea de un Dios-hombre nunca se le hubiera ocurrido a un hombre o a una mujer judía, sin importar lo mucho que respetaran a su líder. En segundo lugar, significa que ningún charlatán hubiera tratado de convencer a sus seguidores judíos de que era un ser divino. Él sabría que sus probabilidades de éxito eran nulas, y la historia lo demuestra. Había otros personajes judíos que decían ser el Mesías durante el primer siglo, y muchos de ellos tenían seguidores, pero ninguno de ellos jamás fue adorado como un ser divino.

“¿O —podrías preguntar— qué si Jesús no era un conspirador, sino que en realidad era sincero y se engañaba a Sí mismo? ¿Qué si realmente pensaba que era Dios? ¿Acaso no tenía ninguna posibilidad de haber convencido a Sus seguidores?”. No, y esta es la razón. Debemos reflexionar sobre el hecho de que ninguna religión principal tiene un fundador que haya declarado ser Dios, aunque algunas pequeñas sectas de corta vida sí los han tenido. Aunque ha habido personas autoengañadas en la historia que se han hecho iguales a Dios, nunca fueron capaces de hacer creíbles sus declaraciones, salvo a un grupo pequeño. ¿Por qué no? Porque es imposible convencer a la gente de que eres Dios si tienes cualquiera de los defectos normales del carácter humano: egoísmo, impaciencia, enojo incontrolable, orgullo, deshonestidad y crueldad. Y ha habido personas que han vivido lo suficientemente cerca de esos “seres divinos” como para ver todos esos defectos y para ser capaces de ver más allá de la ilusión. Y si añades a esto el escepticismo cultural y teológico profundo del judaísmo, verás que sería imposible convencer a una masa crítica de judíos de que eras Dios —a menos que esa fuera la explicación más sensata de los hechos.

La erudición histórica nos demuestra que, después de Su muerte, un gran número de personas

(que fue creciendo con el tiempo), quienes insistían en que eran fieles al monoteísmo judío, no obstante comenzaron a adorar a Jesús como el Dios verdadero.⁶ ¿Qué clase de vida habrá llevado Jesús para lograr lo que ninguna otra persona en la historia ha logrado hacer: convencer a más de un porcentaje mínimo de personas inestables de que Él es el Creador y el Juez del universo? ¿Qué clase de persona habrá sido Jesús para haber vencido la profunda resistencia de los judíos ante tan ridículas declaraciones? La respuesta es que tuvo que haber sido tal como el ser humano incomparable y hermoso que describe el Nuevo Testamento. Y aquí vemos un retrato grandioso de Él.

Cuando Jesús se encuentra con Marta, sin duda vemos un destello de Su deidad y poder. Él es Dios. Pero eso no explica la totalidad de Su persona. En la escena siguiente, lo vemos quebrantado y sollozando con María a la sombra de la tumba. Pensaríamos que si una persona en realidad fuera divina, no expondría sus emociones, pero Él sí. Entonces aquí vemos la deidad y la vulnerabilidad humana juntas en una sola persona. Su amor lo lleva al llanto. A pesar de que ha afirmado que Él *es* la resurrección y la vida —que Él es Dios mismo— Jesús le responde a María de esta forma porque también es completamente humano. Es uno con nosotros. Jesús siente el poder horrendo de la muerte y el dolor de perder a alguien.

Lo que vemos en Jesucristo, entonces, es algo muy difícil de creer y aún más de describir. No es cincuenta por ciento humano y cincuenta por ciento Dios, tampoco es veinte por ciento Dios y ochenta por ciento humano o viceversa. No hablamos de un ser humano con una conciencia divina, ni hablamos de un ser divino con una ilusión de un cuerpo físico. Él es Dios pero también es total y absolutamente humano. Ahora bien, ninguna otra religión está de acuerdo con esto. Ninguna religión, salvo el cristianismo, cree que el Creador trascendente, el Autor de la vida, se convirtió en un simple y débil mortal, sintiendo todo el horror de la muerte. ¿De verdad crees que Jesús es el Dios-hombre? ¡No me sorprendería si lucharas con esa idea! Pero mira la historia, observa cómo responde a estas dos mujeres, y quizá puedas ver que aunque tu mente intente rodear la idea de una persona divina y humana al mismo tiempo, eso es precisamente lo que más necesitas.

Jesús le da a Marta lo que podríamos llamar el ministerio de la verdad. Eso es lo que ella más necesitaba en ese momento. Pone Sus manos en los hombros de ella, la sujeta con fuerza y la enfrenta con la verdad: “¡Escúchame! No te desesperez. Estoy aquí. Resurrección. Vida. Eso es lo

que soy”. Debido a Su identidad divina, Jesús es lo suficientemente glorioso como para apuntarla hacia las estrellas. Luego, cuando se acerca a María, le da lo que podríamos llamar el ministerio de las lágrimas. Eso es lo que ella más necesitaba en ese momento. Debido a Su identidad humana, Jesús es lo suficientemente humilde para acompañarla en su dolor —con una integridad y sinceridad completa— y llorar junto a ella.

Ahora bien, honestamente, todos necesitamos un ministerio de verdad y un ministerio de lágrimas en diferentes ocasiones. Algunas veces necesitas ser enfrentado con la verdad; necesitas ser sacudido por un amigo amoroso que te diga: “Levántate y mira a tu alrededor”. Otras veces simplemente necesitas a alguien que llore contigo. Algunas veces descargar la verdad sobre las personas en duelo está mal, pero otras veces solo llorar con ellas sin decirles la verdad está igual de mal. Ninguno de nosotros tiene el temperamento o la paciencia o la perspicacia para darle a la gente exactamente lo que necesita todo el tiempo. Algunos de nosotros tenemos personalidades que son más prestas a confrontar, inclusive cuando debemos ser empáticos, y otros de nosotros somos lo opuesto. Pero Jesucristo nunca es duro cuando debe ser tierno ni tierno cuando debe ser duro. Sin embargo, Jesús no solo es un consejero perfecto y maravilloso. Él es la verdad misma en forma de lágrimas. Él es la deidad encarnada.

Es esta paradoja —que Jesús es tanto Dios como humano— que hace de Él un ser irresistiblemente hermoso. Él es el León y el Cordero. A pesar de sus declaraciones elevadas, no es arrogante; nunca lo vemos parado sobre Su propia dignidad. A pesar de estar siempre disponible para el débil y el quebrantado, enfrenta con valentía al corrupto y al poderoso. Jesús es ternura sin debilidad. Fuerza sin rudeza. Humildad sin una pizca de inseguridad. Autoridad determinante sin egoísmo. Santidad y fe firme sin inaccesibilidad. Poder sin desconsideración.

Una vez escuché a un predicador decir: “Nadie todavía ha descubierto la palabra que Jesús hubiera dicho. Él está lleno de sorpresas, pero todas sus sorpresas son perfectas”.⁷

Jesús es Dios hecho hombre. Pero, por supuesto, esto nos deja con una pregunta. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué el poder absoluto tuvo que entrar en nuestra debilidad? Veamos ahora la última parte del recuento de las hermanas afligidas.

Conmovido una vez más, Jesús se acercó al sepulcro. Era una cueva cuya entrada estaba ta-

pada con una piedra.

—Quiten la piedra —ordenó Jesús.

Marta, la hermana del difunto, objetó:

—Señor, ya debe oler mal, pues lleva cuatro días allí.

—¿No te dije que si crees verás la gloria de Dios? —le contestó Jesús.

Entonces quitaron la piedra. Jesús, alzando la vista, dijo:

—Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Ya sabía Yo que siempre me escuchas, pero lo dije por la gente que está aquí presente, para que crean que Tú me enviaste.

Dicho esto, gritó con todas sus fuerzas:

— ¡Lázaro, sal fuera!

El muerto salió, con vendas en las manos y en los pies, y el rostro cubierto con un sudario.

—Quítenle las vendas y dejen que se vaya —les dijo Jesús. (Juan 11:38-44).

Me frustran casi todas las traducciones del verso 38. En esta traducción leemos: “Conmovido una vez más, Jesús se acercó al sepulcro”. Pero este verso contiene una palabra griega que significa “Gritar de enojo” y, de alguna forma, ningún traductor se siente en libertad de escribir lo que todo comentarista y experto en griego dice que el texto está diciendo. Jesús está absolutamente furioso. Grita de enojo; está rugiendo. ¿Contra qué o quién está enojado? No hay indicación alguna de que esté enojado contra la familia. Entonces ¿contra quién?

Dylan Thomas estaba en lo correcto: “No seas gentil con esa buena noche. Furia, furia en contra de la muerte de la luz”. Jesús está furioso en contra de la *muerte*. No dice: “Miren, acostúmbrense. Todo mundo muere. Esa es la forma de operar del mundo. Resígnense”. No, no dice eso. Jesús está enfrentando nuestra pesadilla más grande —la pérdida de la vida, la pérdida de nuestros seres queridos y de nuestro amor— y está enfurecido. Está enojado contra la maldad y el sufrimiento, y aunque es Dios, no está enojado contra Sí mismo. ¿Qué significa eso?

Primero, significa que la maldad y la muerte son el resultado del pecado y no del diseño original de Dios. Dios no creó un mundo lleno de enfermedad, sufrimiento y muerte. Tal vez te preguntes: “Si Dios está tan disgustado con el estado actual del mundo, ¿por qué no hace algo al respecto? ¿Por qué no se aparece en la Tierra y acaba con la maldad?”. Pero esa pregunta revela una falta de

conocimiento propio. La Biblia dice —y todos lo sabemos en lo más profundo de nuestro ser— que mucho de lo que está mal en el mundo está mal debido al corazón humano. Mucha de la miseria de esta vida se debe al egoísmo, al orgullo, a la crueldad, al enojo, a la opresión, a la guerra y a la violencia. Esto quiere decir que si Jesucristo hubiera venido a la Tierra con la espada de la ira de Dios para erradicar el pecado, ninguno de nosotros hubiera sobrevivido para contarlo. Todos tenemos maldad en lo más profundo de nuestro ser.

No obstante, Jesús no vino con una espada en Sus manos; vino con clavos en Sus manos. No vino a traer juicio; vino a cargar con el juicio. Y este pasaje lo revela de la forma en la que comienza a desempacar el dilema de Jesús. Más adelante, en el capítulo 11, los líderes religiosos ven lo que Jesús ha hecho en esta demostración de poder y se dieron cuenta de que este milagro lo hacía más peligroso de lo que jamás pensaron que sería. Después de resucitar a Lázaro, aquellos líderes tuvieron una reunión, y de lo que hablaron en esa reunión, Juan dice: “Así que desde ese día convinieron en quitarle la vida” (v 53).

Jesús sabía todo esto, por supuesto. Sabía que si resucitaba a Lázaro de los muertos, las autoridades religiosas tratarían de matarlo. Sabía que la única forma de sacar a Lázaro de la tumba era poniéndose a Sí mismo en la tumba. Sabía que la única forma de interrumpir el funeral de Lázaro era convocando el Suyo. Si había de salvarnos de la muerte, tendría que ir a la cruz y cargar con el juicio que nosotros merecíamos. Es por eso que cuando Jesús se acercó a la tumba, en vez de sonreír ante el prospecto de un gran espectáculo, estaba temblando de enojo y con lágrimas en Sus mejillas. Sabía lo que le costaría salvarnos de la muerte. Tal vez pudo sentir el peso de la muerte sobre Sí mismo. Sin embargo, aun sabiendo y experimentando todo esto, exclamó: “Lázaro, sal fuera”.

Los testigos decían sobre Jesús, “Miren cuánto quería a Lázaro”, pero lo que debemos mirar es cuánto nos ama a *nosotros*. Jesús se hizo humano, mortal y vulnerable —todo por amor a nosotros.

En 1961 los rusos pusieron a un hombre en órbita y, al regresar, el primer ministro Nikita Khrushchev dijo algo atrevido. Lo recuerdo muy bien; tenía once años cuando sucedió. Khrushchev dijo algo así: “Enviamos a un hombre al espacio y no vimos a Dios, así que hemos demostrado que Dios no existe”. Lo que dijo no tenía una lógica o filosofía muy sólida, pero lo dijo, y millones de

personas creyeron en lo que dijo. Estas personas piensan que la observación empírica ha demostrado que Dios no existe. C. S. Lewis escribió un ensayo sobre esta idea titulado “El ojo que ve”, y en él Lewis argumenta que si Dios existiera, nosotros no nos relacionaríamos con Él como lo haría una persona en el primer piso de la casa con una persona en el segundo piso. El residente del primer piso puede subir las escaleras para encontrar al residente del segundo piso, pero Dios no es alguien que simplemente vive en el cielo —Él es el Creador de todo el universo: la Tierra, el cielo, el tiempo, el espacio y aun de nosotros. Nuestra relación con Dios, entonces, es más como la relación que Shakespeare tiene con Hamlet. ¿Qué tanto sabe Hamlet sobre Shakespeare? Solo lo que Shakespeare escribe sobre sí mismo en la obra. Hamlet nunca será capaz de encontrar algo sobre el autor de alguna otra forma. De la misma manera, concluye Lewis, no podemos encontrar a Dios yendo a una dimensión más alta. Solo seremos capaces de conocer a Dios si Dios escribe algo sobre Sí mismo en nuestro mundo y en nuestra vida. Y lo ha hecho.

Pero no solo nos ha dado información. Otra persona que hizo algo parecido a lo que Lewis describe en su ensayo fue su amiga, la autora Dorothy Sayers. Sayers fue una de las primeras mujeres en ir a la Universidad de Oxford, y fue una escritora de ficción policiaca. Escribió una serie de grandiosas novelas, conocidas como las historias de Lord Peter Wimsey. Lord Peter es un detective aristócrata, soltero y solitario, y a mitad de la serie una mujer alta y no tan atractiva llamada Harriet Vane aparece en escena. Harriet es una de las primeras mujeres en ingresar a Oxford, y es una escritora de ficción policiaca. Ella y Peter se enamoran, se casan y resuelven misterios juntos. ¿Qué está sucediendo aquí? Algunas personas han especulado que Dorothy Sayers miró el mundo que había creado —y el personaje que había creado— y vio su dolor, su soledad, se enamoró de él y se integró en la historia solo para salvarlo.

Verás, Dios ha hecho lo mismo. Dios miró nuestro mundo —el mundo que creó— y nos vio destrozándonos a nosotros mismos, y al mundo huyendo de Él. Esto llenó Su corazón con un profundo dolor (Génesis 6:6). Nos amó. Nos vio luchando, tratando de escapar de la miseria que nosotros mismos nos creamos. Así que Dios se integró en la historia en la persona de Jesucristo, el Dios-hombre, nació en un pesebre y luego murió en la cruz por nosotros.

Mira a Jesús. Mira lo mucho que te ama y cómo vino a arreglar el mundo.

CUATRO



LA FIESTA NUPCIAL

¿Cómo se pueden arreglar las cosas en el mundo?

Hemos visto en los capítulos anteriores que Jesús vino a este mundo para restaurar su oscura y quebrantada condición. Pero en este capítulo quiero que pensemos en *cómo* las cosas en el mundo pueden ser arregladas. Para ser más precisos, pensemos: ¿cómo vino Jesús a restaurar al mundo?

Este encuentro involucra un banquete de bodas. Juan 2 nos dice que Jesús, Su madre, y algunos de Sus discípulos habían sido invitados a un banquete en la ciudad de Caná. Las culturas tradicionales y antiguas ponían más énfasis en la familia y en la comunidad que en el individuo. El sentido de la vida se debía encontrar no en logros individuales sino en ser un buen esposo o esposa, hijo o hija, padre o madre. El propósito de un matrimonio no era primordialmente ser felices como pareja sino unir a la comunidad y levantar a la siguiente generación. En otras palabras, el propósito del matrimonio era procurar el bienestar de la comunidad. Entre más grandes, fuertes y numerosas fueran las familias en un pueblo, mejor era su economía, su seguridad militar y su prosperidad.

Y esto quería decir que las bodas y los banquetes de bodas eran mucho más importantes de lo que son hoy en día. Cada boda era un banquete público para todo el pueblo ya que el matrimonio tenía que ver con toda la comunidad, no solamente con la pareja. Al mismo tiempo, era el evento más grande en la vida personal tanto de la novia como del novio. Este era el día en el que llegaban a la mayoría de edad y se convertían en miembros adultos de su sociedad. No es sorpresa, entonces, que los antiguos banquetes de bodas duraran por lo menos una semana.

Y con este trasfondo podemos ver que nuestro texto presenta de repente un gran desastre. Tal vez apenas había pasado un día o dos de la fiesta cuando la familia se quedó sin vino, el elemento más

importante de un banquete en la antigüedad. Esencialmente, la fiesta tendría que terminar. Esto no era meramente una violación de etiqueta, sino una catástrofe social y psicológica, particularmente en una cultura tradicional basada en el honor y la vergüenza.

Esta situación ocasiona un diálogo entre Jesús y Su madre:

Al tercer día se celebró una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús se encontraba allí.

También habían sido invitados a la boda Jesús y Sus discípulos. Cuando el vino se acabó, la madre de Jesús le dijo:

—Ya no tienen vino.

—Mujer, ¿eso qué tiene que ver conmigo? —respondió

Jesús— Todavía no ha llegado Mi hora.

Su madre dijo a los sirvientes:

—Hagan lo que Él les ordene.

Había allí seis tinajas de piedra, de las que usan los judíos en sus ceremonias de purificación. En cada una cabían unos cien litros.

Jesús dijo a los sirvientes: —Llenen de agua las tinajas.

Y los sirvientes las llenaron hasta el borde.

—Ahora saquen un poco y llévenlo al encargado del banquete, —les dijo Jesús.

Así lo hicieron. El encargado del banquete probó el agua convertida en vino sin saber de dónde había salido, aunque sí lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua. Entonces llamó aparte al novio y le dijo:

—Todos sirven primero el mejor vino, y cuando los invitados ya han bebido mucho, entonces sirven el más barato; pero tú has guardado el mejor vino hasta ahora.

Esta, la primera de Sus señales, la hizo Jesús en Caná de Galilea. Así reveló Su gloria, y Sus discípulos creyeron en Él. (Juan 2:2-11).

Ahora bien, la clave para entender este evento se encuentra en el último versículo. Esto no era meramente un milagro; era una *señal*. Una señal es un símbolo o un indicador de algo más. Jesús no tenía que haber usado Su poder en esta situación, pero lo hizo. Y cuando escogió hacerlo, llegó

a ser “la primera de Sus señales... Así reveló Su gloria”, reveló Su verdadera identidad. Y que lo haya hecho así es muy interesante.⁸

Consideremos que este es el mismísimo comienzo de la trayectoria de Jesús, Su ministerio público. Imagina que eres un candidato para un cargo político, un empresario lanzando una nueva marca o un músico sacando su primer disco. En cualquier caso, escogerías tu primera presentación pública con enorme cuidado. Cada detalle sería cuidadosamente controlado para que todo lo que digas o hagas exprese el mensaje que quieres transmitir. Pero observa esta tarjeta de presentación, por decirlo así, de Jesús. Nadie está muriendo, nadie está siendo poseído por demonios, nadie se está muriendo de hambre. ¿Por qué Jesús escogería esta oportunidad para dar una señal que representaría y comenzaría todo Su ministerio? ¿Por qué Su primer milagro —un milagro significativo según Juan— sería usar Sus poderes sobrenaturales para que el vino no faltara y así la fiesta se alargara? ¿Por qué haría algo así?

Reynolds Price, quien por muchos años fue un prominente profesor de literatura inglesa en la Universidad de Duke y un aclamado novelista, escribió un interesante libro llamado *Tres Evangelios*, en donde tradujo y analizó los Evangelios de Marcos y Juan y después escribió su propia versión de la vida de Jesús. Hablando como un experto en literatura, Price argumenta que el Evangelio de Juan no fue una obra de ficción, sino que fue un texto escrito por “la mano de un claro y serio testigo presencial de las obras y los pensamientos de Jesús”.⁹

Una de las muchas razones por las que Price llegó a esa conclusión es por este relato del primer milagro. Price pregunta: “¿Por qué inventar —como señal inaugural de la gran trayectoria de Jesús— una milagrosa solución para un simple evento social?”¹⁰ ¡Nadie habría inventado algo como eso!

Ahora bien, como ya hemos visto, Price está exagerando un poco. Para las personas en esta cultura, el hecho de que el vino se hubiera agotado era algo más que una simple vergüenza social. Aun así, por más vergüenza que el novio y la novia pudieran haber sentido, no era una situación de vida o muerte, así que podemos entender la fuerza de la pregunta de Price. ¿Qué significó este acto acerca de lo que Jesús vino a hacer a este mundo?

Primero, veamos lo que Jesús contribuyó a esta situación (y a la nuestra). En el versículo 9 se introduce al “encargado del banquete”. Esta persona era, en esencia, el maestro de ceremonias, el

que precedía el evento. Su trabajo era llamar a las personas a la celebración y asegurarse de que las condiciones para esa celebración estuvieran en orden. En resumidas cuentas: era su responsabilidad hacer que la fiesta fuera excelente. Y cuando Jesús convierte el agua en vino y salva el día, ¿puedes ver qué es lo que Jesús está diciendo? Jesús está diciendo, por así decirlo: “Yo soy el verdadero encargado del banquete. Yo soy el Señor del Banquete”.

“Espera —alguien podría decir—, yo pensé que Jesús vino para humillarse a Sí mismo, para perder Su gloria, para ser rechazado e ir a la cruz”. Eso es cierto, pero visto de otro modo Jesús está dando el contexto para esa terrible pérdida y ese terrible dolor. “Sí —dice Jesús—, voy a sufrir. Sí, habrá abnegación. Sí, habrá sacrificios, primero para Mí y después para Mis seguidores. Pero estas cosas son únicamente medios para un fin: ¡una celebración gozosa! Todo esto es para traer la resurrección, el cielo nuevo y la tierra nueva, el final de toda maldad, muerte y lágrimas. ¿Has escuchado de las leyendas dionisiacas en cuanto al bosque donde abunda el vino, las danzas y la música? Esas leyendas no se comparan con el banquete eterno que viene al final de la historia. Y todos aquellos que creen en Mí tendrán dentro de ellos un río de gozo, una degustación de ese gozo, aquí y ahora. Una degustación que será profundamente consoladora y refrescante en los tiempos más difíciles y áridos, una fuente de agua viva. Eso es lo que he venido a traer. Es por eso que esta es Mi primera señal”.

Ciertamente, la Biblia a menudo usa lenguaje sensorial para hablar sobre la salvación de Dios, e incluso sobre Dios mismo. En el Salmo 34 David les dice a sus lectores israelitas: “Prueben y vean que el Señor es bueno” (v 8). ¿Pero no saben ellos ya que el Señor es bueno? Sí, lo saben, pero cuando David los invita a “probar”, él quiere que ellos vayan de un consentimiento mental a algo más allá de eso, a una relación seria. “Claro que *saben* que el Señor es bueno —dice David— pero yo quiero que lo *prueben*”. Él quiere que ellos experimenten al Señor profundamente.

Soy ministro presbiteriano; y si digo: “Jesucristo vino para traer gozo y satisfacción al corazón, no solo después sino ahora”, puede parecer un poco raro para algunas personas. Los presbiterianos tienen la reputación de ser un poco más reservados. Pero la Biblia no me deja otra opción. ¿Sabes qué es lo que la Biblia dice sobre el día final, al final de los tiempos? Jesús pudo haber estado pensando sobre eso en este momento en la boda. Isaías 25:6-8 dice: “En este monte el SE-

ÑOR Todopoderoso hará una fiesta para todas las naciones. Habrá las mejores comidas y los mejores vinos; carne tierna y vinos seleccionados. En este monte destruirá el velo que cubre a todas las naciones, el manto que cubre a todos los pueblos. El Señor DIOS destruirá la muerte para siempre y secará las lágrimas de todos los rostros. Él quitará de la tierra la vergüenza de su pueblo. El SEÑOR lo ha decidido así”. (PDT)

En *El Señor de los Anillos* de J.R.R. Tolkien, cuando Samsagaz Gamyi se despierta después de haber sido rescatado del Monte del Destino y ve que Gandalf aún está vivo, se da cuenta de lo que ha sucedido. Sam dice: “Gandalf, pensé que estabas muerto. Pero luego pensé que yo estaba muerto. ¿Todo lo triste va a desaparecer?”. La Biblia entera dice que eso es precisamente lo que Jesús va a hacer al final. No vamos a ser llevados de este mundo al cielo, sino que el cielo bajará a nosotros al final de los tiempos, y el mundo será renovado. Cada lágrima será secada. En esencia, todo lo triste va a desaparecer. Eso es lo que Jesús vino a hacer.

En la gran novela de Fyodor Dostoyevsky, *Los Hermanos Karamazov*, hay una escena en donde dos personas hablan sobre el sufrimiento. Ivan Karamazov habla sobre la posibilidad de encontrar el propósito del sufrimiento, y esto es lo que dice:

Creo como niño que el sufrimiento será sanado y será remplazado, que toda esa humillante ridiculez de contradicciones humanas desaparecerá como un lamentable espejismo, como la despreciable fabricación de la impotente e infinitamente pequeña mente euclidiana del hombre, que al final del mundo, en el momento de armonía eterna, algo tan precioso sucederá que será suficiente para todos los corazones, para el consuelo de todos los resentimientos, para la expiación de todos los crímenes de la humanidad y de toda la sangre que han derramado; que hará posible no solo perdonar, sino también justificar todo lo que ha sucedido.¹¹

Ese es el cristianismo de Dostoyevsky, surgiendo a través de su imaginación y arte literario. Dostoyevsky cree que, al final, la realidad será tan extraordinaria, el gozo será tan increíble, la satisfacción será tan asombrosa que inclusive la vida más miserable se sentirá —como Santa Teresa de Ávila tenía fama de haber dicho— “como una noche en un mal hotel”.

Jesucristo dice: “Yo soy el Señor del Banquete. Al final, Yo vengo a traer gozo. Esta es la razón

por la que mi tarjeta de presentación, mi primer milagro... es ponerlos a todos a reír”.

Esto nos dice qué es lo que Jesús vino a traer; pero ¿por qué tuvo que traerlo? Observemos otro detalle de este milagro. Jesús rescata a estos jóvenes novios de la vergüenza, pero ¿cómo lo hace? Llenando jarrones usados por los judíos para las ceremonias de purificación. Sabemos que el judaísmo del Antiguo Testamento contenía un gran número de ritos y normas que requerían varios tipos de lavamientos físicos y de purificaciones, todos útiles para hacer hincapié sobre nuestra necesidad espiritual. Estas purificaciones transmitían de forma vívida la idea de que Dios es santo y perfecto y nosotros imperfectos, y que para poder conectarnos con Él es necesario que haya expiación, limpieza y perdón. No podemos simplemente entrar de manera directa ante Su presencia. Así que los judíos tenían muchos ritos de purificación que ellos mismos preparaban antes de realizar los sacrificios de sangre. Para eso usaban comúnmente los jarrones.

Y aquí debemos recordar que la falta de vino era más que una simple vergüenza. Imagina cuán humillado te sentirías al decepcionar a tu familia en una cultura basada en el honor y la vergüenza. No comprendemos muy bien la dinámica hoy en día en el occidente, donde prevalece el individualismo. Pero estos jóvenes enfrentaban cierta vergüenza y culpa pública. Jesús los rescata de todo eso. Al usar jarrones destinados para lavamientos ceremoniales, Jesús está diciendo que ha venido a este mundo para lograr *en realidad* aquello a lo que apuntaban las leyes ceremoniales y sacrificiales del Antiguo Testamento. ¿Cómo sucede esto?

En el capítulo 2 hablé acerca del pecado. Sé que el término nos irrita, y es natural retorcerse cuando un ministro habla acerca de él, pero no podemos comprender el gozo que Jesús traerá sin comprender el pecado. Necesitamos entender que estamos teñidos, que necesitamos ser purificados, que tenemos culpa y vergüenza y que necesitamos ser rescatados en vez de caer en la trampa de que el pecado no existe. Permíteme ser directo y personal. Tú realmente sabes en lo más profundo de tu ser que algo está bastante mal. ¿Por qué trabajas tanto? ¿Por qué siempre necesitas tener la razón? ¿Por qué te preocupas tanto por cómo te ves? Es porque sabes que hay algo que está mal y estás intentando purificarte y cubrir tus faltas.

¿Recuerdas la primera película de Rocky? Justo antes de la importante pelea de Rocky contra el campeón de peso pesado, Apollo Creed, Rocky está recostado junto a su novia, Adriana, y le dice

que no necesita realmente ganar la pelea, solo permanecer de pie hasta el final, solo terminar la pelea. Dice:

Solo quiero mostrar algo: no soy ningún vagabundo. No importa si pierdo. No importa si me rompe la cabeza... lo único que quiero hacer es terminar la pelea, eso es todo. Nadie nunca ha durado quince asaltos con Creed. Si yo termino esos quince asaltos, y esa campana suena y estoy aún de pie, entonces sabré que no soy simplemente otro vagabundo del barrio.

Te propongo esto: Una de las razones por las que tienes todos esos sueños de grandeza para verte bien y tener éxito es porque estás intentando mostrarte a ti mismo y a todos los demás —incluso a personas que ya no están— que no eres un vagabundo.

¿Recuerdas a Harold Abrahams de la película *Carros de Fuego*? ¿Qué era lo que lo llevaba a ser el mejor en la carrera de cien metros? Justo antes de la carrera final, Abrahams dice: “Levantaré la mirada y me enfocaré en ese carril... con diez segundos para justificar toda mi existencia”. Abrahams simplemente está siendo sincero sobre algo que muchos de nosotros no queremos admitir. No queremos que solo nos vaya bien. No queremos hacer solo una contribución a la sociedad. No queremos simplemente dejar nuestra huella. En el fondo sentimos —de hecho, incluso sabemos— que, de alguna forma, todos somos vagabundos. Otra forma de ponerlo, si quieres visualizarlo bíblicamente, es regresar a Génesis 3 cuando Adán y Eva comen el fruto, se apartan de Dios e, inmediatamente, se sienten desnudos. Ellos sienten que tienen que cubrirse, ni siquiera pueden permitir que Dios los vea como son. Así que se cubren con hojas de higuera. Considera la posibilidad de que tu éxito en la vida es solo una gran hoja de higo. Considera el hecho de que, al final, nunca será suficiente cubrir lo que sabes que está mal dentro de ti.

Estoy convencido de que todos sabemos que necesitamos ser limpiados, incluso aquellos de nosotros a los que nos incomoda la idea del pecado. Tal vez es raro para ti que alguien lo describa así de claro, pero hay suficientes cosas en ti que te gustaría negar, teológica y filosóficamente. “Ah —dirás— soy humanista, y no creo que los seres humanos seamos malos por naturaleza”. Pero si vives lo suficiente y eres honesto contigo mismo, te darás cuenta de que existen cosas en tu corazón que te asombran e incluso te espantan. Cosas por las que dices: “No sabía que era capaz de

eso”.

En realidad, el problema es que todos somos capaces de eso. Adolf Eichmann era uno de los arquitectos Nazis del Holocausto. Después de la Segunda Guerra Mundial, Eichmann escapó a Sudamérica, donde fue apresado en 1960 y llevado de vuelta a Israel para ir a juicio. Fue juzgado, fue declarado culpable y fue ejecutado. Pero hubo un incidente muy interesante durante su juicio. La corte debía encontrar testigos que lo hubieran visto cometer los terribles crímenes en contra de la humanidad por los que se le culpaba. Necesitaban encontrar personas que lo hubieran visto participar en atrocidades en los campos de exterminio. Uno de los testigos era un hombre llamado Yehiel De-Nur, y cuando vino a testificar, vio a Eichmann en la cabina de cristal e inmediatamente perdió el control, desplomándose al piso y sollozando. Hubo un caos total. El juez golpeó su mazo para poner orden. Fue una escena bastante dramática.

Tiempo después, De-Nur fue entrevistado por Mike Wallace en *60 Minutos*. Wallace le mostró a De-Nur el video de su desplome y le preguntó qué le había sucedido. ¿Se sentía abrumado por los recuerdos dolorosos? ¿Sentía odio? ¿Es por eso que se colapsó? De-Nur dijo que no —y después dijo algo que probablemente sorprendió a Wallace y que debió impactar a casi todas las personas seculares de occidente. De-Nur dijo que fue agobiado por el hecho de que Eichmann no era un demonio sino un ser humano ordinario. “Tuve miedo de mí mismo... me di cuenta de que soy capaz de hacer eso... de actuar exactamente como él actuó”.¹²

Podríamos decir que los nazis eran menos que humanos, que no eran como nosotros, que no somos capaces de hacer lo que hicieron. Pero tenemos serios problemas con este punto de vista. Lo más escalofriante sobre este capítulo de la historia no son los pocos arquitectos malvados, sino la complicidad de un vasto número de personas de una sociedad que estaba produciendo los mejores eruditos, la ciencia y cultura más elevada del mundo. Eso hace que sea imposible para nosotros descartar toda aquella época como el trabajo de un par de monstruos aislados.

Aparte de eso, llamar a los nazis “menos que humanos” o “diferentes a nosotros” es, en realidad, el mismo razonamiento que llevó a los nazis a cometer aquellas atrocidades inimaginables. Ellos también pensaban que ciertas clases de personas eran menos que humanos y que estaban por debajo que ellos. ¿Realmente queremos negar nuestra humanidad en común? ¿Queremos llegar a

las mismas conclusiones a las que llegaron ellos? La vasta mayoría de los nazis y de los millones de personas que fueron guiadas por ellos no eran monstruos con colmillos. Hannah Arendt, viendo a Eichmann durante el juicio, reportó para *El New Yorker* que por ningún motivo era un psicópata, que no mostró odio ni enojo. Al contrario, dijo que era un hombre ordinario que quería vivir su vida. Ella llamó a esto “la trivialidad de la maldad”. La maldad acecha en el corazón de todos los seres humanos ordinarios.

Así que sería realmente más honesto decir: “De alguna manera soy igual que aquellos que han hecho cosas terribles. Estoy hecho de la misma materia humana. Debe haber algo en lo profundo de mi ser que sea capaz de cometer gran crueldad y de sentir un profundo egoísmo... simplemente no lo quiero ver”. Jesús, por supuesto, sabe que esa maldad está allí. Más adelante el Evangelio menciona que “muchos creyeron en Su nombre al ver las señales que hacía. Pero Jesús, en cambio, no se confiaba en ellos... porque Él conocía lo que había en el interior del hombre” (Juan 2:23-25 NBLH). Y mientras que a la mayoría de nosotros el egocentrismo y el pecado de nuestros corazones no nos ha llevado a actos abiertamente criminales de violencia y crueldad, no obstante le ha causado miseria a las personas que nos rodean, y no nos ha permitido servir al Dios que nos creó y a quien le debemos todo. Jesús vino para limpiarnos de esto; para purificarnos de la maldad espiritual que hay en nosotros.

Así que, finalmente, ¿cómo trae Jesús esa sanidad, esa limpieza y ese perdón? Aquí llegamos al corazón de la narración de este pasaje. María le dice a Jesús que la fiesta se ha quedado sin vino. Puede que María le esté contando el problema a Jesús como se lo contaría a cualquier otro, pero aún así eso es poco probable. Quizás María no entiende exactamente quién es Jesús, pero sí sabe que su hijo no es un hombre ordinario. Ella recuerda a los ángeles, por supuesto. ¿Cómo podría olvidarlo? Y sabemos muy poco sobre todo lo que ella había escuchado o visto desde el nacimiento de su hijo.¹³

María le cuenta sobre el problema. Y Jesús contesta: “Mujer, ¿eso qué tiene que ver conmigo?”. Esto parece ser una forma bastante fría de hablarle a una madre. Algunas veces, con pasajes como este, la traducción no es la mejor, y podemos obtener una lectura más fresca leyendo los idiomas originales. Pero en este caso los comentarios te dirán que esta es, en efecto, una forma inusual e in-

sensible de dirigirse a una madre, especialmente en este tipo de sociedad orientada a la familia. ¿Qué sucede? Sabemos por el resto de los relatos del Evangelio que Jesús no se irritaba con facilidad. Él no dice cosas de las que luego se arrepiente. Incluso, cuando fue torturado nunca habló palabras de odio o enojo, así que no es porque se encuentre de mal humor. Algo pesa sobre Sus hombros. Y Él mismo nos dice qué es lo que le pesa: “Todavía no ha llegado mi hora”.

Ahora bien, si lees el libro de Juan cuidadosamente, te darás cuenta que Jesús hacía referencia a Su “hora” en varias ocasiones, y en todas estas instancias, Jesús está hablando sobre el tiempo de Su muerte. Su hora es el momento de Su muerte en la cruz. Al saber esto, ¿ahora entiendes por qué esta respuesta parece tan extraña?

María dice: “¡Qué desastre! Se han quedado sin vino”. A lo que Jesús responde: “¿Por qué me dices esto? No estoy listo para morir”. ¿Qué? Es poco probable que María haya sabido lo que “la hora” significaba. Lo único que ella sabe es que la respuesta de su hijo a una simple declaración es emocional, enigmática y algo ofensiva. Pero ella no discute, ni le pide que le explique. Tampoco se aleja disgustada como muchos padres lo harían. Ella recuerda lo que los ángeles le dijeron, se acerca a los sirvientes del banquete y les dice: “Lo que sea que Él les diga que hagan, háganlo”.

Pero ¿qué es lo que Jesús está pensando? ¿Por qué conecta una sencilla petición de vino con la hora de Su muerte? Bueno, pensemos en el simbolismo. El milagro que Jesús está por hacer será una señal de lo que en realidad ha venido a hacer. ¿Qué es lo que representa el vino para Jesús? ¿Qué se necesita para convertir la vergüenza en gozo en esta escena? Sabemos la respuesta porque Jesús crea el vino dentro de las jarras de la purificación y el lavamiento.

Como podrás ver, cuando Jesús hace Su enigmática declaración, es como si estuviera viendo a lo lejos, más allá de Su madre y más allá de la pareja de novios y más allá de toda esta escena nupcial. Jesús está viendo algo más. Se dice a Sí mismo: “Sí, puedo traer festejo y gozo a este mundo; puedo limpiar la humanidad de su culpa y vergüenza. He venido a este mundo a traer gozo, pero... mamá... tendré que morir para lograrlo”.

En realidad, creo que pudiera haber muchas más cosas pasando por Su mente. En el Antiguo Testamento Dios nos muestra que Él no quiere relacionarse con nosotros solamente como un Rey se relaciona con sus súbditos, sino como un novio se relaciona con su novia. Él quiere una relación de amor con nosotros tan profunda como la relación entre un esposo y una esposa. A menudo,

en las Escrituras hebreas, Dios se presenta a Sí mismo como el novio de Su pueblo. Después, en algún punto del Evangelio de Juan, en el Nuevo Testamento, los discípulos son criticados por no ayunar, y Jesús dice: “¿Por qué deberían los amigos del novio ayunar mientras el novio está aún con ellos?”. ¿Escuchaste eso? ¡Jesús se llama a Sí mismo el novio! Lo hace con pleno conocimiento de que, de acuerdo a las Escrituras, solamente el Creador, el Dios del universo, es el esposo de Su pueblo. Como escritor, Juan continúa profundizando aún más en este tema; en Apocalipsis, al final del Nuevo Testamento, Juan representa el final de todas las cosas de la siguiente manera: “Ved además la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios, preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido” (Apocalipsis 21:2). “El ángel me dijo: ‘Escribe: ¡Dichosos los que han sido convidados a la cena de las bodas del Cordero!’” (Apocalipsis 19:9). En otras palabras, al final de los tiempos se llevará a cabo el banquete final. No será un simple banquete genérico, sino un festín de bodas. Será la celebración final de la unión íntima y permanente entre Jesús y Su iglesia. Y así es como la historia termina; esto es lo que Jesús vino a lograr. Nosotros, la novia, el pueblo que Jesús ha amado, finalmente estaremos unidos con Él. El amor más eufórico de una pareja casada en la Tierra es solo un débil indicio y eco de esa futura realidad cósmica.

Jesús conoce muy bien toda la Escritura del Antiguo Testamento, y se identifica a Sí mismo como el Gran Novio, aunque todavía tiene mucho trabajo por delante. Así que ahora se encuentra en un banquete de bodas. ¿Qué pasa por la mente de las personas solteras en las bodas? ¿Por qué a menudo los vemos sentados, contemplando el horizonte, con esa mirada curiosa y perdida? ¡Es porque ven más allá del novio y la novia y piensan en cómo será su propio día de bodas! Y tal vez esto es lo que Jesús está haciendo. Tal vez está pensando en Su propia boda, con gozo infinito y absoluto horror al mismo tiempo. Entonces parafraseemos lo que está diciendo una vez más: “Madre, para que *Mi* pueblo caiga en *Mis* brazos, tengo que morir. Para que *Mi* pueblo tome de la copa de gozo y bendición, tengo que tomar la copa de justicia y castigo y muerte”.

Esta es la respuesta a la pregunta más importante. ¿Cómo va Jesús a cumplir nuestro gozo? Al perder todo lo Suyo. Dejando Su existencia celestial con Su Padre. Llevando una vida solitaria e incomprensible. Yendo a la cruz y muriendo en nuestro lugar.

Muchas personas dicen: “A mí no me gusta la iglesia y no acepto la doctrina cristiana. No creo en el infierno, ni en la ira de Dios, ni en la expiación por sangre ni en nada de eso. Pero sí me gusta Jesús. Mira cómo ama a las personas, cómo les da a las personas. Si las personas solo imitaran a Jesús y siguieran Sus enseñanzas, el mundo sería un mejor lugar”. A pesar de ser un punto de vista muy popular, tiene problemas muy profundos. Si Jesús estaba pensando sobre Su muerte en un banquete de bodas, eso quiere decir que casi siempre estaba pensando en Su muerte. Jesús *no* vino primordialmente a ser un buen ejemplo. Y eso me alegra. ¿Sabes por qué? ¡Porque Su ejemplo fue demasiado bueno! Jesús es tan perfecto que si solamente es tu ejemplo a seguir, te frustrarás al saber que no puedes imitarlo. Cualquier persona que en verdad busque hacer de Jesús un modelo de vida, poniendo atención a los detalles de Su carácter, terminará perdiendo toda esperanza. Jesús está muy por encima de nosotros, y compararte a ti mismo con Él solo convertirá tus aspiraciones genuinas por alcanzar la excelencia moral en una total desesperación.

Pero vemos aquí que Jesús no vino para decirnos cómo salvarnos a nosotros mismos, sino para decirnos que vino a salvarnos. Vino a morir, a derramar Su sangre, a tomar la copa de maldición y castigo para que nosotros pudiéramos levantar la copa de bendición y amor.

Comprender la centralidad de la muerte de Jesús es indispensable para entender los Evangelios. También es indispensable conocer el significado y el propósito de la muerte de Jesús, es decir, la sustitución. Al escoger los jarros ceremoniales, Jesús estaba señalando algo que el libro de Hebreos expone a mayor detalle: que Jesús cumplió todo el sistema sacrificial del Antiguo Testamento. El tabernáculo y el templo, el velo, el aposento interior llamado el Lugar Santísimo: en el corazón de ese sistema estaba el sacrificio de sangre. ¿Por qué? Porque soy un pecador y el pecado tiene que ser castigado. Algo tiene que expiar mi pecado. Algo debe morir en mi lugar. La pregunta que se hacía el Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento cuando sacrificaban animales era: “¿Cómo puede un cordero tomar el lugar de un hombre?”. Sin embargo, cuando Juan el Bautista ve a Jesús por primera vez, dice: “¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!”. En otras palabras, Juan se dio cuenta de que todos esos pequeños corderos no podían quitar nuestros pecados, sino que apuntaban al único verdaderamente inocente y sin mancha: Jesús. Él es el único que puede quitar nuestros pecados. Jesucristo vino a morir en nuestro lugar y a tomar nuestro

castigo.

Muchas personas responden a esto diciendo: “¡Terrible! ¡Conque nos estás regresando a los antiguos dioses sedientos de sangre!”. Observa la *Ilíada*, por ejemplo; Agamenón intenta capturar Troya, pero no puede penetrarla. Así que sacrifica a su hija a los dioses. Acto seguido, los dioses le dicen: “¡Oh, muy bien! Eso apacigua nuestra ira contra ti, Agamenón. Ahora te daremos vientos favorables”. ¿La Biblia nos está hablando de algo así?

Cuando nosotros, las personas contemporáneas, escuchamos sobre la vida y la muerte de Cristo y sobre Sus seguidores invocando la ira de Dios, parece que a nivel superficial estamos hablando de otra religión primitiva, con matanzas y sacrificios. Pero eso no es el evangelio. Si Jesucristo es quien dice ser —el encarnado Creador del universo— entonces lo que realmente tenemos en la cruz es a Dios mismo viniendo a la Tierra y pagando el precio más alto con Su propia vida. Dios no hace que nosotros paguemos. Él paga la deuda. Algunos han llamado a esto “la autosustitución de Dios”.

¿Piensas que esto es ilógico? Reflexiona en términos de tu propia experiencia con el perdón. Si una persona tumba tu lámpara y la rompe, y dice: “Lo siento. Permíteme pagarte otra. Permíteme reponerla”, ahora tienes la oportunidad de decidir cómo responder. Puedes decir: “Sí, gracias”, haciendo que la pague. O puedes decir: “No, no te preocupes”, y perdonarla. Pero aun si la perdonas, la transacción no se ha completado. Tienes que decidir si tú reemplazarás la lámpara o si te quedarás sin lámpara. En otras palabras, o esa persona paga o tú tienes que pagar. La deuda no desaparece. Alguien siempre tiene que pagar. Si tienes mucho dinero, puede ser fácil decir: “No te preocupes; no es nada”. Pero si no tienes mucho dinero y esa lámpara era una reliquia, pasada de generación en generación en tu familia, puede ser más difícil responder así.

A veces lidiamos con situaciones más difíciles que las de la lámpara. Si alguien daña tu reputación, ¿qué haces? Puedes responder yendo donde la persona que te ha difamado y arruinarle su reputación también. Ojo por ojo, diente por diente. En otras palabras, puedes hacer que esa persona pague. O puedes perdonarlo. Y si escoges la segunda opción, tú absorbes esa deuda. Tal vez seas humillado ante ciertas personas. Tal vez tengas que abandonar el derecho de arruinar su reputación. En resumen, tú sufres. No puedes verdaderamente perdonar una deuda sin tomarla sobre tus hombros.

En todo esto reflejamos un poco de la naturaleza de Dios. Como Dios es un Dios santo y justo, Él no puede solo mirar hacia abajo y decirnos: “Miren cómo se arruinan mutuamente, destruyendo Mi creación, destruyéndose entre ustedes. Lo pasaré por alto”. Dios no puede solo desear que desaparezca la deuda, y no es porque no nos ame lo suficiente. En realidad, es todo lo contrario. Dios es tan santo que Él mismo tuvo que venir en la forma de Jesucristo para morir y para pagar la deuda, pero también es tan amoroso que le complació venir y morir por ti.

Ahora, permíteme preguntarte: ¿hay algo ofensivo sobre la idea de un sacrificio sustitutivo?, ¿hay algo malo con eso en su esencia? No lo creo. No hay historias más conmovedoras que las que ocurren cuando alguien voluntariamente da algo que es de vital importancia para el bienestar de otra persona. No hay gozo más grande para tu corazón que saber que alguien se ha sacrificado por ti. En *Historia de Dos Ciudades*, de Charles Dickens, Sydney Carton y Charles Darnay están enamorados de la misma mujer, pero esta mujer se casa con Charles. Al final del libro, Charles es arrestado y puesto en un calabozo. Es condenado a ser ejecutado al siguiente día. Tiene una esposa y un hijo, y está a punto de morir en las próximas veinticuatro horas. Sydney, quien tiene un físico similar al de Charles, se infiltra en la prisión y noquea a su antiguo rival, les pide a sus amigos que se lo lleven a un lugar seguro, se pone las ropas de Charles, y se queda allí a morir en su lugar.

Después, Dickens nos introduce a una costurera pálida y sombría, también una prisionera que está por ir a la guillotina. La mujer se acerca al hombre que cree ser Charles y le pide que la consuele, hasta que se da cuenta de que no es Charles. Sus ojos se agrandan y susurra: “¿Morirás por él?” Y callándola, él le dice: “Y por su esposa y su hijo”. Luego, habiéndole antes pedido que la confortara, ella le ruega: “¿Me permitirías tomar tu valiente mano, extraño?”. Su corazón se calentó en medio del frío y se armó de valor para enfrentar la muerte ante la sola idea del sacrificio sustituto que hacía Sydney y que ni siquiera era para ella. ¿Cómo serías transformado si llegaras a creer que Jesucristo hizo lo mismo por ti en lo personal? Eso es lo que Jesús vino a traer para todos. Y así es como vino a traerlo: a través de un sacrificio sustituto, no solo para librarte de culpa, sino para que en última instancia cayeras en Sus brazos al final de los tiempos, para ser Su cónyuge, para que Él pueda amarte y perfeccionarte.

Permíteme ofrecerte un par de pensamientos prácticos. En primer lugar, cada vez que Dios esco-

ge una metáfora para ayudarnos a verlo mejor, también nos muestra cómo Él nos ve a nosotros. Si Él es como nuestro novio, si te has entregado a Jesús por medio de la fe, eso quiere decir que Él realmente se deleita en nosotros. Cada vez que Dios escoge una imagen para Sí mismo, también dice algo sobre nosotros. ¿Cómo se viste la novia para el novio cuando camina por el pasillo? Usa las ropas y joyas más hermosas, y cuando él pone sus ojos en ella se deleita completamente y quiere darle el mundo entero. ¿Cómo se atreve Jesucristo a usar una metáfora como esta, evocando esta poderosa experiencia humana? ¿Podría ser que ama a los Suyos así? ¿Podría ser que se deleita en ellos así? Sí, es verdad. ¿Cuán diferente sería tu vida si vivieras momento a momento sabiendo que Él te ama tanto?

En segundo lugar, debes enfrentar el presente viendo hacia el futuro. Hace años escuché a Edmund Clowney predicar un sermón sobre este texto. Clowney estaba reflexionando sobre el hecho de que en medio de todo el gozo de ese banquete de bodas, cuando otros estaban bebiendo vino, Jesús en cierto sentido estaba probando la amargura de la muerte que le esperaba. Pero nosotros no tenemos que hacer eso. El Dr. Clowney lo explicó así: “Jesús se sentó en medio de todo el gozo del banquete de bodas sorbiendo o degustando el sufrimiento que se le venía para que hoy, tú y yo, los que creemos en Él, podamos sentarnos en medio de todo el sufrimiento del mundo y degustar el gozo que viene”. Podemos tener una estabilidad enorme debido al gozo venidero: las bodas del Cordero. Cada vez que participas en la Cena del Señor, por fe, eso es un anticipo de ese increíble banquete. Aun si en este momento estás viviendo dolor y sufrimiento, degusta ese gozo venidero. Solo existe un amor, un banquete, solamente una cosa que realmente puede dar a tu corazón todo lo que necesita, y todo esto te está esperando. Cuando sabes esto, posees algo que te permitirá enfrentar cualquier cosa en la vida.

CINCO



LA PRIMERA CRISTIANA

*¿Cómo debemos responder
a lo que Jesús ha hecho?*

En el último capítulo vimos cómo Jesús arregla lo que se ha descarriado en el mundo. Ahora veremos *cómo* debemos responder a lo que Él ha hecho, lo que nos lleva al aspecto más fundamental de una relación con Cristo: la fe. En cada parte de la Biblia se nos dice que todo entendimiento, consuelo y regalo que Dios puede darnos en Cristo se logra a través de la fe. Pero existe mucha confusión sobre lo que la fe cristiana significa. Para tener un mejor entendimiento de este concepto crucial, analizaremos otro encuentro de Jesús con un individuo en el Evangelio de Juan:

El primer día de la semana, muy de mañana, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que habían quitado la piedra que cubría la entrada.

Así que fue corriendo a ver a Simón Pedro y al otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo:

—¡Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto!

Pedro y el otro discípulo se dirigieron entonces al sepulcro. Ambos fueron corriendo, pero como el otro discípulo corría más aprisa que Pedro, llegó primero al sepulcro.

Inclinándose, se asomó y vio allí las vendas, pero no entró. Tras él llegó Simón Pedro, y entró en el sepulcro. Vio allí las vendas y el sudario que había cubierto la cabeza de Jesús, aunque el sudario no estaba con las vendas sino enrollado en un lugar aparte.

En ese momento entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; y

vio y creyó. [Hasta entonces no habían entendido la Escritura, que dice que Jesús tenía que resucitar].

Los discípulos regresaron a su casa, pero María se quedó afuera, llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro, y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies.

—¿Por qué lloras, mujer?— le preguntaron los ángeles.

—Es que se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto— les respondió.

Apenas dijo esto, volvió la mirada y allí vio a Jesús de pie, aunque no sabía que era Él. Jesús le dijo:

—¿Por qué lloras, mujer? ¿A quién buscas?

Ella, pensando que se trataba del que cuidaba el huerto, le dijo: —Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto, y yo iré por Él.

—María— le dijo Jesús.

Ella se volvió y exclamó:

—¡Raboni! (que en arameo significa: maestro).

—Suéltame, porque todavía no he vuelto al Padre. Ve más bien a mis hermanos y diles:

“Vuelvo a Mi Padre, que es Padre de ustedes; a Mi Dios, que es Dios de ustedes”.

María Magdalena fue a darles la noticia a los discípulos.

—¡He visto al Señor!—, exclamaba, y les contaba lo que Él le había dicho (Juan 20:1-18).

De la primera parte de este pasaje podemos aprender que tener fe cristiana es tanto imposible como racional. ¿Qué quiero decir con esto? No quiero decir que es imposible que alguien tenga fe cristiana. Lo que estoy diciendo es que, en nuestro estado actual de imperfección moral y sensibilidad espiritual, nadie tiene dentro de sí la habilidad de producir una fe vibrante en Cristo. Por tanto, tener fe es imposible para cualquier persona si no hay de por medio una intervención o ayuda externa.

Así es como este pasaje transmite esta verdad. Debemos tener en cuenta que Jesús había estado diciéndoles a Sus discípulos, una y otra vez, que moriría y resucitaría al tercer día. Eso es particu-

larmente notable en el Evangelio de Marcos. En el capítulo 8 del Evangelio de Marcos, Jesús dice: “[Al] Hijo del hombre... es necesario que lo maten y que a los tres días resucite”. Después, en el capítulo 9 de Marcos, dice: “[Al] Hijo del hombre... lo matarán, y a los tres días de muerto resucitará”. Esta declaración de Jesús era tan popular que Sus enemigos la escucharon y pusieron a un guardia afuera de Su tumba (Mateo 27:62-66).

Pero a pesar de estas advertencias, cuando María llega a la tumba de Jesús, se da cuenta de que la piedra ha sido removida. Regresa corriendo a los discípulos y dice: “¡Se han llevado del sepulcro al Señor!”. María había escuchado la profecía de Jesús sobre Su resurrección tan a menudo como cualquier otra persona. ¿Por qué, cuando ve la tumba vacía, ni siquiera se dice a sí misma: “¡Él dijo que iba a resucitar! ¿Será posible?”? No. Eso ni siquiera se le ocurre.

Más tarde diré por qué los judíos del primer siglo se habían convencido de que la resurrección era imposible y de que Jesús no podría haber resucitado de los muertos. Pero por ahora me gustaría resaltar el punto más grande que esta narrativa nos muestra: que creer en la persona y obra de Cristo no es algo que le llegue naturalmente a nadie. Algunos teólogos llaman a esto “incapacidad”. Tal vez sepas que distintas tradiciones teológicas cristianas tienen diferentes puntos de vista sobre el grado de habilidad con el que respondemos a Dios. Pero todas ellas concuerdan en que no podemos producir fe salvadora en Jesucristo *únicamente* a través de nuestra propia capacidad. Toda la evidencia convincente del cristianismo puede ser puesta frente a nosotros. El mensaje puede ser muy claro. Pero existe en cada persona una ceguera espiritual inherente. No podemos ver la verdad. No podemos conectarla con nuestra realidad. Como ejemplo, aquí somos testigos del acto de redención más grande en la historia —Dios rompe el poder del pecado y de la muerte a través de la resurrección de Jesucristo. Además, este acto ha sido acompañado por las enseñanzas que Jesús dio sobre este evento y su significado por varios años. Sin embargo, aquí está María viéndolo de frente —la tumba está vacía— y, aun así, no lo puede “ver”. Simplemente no puede procesarlo. Tener fe es imposible sin la intervención sobrenatural de Dios mismo.

Thomas Nagel, un prominente filósofo americano, escribió un libro hace algunos años llamado *La Última Palabra*, donde aborda el tema de la epistemología, que es el estudio de cómo llegamos a conocer lo que conocemos. Nagel, quien dice ser un ateo secular, dice que creer en Dios hace

que las personas se “atemoricen de la religión”. “Al hablar sobre el miedo a la religión —escribe Nagel— no me refiero a la razonable hostilidad hacia cierta religión formal e instituciones religiosas en virtud de su doctrina moral cuestionable, políticas sociales e influencias políticas”. En otras palabras, las personas tienen todo el derecho de odiar a la iglesia por lo que esta crea o por cómo se comporte. Pero luego Nagel escribe: “Estoy hablando de algo mucho más profundo [en nosotros], es decir, el miedo a la religión misma. Hablo por experiencia, siendo fuertemente sujeto a este miedo yo mismo”. Finalmente, Nagel concluye:

Quiero que el ateísmo sea verdad, y me incomoda el hecho de que algunas de las personas más inteligentes y bien informadas que conozco sean creyentes religiosos. No es solo que yo no crea en Dios y que, naturalmente, espere estar en lo correcto en cuanto a mi creencia. ¡La verdad es que espero que Dios no exista! No quiero que haya un Dios; no quiero que el universo sea así. Mi conjetura es que este problema de autoridad cósmica no es una condición extraña... Me resulta curioso pensar... si hay alguien genuinamente indiferente ante la pregunta de si existe un Dios.

Todos saben que hay razones emocionales y psicológicas por las que una persona desearía creer en Dios. En efecto, muchos escépticos argumentan que creer en Dios es sencillamente una forma intensa de querer cumplir ciertos deseos anhelados. Pero es poco común que alguien reconozca que todos tenemos razones emocionales y psicológicas para *no* creer en Dios. ¿Cómo es esto? Al leer la Biblia cualquier persona puede ver rápidamente que si lo que ella dice es cierto, entonces perderíamos cierto control sobre cómo vivimos la vida. ¿Quién puede decir que es objetivo y neutral en cuanto a *esa* proposición? Thomas Nagel reconoce honestamente esto. Nagel sabe que no puede decir: “Soy completamente objetivo e indiferente al buscar evidencias sobre Dios, y sencillamente no las encuentro”. Espero que puedas ver que nadie puede aseverar tal cosa con integridad. Todos tenemos profundas capas de prejuicio que van en contra de la idea de un Dios santo al que debemos rendir cuentas. Si no reconoces eso, nunca podrás ser objetivo. Nunca.

Supongamos que eres un juez y, de pronto, recibes un caso de una compañía de la que eres accionista. La decisión que tomes tendrá un enorme impacto sobre el precio de las acciones. ¿Se te

permitiría llevar el caso? No, porque no puedes ser objetivo cuando sabes que si la decisión es desfavorable, podrías perder todo tu dinero. Por tanto, la ley manda que te desligues del caso. Aquí está el problema: en cuanto al cristianismo, todos estamos en esa posición. Cuando tratas de decidir si sus afirmaciones son ciertas o equivocadas, al menos esperas que estén equivocadas. Pero no puedes desligarte del caso; solo puedes ver la evidencia. Por tanto, me gustaría sugerir algunas formas en las que puedes lidiar con este dilema.

En primer lugar, duda de tus dudas. Sé escéptico de tu propio escepticismo. ¿Por qué? Porque debes darte cuenta de que no estás siendo enteramente objetivo. Tal vez tengas padres muy religiosos que te desagradan, o tal vez hayas tenido malas experiencias con un grupo cristiano hipócrita e insensible. Además, como hemos visto, pocas personas pueden contemplar la invitación a abandonar su libertad sin necesidad de tener algún prejuicio contra dicha invitación. Tienes miedo de que las afirmaciones del cristianismo sean verdad, lo entiendo. Si somos honestos, nos asusta a todos. Nunca serás imparcial con la evidencia si no reconoces que no puedes ser completamente imparcial. Entonces ¿qué debemos hacer con esto? Para empezar, te sugiero que vayas más despacio, para que no llegues a conclusiones escépticas demasiado rápido. También, debes reconocer que si el cristianismo es verdad, no es solo un conjunto de principios racionales y filosóficos que debes adoptar, sino una relación personal. Así que para tomar en serio la posibilidad de que el cristianismo es la verdad, ¿por qué no consideras orar? ¿Por qué no dices: “Dios, no sé si estás allí pero sí conozco mis prejuicios, y estoy dispuesto a desconfiar de ellos. Por tanto, si estás allí, y si tengo prejuicios, ayúdame a vencerlos”? Rompe el hielo con Jesús —habla con Él. Nadie tiene por qué saber de esto. Si no estás dispuesto a hacer esto, entonces sospecho que no estás dispuesto a reconocer el prejuicio con el que todos comenzamos.

Pero muchas personas tienen el problema opuesto: se preocupan demasiado de no tener suficiente fe. Están demasiado preocupadas por sus dudas. A menudo la gente me dice: “Estoy interesado en llegar a ser cristiano, pero tengo miedo de que mis motivaciones no sean las correctas”, o “No estoy seguro de tener la fe necesaria para ser cristiano”. Piensan que la fe depende de ubicar su mente y su corazón en el estado correcto. Al final, al igual que el primer grupo, están cometiendo el error de confiar demasiado en ellos mismos. No ven lo que este pasaje enseña: que no eres capaz de creer sin la ayuda de algo externo a ti, sin la intervención de Dios, sin la ayuda de Jesús,

como la que le brindó a María. María no creyó hasta que Jesús se encontró con ella. Ella estaba agitada y asustada, estaba llorando y era incapaz de ver a Jesús a pesar de que Él estaba justo enfrente suyo. Pero Jesús despeja su mente y afirma su corazón. Tú también necesitas Su ayuda personal, así que pídesela. En efecto, si te preocupa no tener fe en Jesús, esa podría ser una señal de que Él ya te está ayudando a tenerla. Ni siquiera somos capaces de desear verdaderamente a Jesús sin Su ayuda. Sentir la ausencia de Jesús podría ser una señal de Su presencia —una señal de que ya está trabajando en tu vida. Como le pasó a María, Jesús podría estar a tu lado justo ahora sin que tú lo veas. Así que por nosotros mismos tener fe es imposible. Aun así, como Jesús dice: “Para los hombres es imposible, mas para Dios todo es posible” (Mateo 19:26).

La otra cosa que vemos en este pasaje es que la fe es racional. Es vital que reconozcamos esto, ya que hemos pasado tiempo mostrando que la fe no es *únicamente* un proceso racional —es un encuentro sobrenatural y personal con Jesús mismo. Pero mientras la fe cristiana es mucho más que algo racional, ciertamente no es menos que eso. Con esto quiero decir que la fe se basa en evidencias, y justo frente a nosotros tenemos una de las evidencias más importante que la Biblia nos ofrece.

¿Por qué no están María, Juan y Pedro acampando al lado de la tumba las veinticuatro horas? Si no conoces mucho sobre la cultura e historia del primer siglo, tal vez te sorprenda que Jesús haya dicho una y otra vez: “Resucitaré al tercer día”, y luego, a pesar de tanta repetición, al tercer día los discípulos no estuvieran impacientes esperando junto a la tumba. Hasta María Magdalena, aunque dedicada y apasionada a su maestro, sale corriendo de la tumba sin considerar la posibilidad de la resurrección. ¿Por qué no estaban esperando un milagro? ¿No lo habían visto hacer suficientes milagros como para esperar uno mucho más grande?

Si lees *La Resurrección del Hijo del Hombre*, de N. T. Wright, el mejor libro escrito sobre la resurrección en, por lo menos, los últimos cien años, te darás cuenta de que ni los judíos, ni los griegos ni los romanos creían que la resurrección corporal de un individuo fuera posible. Por un lado, los griegos (y luego los romanos) creían que todas las cosas físicas, incluyendo el cuerpo, eran fuente de debilidad y maldad, y el espíritu era la fuente de la fuerza y de la bondad. Por tanto, la salvación era el acto por el cual el alma queda libre del cuerpo. La resurrección del cuerpo,

desde este punto de vista, no era algo anhelado. ¿Qué dios querría hacer algo así?

Los judíos, por otro lado, no compartían el punto de vista sobre el cuerpo que tenían los griegos y los romanos. Ellos veían el mundo material como parte de la buena creación de Dios, y algunos judíos (no todos) creían que al final de los tiempos habría una resurrección general para los justos. Pero ninguno de ellos —judíos, griegos ni romanos— creía que Dios levantaría a un individuo de los muertos. Además, los judíos serían los últimos en la Tierra en creer que un ser humano fuera el Hijo de Dios. Ellos habían sido enseñados durante todas sus vidas que un ser humano no podía ser Dios. Tenían una perspectiva muy alta y sublime de Dios. Si ponemos todos esos factores juntos, veremos por qué, para los judíos del primer siglo, la idea de la resurrección de Jesús era inconcebible. A pesar de todas las profecías sobre el Hijo del hombre, era una realidad demasiado increíble como para que ellos la creyeran o siquiera la desearan.

Nosotros, los lectores modernos, pensamos que las personas en la antigüedad eran muy supersticiosas y, hasta cierto punto, eso es cierto. Las personas de antaño creían en todo tipo de actos de magia, milagros, seres sobrenaturales y poderes en los que no creemos hoy. Por tanto, pensamos que los seguidores de Jesús eran muy ingenuos sobre las afirmaciones de Su resurrección. Los discípulos habían esperado la resurrección con ansias y, si por lo menos alguien les diera un indicio de haber visto a Jesús, cientos de personas lo habrían aceptado como una verdad digna de proclamarse.

El problema con esta teoría es que es completamente equivocada. Los relatos de la resurrección en los Evangelios no muestran a los discípulos esperando la resurrección de ninguna manera. Irónicamente, los discípulos eran tan incrédulos como las personas modernas. Ellos también necesitaban tiempo para observar y analizar las evidencias. También necesitaban las mismas experiencias que nosotros necesitaríamos para convencerse de que Jesús realmente estaba vivo. Y en este aspecto la narrativa encaja perfectamente con lo que conocemos de la historia de aquellas culturas. Wright nos dice a grandes rasgos que a pesar de que estas antiguas culturas no creían, contrario a las personas modernas, que los milagros en general no existen, la resurrección era igualmente improbable e inimaginable para ellos como lo es para la mayoría de las personas hoy.

Mi pregunta para ti, entonces, es esta: si eres una persona moderna común y corriente, entonces tienes una cosmovisión que insiste en que la resurrección corporal de un muerto, con sus heridas

mortales aún visibles, es sencillamente imposible. Ahora imagina qué tipo de evidencia *tú* necesitarías para despejar tus dudas, para romper tus presunciones en cuanto a este evento. ¿Qué tipo de evidencia necesitarías para creer que Jesucristo era el Hijo de Dios, resucitado de los muertos? Cualquiera que sea esa evidencia, puedes concluir que los discípulos debieron haber pensado lo mismo. Y si es así, la evidencia que los convenció y los trajo a la fe pudiera ser suficiente para convencerte a ti también.

Incluso si ya eres cristiano, esta evidencia sirve para fortalecer tu fe. Yo mismo experimenté esto cuando tuve cáncer de tiroides hace diez años. Ya me he recuperado completamente, pero, por supuesto, vivir a la sombra del cáncer sin saber cómo terminará todo es una experiencia traumática. Una vez que te dicen que tienes cáncer, aun cuando te dicen que tu recuperación es viable, bueno... la mente se enfoca de forma maravillosa en indagar el significado de la vida. Cuando estaba en recuperación, tuve un mes entero para no hacer nada ni ir a ningún lado. Estuve en cuarentena por todo el yodo radioactivo que corría por mi cuerpo, así que por primera vez en casi treinta años no tenía nada que hacer (y probablemente fue la última vez también). Así que me senté y leí ese libro de 890 páginas de N. T. Wright, y fue asombroso. Claro, yo ya había creído en la resurrección —había fundado mi vida y carrera sobre esa verdad. Y por supuesto tenía la vida, la muerte y la resurrección de Jesús de manera constante en mi mente. Pero lo que me sorprendió fue la forma en la que esta orquesta de evidencias llevó mi fe unos cuantos pasos más adelante. Antes yo creía; pero ahora, todavía más, yo *creí*. Hoy en día se nos enseña a pensar en la fe como algo que se relaciona a la inversa de la lógica y la evidencia; es decir, al obtener más hechos y certezas tu necesidad de fe se disminuye. Pero eso no es lo que los cristianos quieren decir cuando hablan de la fe. La fe no es esperar lo que no es verdad; es estar seguros de lo que no se ve. Entonces una evidencia convincente, una evidencia que involucra la razón, es uno de los mayores incentivos de la fe cristiana.

En este pasaje existe otra evidencia significativa que demuestra que estos relatos de la resurrección no son invención humana. ¿Quién fue el primer testigo? Juan, el escritor del Evangelio, nos dice que el primer testigo de la resurrección de Jesucristo fue María Magdalena, una mujer. Y todos los eruditos de la Biblia y la historia te dirán que en aquellos tiempos las mujeres no podían

testificar en los tribunales judíos ni romanos. En estas culturas patriarcales, el testimonio de una mujer era considerado poco fiable y, por tanto, inadmisible como evidencia. Esto quiere decir que si intentabas fabricar un relato sobre la resurrección para promover tu religión o movimiento, nunca harías que una mujer fuera el primer testigo. Sin embargo, en los relatos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, los primeros testigos de la resurrección son mujeres. La única respuesta creíble de por qué las mujeres aparecen en este relato, la única razón para que los hombres que escribieron estos relatos incluyeran a mujeres aun cuando su testimonio era considerado poco fiable es debido a que en verdad debió haber sucedido. María debió haber estado allí. Ella debió haber visto a Jesucristo primero. No existe otro motivo o razón para que el autor dijera que María fue la primera en verlo.

La fe tiene un componente racional importante. Observa cómo el pasaje dice: “Tras él llegó Simón Pedro, y entró en el sepulcro. Vio allí las vendas y el sudario que había cubierto la cabeza de Jesús, aunque el sudario no estaba con las vendas sino enrollado en un lugar aparte”. La palabra vio es la palabra griega *blepo*, que quiere decir no solo ver, sino pensar, meditar y procesar. Pedro entra, y probablemente pensó: “Si Jesús hubiera resucitado y se hubiera levantado, las vendas estarían rotas o desenredadas. Pero si algunos amigos se hubieran llevado el cuerpo, ¿por qué habrían deshonrado el cuerpo llevándoselo desnudo? Lo habrían dejado con las ropas con las que fue sepultado. Pero si los enemigos se lo hubieran llevado, ¿por qué razón le habrían quitado las ropas y las habrían dejado allí ordenadas y dobladas?”. Pedro está pensando y buscando evidencias, probando todas las hipótesis posibles.

Así que la fe no es solo racional. No puedes llegar a la fe real a través de la razón y nada más. Sin embargo, la fe tampoco es *menos* que racional. No puedes llegar a la fe verdadera sin razonar. ¿Por qué? Porque la fe madura es un acto de toda la persona. Tu intelecto debe estar tan comprometido como tu voluntad y tus emociones. Vivimos en tiempos donde a las personas les gusta decir: “No existe una verdad objetiva. Si quieres creer en el cristianismo, si quieres creer en cualquier fe, si es relevante para ti, si te satisface, entonces no te preocupes en si realmente sucedió o no. Si es relevante para ti, puedes creer en ello”.

Pero las convicciones pueden estar equivocadas, aun si son convicciones apasionadas. Hay personas que han creído sincera y apasionadamente que su raza era superior a todas las otras razas y

que lo mejor que podían hacer era dominar el mundo. Sin embargo, eso no hacía que estuvieran en lo correcto. ¿Por qué? Porque en el fondo de nuestro ser sabemos que sí existe tal cosa como la verdad. Sabemos que algunas cosas están mal aun cuando las personas piensan que son correctas, y algunas cosas son correctas aun cuando las personas piensan que son equivocadas.

El verdadero cristianismo nunca dice: “Cree porque es relevante”, o “Cree porque te atrae”. El cristianismo no te soltará tan fácilmente, sino que te dirá: “No creas en el cristianismo porque es emocionante, práctico y relevante; cree porque es verdad. Porque si no es verdad, al final no será practico ni relevante”. Únicamente puedes enfrentar el sufrimiento y las preguntas que este traiga si crees que el cristianismo no solo es relevante y emocionante (¡y lo es!), sino también verdadero.

Así que tener fe en Cristo es algo imposible y a la vez racional. Hay una cosa más que debemos aprender aquí. La fe viene por gracia y de gracia. En todos los sentidos, la fe está repleta de gracia. Permíteme explicar esto.

Los discípulos regresaron a su casa, pero María se quedó afuera, llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro, y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies.

—¿Por qué lloras, mujer?— le preguntaron los ángeles.

—Es que se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto— les respondió.

Apenas dijo esto, volvió la mirada y allí vio a Jesús de pie, aunque no sabía que era Él. Jesús le dijo:

—¿Por qué lloras, mujer? ¿A quién buscas?

Ella, pensando que se trataba del que cuidaba el huerto, le dijo: —Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto, y yo iré por Él.

—María— le dijo Jesús.

Ella se volvió y exclamó:

—¡Raboni! (que en arameo significa: maestro).

—Suéltame, porque todavía no he vuelto al Padre. Ve más bien a mis hermanos y diles: “Vuelvo a Mi Padre, que es Padre de ustedes; a Mi Dios, que es Dios de ustedes”.

María Magdalena fue a darles la noticia a los discípulos.

—¡He visto al Señor!—, exclamaba, y les contaba lo que Él le había dicho (Juan 20:1-18).

Aquí podemos ver el punto principal del Nuevo Testamento en forma narrativa. De entrada, podemos ver la notable ternura de esta interacción. Existen varios lugares en el Antiguo Testamento donde Dios confronta a Su pueblo respecto a serios errores u obstinaciones, haciéndolo no con declaraciones intimidantes, sino con preguntas gentiles para probarlos. En el Jardín del Edén, Dios le pregunta a los desobedientes Adán y Eva “¿Dónde estás?” y “¿Cómo llegaste a sentir vergüenza?”. Al rebelde profeta Jonás, Dios le pregunta: “¿Haces bien en estar enojado?”. Los consejeros saben que no es suficiente con decirles a las personas cómo deben vivir. Hacer preguntas ayuda a la persona a reconocer sus errores, a descubrir y abrazar la verdad en su corazón. Las preguntas de Jesús son similares. “¿Por qué lloras?” es realmente una suave reprimenda para María, un llamado a despertar. “¿A quién buscas?” es una invitación más penetrante, como el comentarista D. A. Carson escribe sobre este versículo, “a ampliar sus horizontes y a reconocer que, por más grande que fuera su devoción hacia Él, su estimación por Él aún era demasiado pequeña”.¹⁴

Observa, sin embargo, que María malinterpreta las preguntas de Jesús. Ella piensa que tal vez este hombre era la persona que cuidaba la tumba y que él podría saber adónde se habían llevado el cuerpo de Jesús. Así que Jesús intenta de nuevo llegar a su corazón, y lo hace con una sencilla palabra. En este Evangelio, unos pasajes antes, Jesús dijo que Él era el Buen Pastor, quien “llama por nombre a las ovejas” y “las ovejas lo siguen porque reconocen Su voz” (Juan 10:3-4). Esto es lo que Jesús hace aquí cuando simplemente dice: “María”. La verdadera fe siempre es personal. Si únicamente crees que Jesús murió para perdonar *en general* a las personas por sus pecados —pero no crees que Jesús murió por *ti*— todavía no te has afianzado a Jesús por fe. No lo has escuchado llamarte por nombre.

La gracia de Jesús es palpable. María corre frenéticamente buscando al Jesús equivocado. Un Jesús que está muerto. Un Jesús infinitamente más pequeño de lo que en verdad es. Así que ella jamás lo hubiera podido encontrar a menos que Él la buscara a ella. Jesús viene a ella, obra con ternura para abrir su corazón y después le habla personalmente. La fe de María viene por gracia, no por sus propios esfuerzos.

Pero aprendemos algo más aquí sobre la relación entre la gracia y la fe. En el momento en el que María se da cuenta de que Jesús está vivo, Jesús la envía con este mensaje: “Ve más bien a mis hermanos y diles...” —y, en cierto sentido, ella llega a ser la primera cristiana. ¿Por qué? Bueno, ¿qué es un cristiano? Un cristiano cree que Jesús murió y resucitó de los muertos. Un cristiano ha tenido un encuentro con el Cristo resucitado. Y en este momento María es la única persona en el mundo que ha tenido este encuentro.

Ahora bien, ¿es esto un accidente? No lo creo. Jesús fácilmente pudo haber hecho que alguien más fuera el primer mensajero. Pero la escogió a ella. Y esto quiere decir que Jesucristo escogió específicamente a una mujer, no a un hombre; escogió a una marginada, no a un pilar de la comunidad; escogió a uno del equipo de soporte, no a uno de los líderes, para ser la primera cristiana. ¿Podría ser más claro que esto? Jesús está diciendo: “No importa quién eres o que hayas hecho. Mi salvación no se basa en linaje, no se basa en logros morales, talento, nivel de esfuerzo o antecedentes. He venido a llamar a aquellos que son fuertes y a aquellos que son débiles. No soy principalmente tu maestro, sino tu Salvador. Estoy aquí para salvarte no por tus obras, sino por *Mi obra*”. Y al minuto en el que comprendes eso, al minuto en el que te ves a ti mismo en el lugar de María Magdalena, algo cambia en ti para siempre. Cuando eso suceda, estarás siguiendo los pasos de la primera cristiana.

Como podrás ver, el texto no solo nos dice que la gracia es la *causa* de nuestra fe, sino que también es el *contenido* de ella. Si crees que Jesús fue un gran maestro y crees que puede ayudarte y puede contestar tus oraciones si vives de acuerdo a Sus instrucciones éticas, todavía no has llegado a ser cristiano. Esto es una creencia general, pero no es una fe salvadora. La fe cristiana real cree que Jesús nos salva a través de Su muerte y resurrección para que podamos ser aceptados solo por gracia. Esto es el evangelio: las buenas nuevas de que somos salvos por la obra de Cristo a través de la gracia.

Martín Lutero habla sobre su propia experiencia de conversión. Lutero era un monje, estudiante y maestro de las Escrituras, y no obstante, así es como describe su conversión:

En [el evangelio] la justicia de Dios es revelada (Romanos 1:17)... Yo odiaba la frase “jus-

ticia de Dios”... Aunque vivía como monje, sin reproche alguno, sentía que era un pecador delante de Dios, con una conciencia extremadamente trastornada... Allí comencé a entender que la justicia de Dios es aquello por lo que el justo vive mediante el regalo de Dios, es decir, mediante la fe... El minuto en el que comprendí esto sentí que había vuelto a nacer y había entrado por las puertas abiertas hacia el paraíso.¹⁵

Así es como Lutero llegó a entender la salvación. La salvación no es un registro de mis obras el cual le presento a Dios para que me salve, sino un registro de lo que Dios me da a mí, y por el cual soy aceptado y salvado. Lutero dice: “El minuto en el que comprendí esto sentí que había vuelto a nacer y había entrado por las puertas abiertas hacia el paraíso”.

Así que la fe es un regalo de Dios. Un regalo construido sobre el razonamiento y la evidencia, activado por la intervención milagrosa de Dios, basado en el descubrimiento radical de que Jesús ha logrado todo lo que necesitamos y que podemos ser adoptados y aceptados en la familia de Dios, y todo eso por pura gracia. ¿Es esto así? ¿Simplemente nos sentamos, contentos y transformados, con el conocimiento de este amor? No. Hemos de pasar el resto de nuestras vidas degustando, experimentando y siendo transformados por este misericordioso amor. El final del texto nos da una pista e imagen de esa experiencia.

Jesús le dice a María: “Suéltame, porque todavía no he ascendido al Padre”. Lo que nos confunde un poco es que, cuando Jesús se encuentra con Tomás, sí permite que Tomás le toque. Y cuando se encuentra con las mujeres, al final del libro de Mateo, también permite que lo toquen, cayendo a Sus pies. Entonces ¿por qué le dice esto a María? Es fácil imaginar a María eufórica y queriendo abrazarlo, como si dijera: “Te perdí una vez. Nunca más voy a dejar que te vuelvas a ir”. Si comprendemos esto, entonces Jesús está diciendo: “No necesitas pegarte de Mí tan fuertemente: estoy ascendiendo”. ¿Qué quiere decir esto? Esto es lo que muchos comentaristas dicen, y creo que están en lo correcto. Jesús está diciendo: “María, cuando Yo ascienda a la diestra del Padre no te abandonaré en lo absoluto. Enviare Mi Espíritu, y a través de Mi Espíritu podrás conocer Mi presencia, Mi paz y Mi amor, día y noche”. ¡Qué promesa! La fe real te enlaza a Cristo, y no solo te da salvación del castigo de tus pecados, sino también una continua relación de amor con Él.

Hay una última cosa que podemos aprender sobre la fe en este pasaje. No hay dos personas que

lleguen a la fe de la misma manera. Si lees el capítulo completo, podrás ver cómo Juan, Pedro, María y Tomás (quien se encuentra con Jesús más tarde en el capítulo 20) tienen encuentros con Jesús muy diferentes entre sí. Todos necesitaban diferentes cantidades de tiempo. Todos requerían evidencias y experiencias diferentes. Todos tenían diferentes trayectorias, atravesaban diferentes caminos. Así que debes ser muy cuidadoso de no decir: “Bueno, mi amigo conoció a Cristo así — por tanto, yo también necesito tener una experiencia dramática como él”. O si tú eres ese amigo, no debes asumir que todos los demás deben llegar a la fe de la misma manera que tú. Debes admitir que eres un pecador. Debes creer que Cristo murió en tu lugar. Debes descansar en Su obra y no en tus buenas obras. Debes entregarle tu vida en gratitud por Su obra terminada. Pero existen muchas formas en las que Cristo nos da dicha fe.

Siempre he pensado que cuando María Magdalena escuchó su nombre de los labios del Cristo resucitado debió haber sentido lo que Annie Dillard sintió cuando escribió: “Toda mi vida he sido una campana, pero nunca lo supe hasta que alguien me tomó y me hizo sonar”.¹⁶

SEIS



EL GRAN ENEMIGO

¿Cómo podemos tener un encuentro con Jesús hoy?

En los primeros cinco capítulos de este libro he buscado abordar algunas de las preguntas más importantes de la vida utilizando la vida misma de Jesús como se muestra en el Nuevo Testamento, en el Evangelio de Juan. Lo he hecho al examinar los relatos de aquellos encuentros que Jesús sostuvo con gente común, donde vemos cómo estos encuentros cambiaron sus vidas para siempre. Pero ¿cómo podemos *nosotros* tener un encuentro con Cristo hoy? En estos estudios hemos visto una y otra vez que Jesús no vino principalmente a ser un ejemplo; Su misión no era mostrarnos las respuestas a las grandes preguntas. Ni siquiera vino a ser un maestro o a explicarnos las respuestas a esas preguntas. No, Jesús vino a ser el Salvador —vino a *ser* la respuesta a las preguntas importantes. Vino a hacer por nosotros lo que nosotros no podíamos hacer por nosotros mismos.

Si queremos que nuestras vidas sean transformadas para siempre, también debemos tener un encuentro con Jesús como nuestro Salvador. Para hacer esto necesitamos ver lo que Él hizo por nosotros. En los eventos clave de la vida de Jesús es donde podemos ver con mayor claridad *cómo* Él logró ser un salvador para nosotros. Así que en estos últimos cinco capítulos voy a examinar algunos de estos acontecimientos fundamentales en la vida de Jesús tal como son presentados en los Evangelios en el Nuevo Testamento.

(Tal vez te preguntes por qué he dejado fuera los tres eventos mejor conocidos de la vida de Jesús: Su nacimiento, Su muerte y Su resurrección. La razón es que, ya que estos eventos son más familiares para nosotros, sus significados generalmente son más claros. Sin la encarnación, por ejemplo, Jesús no podría haberse hecho humano y tomar nuestro castigo. La crucifixión significa

una solución para la culpa, el perdón por los pecados. La resurrección significa que al final tendremos cuerpos nuevos que serán un símbolo de nuestro triunfo sobre la muerte. Todos estos grandes y milagrosos eventos de la vida de Jesús son cruciales y, hasta cierto punto, los hemos visto en los capítulos anteriores. En las siguientes páginas estudiaremos algunos incidentes no tan conocidos que nos van a llevar a profundizar en lo que Jesús hizo para salvarnos. Jesús venció el pecado por nosotros [capítulo 6], intercedió por nosotros [capítulo 7], obedeció perfectamente por nosotros [capítulo 8], dejó esta Tierra para reinar por nosotros [capítulo 9] y dejó el cielo para morir por nosotros [capítulo 10]).

En primer lugar, veamos cómo comenzó el ministerio público de Jesús. Dos eventos sucedieron uno tras otro con el fin de prepararlo para la vida pública más impactante que el mundo jamás haya visto. En tres de los cuatro Evangelios, estos incidentes —el bautismo de Jesús y luego la tentación por Satanás en el desierto— son presentados juntos, y creo que es por una buena razón. Esta es la historia que relata el Evangelio de Mateo en los capítulos 3 y 4:

Un día Jesús fue de Galilea al Jordán para que Juan lo bautizara. Pero Juan trató de disuadirlo. —Yo soy el que necesita ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?— objetó.

—Dejémoslo así por ahora, pues nos conviene cumplir con lo que es justo— le contestó Jesús.

Entonces Juan consintió. Tan pronto como Jesús fue bautizado, subió del agua. En ese momento se abrió el cielo, y vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre Él. Y una voz del cielo decía: —Este es Mi Hijo amado; estoy muy complacido con Él.

Luego el Espíritu llevó a Jesús al desierto para que el diablo lo sometiera a tentación. Después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. El tentador se le acercó y le propuso: —Si eres el Hijo de Dios, ordena a estas piedras que se conviertan en pan.

Jesús le respondió: —Escrito está: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

Luego el diablo lo llevó a la ciudad santa e hizo que se pusiera de pie sobre la parte más alta del templo, y le dijo: —Si eres el Hijo de Dios, tírate abajo. Porque escrito está: “Ordenará que Sus ángeles te sostengan en sus manos, para que no tropieces con piedra alguna”.

—También está escrito: “No pongas a prueba al Señor tu Dios”— le contestó Jesús.

De nuevo lo tentó el diablo, llevándolo a una montaña muy alta, y le mostró todos los reinos del mundo y su esplendor.

—Todo esto te daré si te postras y me adoras.

—¡Vete, Satanás!—, le dijo Jesús. —Porque escrito está: “Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a Él”.

Entonces el diablo lo dejó, y unos ángeles acudieron a servirle (Mateo 3:13-4:11).

Aparte de la crucifixión misma, el bautismo es el único evento en la vida de Jesús que se menciona en los cuatro Evangelios. El bautismo es un evento crucial. Pero solo aquí en Mateo la escena de la tentación es registrada con detalle. Y es importante reconocer cómo el bautismo y la tentación están conectados por la palabra *luego*, y que en algunas versiones es traducida como *entonces*. Dios habló palabras poderosas: “Este es Mi Hijo amado; estoy muy complacido con Él”. *Entonces* Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. *Entonces* es como un *por lo tanto*. Después de gran bendición y éxito llegó la prueba y la tentación.

Nadie, al parecer, puede lograr una vida de éxito, alegría y bendición continua. Por más que intentemos, sin importar qué precauciones tengamos, sin importar lo bien que nos vayan las cosas, siempre algo llega para arruinarlo. Ni las personas más talentosas, diligentes e inteligentes pueden escapar de las ondulaciones de la vida. “Ah, —podrías decir— ¿pero qué si nos esforzáramos más en hacer el bien? ¿Qué si viviéramos buenas vidas y obedeciéramos a Dios y oráramos cada día, pidiéndole que nos protegiera de todo sufrimiento y dificultad?”. Está bien. Hazlo. ¿Qué pasaría si realmente pudieras superar *todos* tus defectos? ¿Qué pasaría si pudieras llegar a ser perfectamente sabio y comprender los caminos de Dios, el corazón humano, los tiempos y las estaciones de tal manera que siempre tomaras decisiones sabias? ¿Qué pasaría si pudieras tener una fe constante en Dios? ¿Qué pasaría si tu vida fuera perfectamente agradable ante Dios? ¡Seguramente Dios te protegería y tu propia santidad y sabiduría te guardarían también, y tu vida siempre iría bien!, ¿no?

¡No! Porque aquí vemos al Único que sí hizo todas estas cosas. Dios Padre recién había dicho que la vida de Jesús era agradable y perfecta ante Sus ojos. El Espíritu de Dios había descendido

sobre Él para guiarlo. Y aún así mira lo que sucedió. Jesús es amado y afirmado por Su Padre, recibe Su poder y, entonces... *¡entonces!*, es conducido directamente a las garras del diablo. Este es el orden de los eventos: primero el amor y el poder de Dios, y luego la maldad, la tentación, el desierto, el hambre terrible y la sed. Esta pequeña palabra *entonces* es una palabra asombrosa. Es casi como si Mateo intentara decirnos: “Presten atención: Nadie está exento de pruebas y tribulaciones. De hecho, esto es lo que frecuentemente le sucede a las personas a las que Dios ama profundamente, ya que esto es parte del misterioso y buen plan de Dios para transformarnos en algo grandioso”.

Todo esto nos dice, por cierto, que los amigos de Job estaban equivocados. Tal vez recuerdes que en el libro de Job, Job parecía estar viviendo una vida ejemplar y, de pronto, prácticamente todo en su vida se derrumbó. Perdió a su familia, toda su considerable fortuna y su salud. Job fue enviado, por decirlo así, al desierto. Los amigos de Job vinieron a verlo, a ver qué era lo que estaba sucediendo y, en pocas palabras, dijeron: “Mira Job. Nuestras vidas son producto de nuestras decisiones. Si decides vivir rectamente, tu vida irá rectamente. Si Dios te amara, Él no permitiría que estas cosas sucedieran. Dios debe estar enojado contigo por las decisiones que has tomado”.

Así es como muchas personas piensan —probablemente casi todas las personas. Cuando las personas de clase media ven a los pobres, asumen que el pobre no trabaja tanto como ellos. Cuando las personas de familias saludables ven a familias con dificultades y disfunciones, asumen que no se han esmerado por tomar decisiones correctas. Si no estamos sufriendo en ese momento, nuestra tendencia siempre es tomar crédito por ello en nuestras mentes. No se debe a la suerte ni a la gracia, sino al hecho de que vivimos vidas buenas e inteligentes, ¿no? Pero en Mateo 3 vemos a la única persona en toda la historia del mundo que realmente sí vivió una vida recta, incluso una vida perfecta; alguien que merecía el amor completo de Dios. Jesús sí se merecía un pase para evitar el sufrimiento y las incomodidades. Sin embargo, Su vida fue terrible. Y esta escena de la tentación es solo el comienzo, solo es el primer asalto. Después viene una progresión constante de rechazo, atentados contra Su vida, traiciones, pobreza, dolor, pérdida, tortura, y, finalmente, muerte. Jesús fue juzgado y ejecutado en un acto de injusticia. Todo saldría mal para Jesús a partir de este momento.

¿Qué nos muestra esto? Una cosa que nos demuestra es el poder, la complejidad y la incurabilidad de la maldad en el mundo. Las personas seculares ven al mundo como si estuviera formado estrictamente por cosas materiales. No existe alma ni espíritu, demonios ni ángeles. Todo tiene una explicación científica natural. En esta cosmovisión, la maldad en el mundo —si es que existe— puede ser tratada educando al ignorante, cambiando los sistemas sociales y proveyendo un mejor tratamiento psicológico y farmacológico. Sin embargo, una y otra vez, durante el último siglo, los pensadores occidentales se han sorprendido por la profundidad y el poder de las fuerzas de la maldad en el corazón humano y en el mundo. El profesor de la Universidad de Columbia, Andrew Delbanco, en su libro *La muerte de Satanás: cómo los americanos han perdido el sentido de la maldad*, escribe: “Una brecha se ha abierto en nuestra cultura entre la visibilidad de la maldad y los recursos intelectuales disponibles para sobrellevarla”.

Pero la Biblia puede ser un puente sobre esta brecha y puede responder a todo lo que experimentamos y presenciamos a nivel personal en el recorrido de la historia. Nos dice que la maldad es más multidimensional, matizada y compleja de lo que las ciencias pueden sugerir. Sostiene que, aparte de las injusticias sistemáticas, la ignorancia personal y los desequilibrios fisiológicos, realmente existen fuerzas espirituales de maldad en el mundo y que, detrás de todas ellas, se encuentra una inteligencia sobrenatural. El mundo occidental ha rechazado en gran medida esta dimensión de maldad que la Biblia nos da y, como resultado, nosotros, al igual que los amigos de Job, estamos siempre subestimando el poder de la maldad en nuestras vidas. Por ejemplo, muy en lo profundo de nuestro ser nos aferramos a la idea simplista de que si somos buenos, todo en la vida saldrá bien. Sin embargo, si existen fuerzas demoníacas, es lógico pensar que la verdadera bondad y piedad atraen y despiertan estos poderes. Y esto es justo lo que vemos aquí en el relato del bautismo y la tentación de Jesús.

(Creer que la bondad moral resultará en una buena vida es una comprensión simplista de los propósitos de Dios para nosotros. Él es infinitamente sabio, puede ver el principio y el final, y tiene buenos propósitos para nosotros escondidos al otro lado del desierto.¹⁷ Así como la paciencia de Job en el sufrimiento lo convirtió en un ejemplo que ha ayudado a cientos de millones de personas, y así como la tentación de Jesús lo preparó para el ministerio que cambiaría la historia y sal-

varía al mundo, así el Espíritu de Dios nos lleva al desierto para nuestro propio bien).

Constantemente somos sorprendidos por la inflexibilidad de la maldad en el mundo, pero esto es parcialmente debido a que las personas modernas ven “primitiva” a la Biblia y no escuchan lo que tiene que decirnos sobre la realidad. Pero si la Biblia está en lo correcto, y si este tipo de maldad existe, ¿en qué nos beneficia saber más sobre él? Bueno, cuando la Biblia habla sobre nuestros encuentros con la maldad sobrenatural en la vida, generalmente usa lenguaje de batalla. Si no sabes de dónde viene el ataque, o si subestimas erróneamente al enemigo, entonces es muy probable que pierdas la batalla. Entonces, si no sabemos qué es lo que está allá afuera y de dónde viene, ¿cómo lo enfrentaremos sin ser abrumados? Consideremos lo que el texto de Mateo 3 indica. Nos dice que para enfrentar la verdadera maldad necesitamos contestar tres preguntas: ¿Quién es el enemigo? ¿Dónde está el frente de la batalla? ¿Cuál es nuestra mejor defensa en esta batalla?

Primero, ¿quién es el enemigo? Como ya hemos dicho, la perspectiva bíblica sobre la maldad es que la maldad es compleja y exhaustiva. No puedes confinarla a decisiones humanas, o a sistemas sociales, o a problemas psicológicos, o a una simple falta de educación. En efecto, ni siquiera la puedes localizar por completo dentro de este conjunto de fuerzas conjuntas. Tampoco puedes usar el razonamiento que ha hecho tanto daño en la historia del mundo de culpar a “esos de por allá”; es decir, que la maldad es causada principalmente por otro grupo de personas ajenas a ti. “Esos de por allá” pudieran ser de cierta raza, clase, nación, religión o ideología política. La Biblia dice que la maldad es natural y sobrenatural, que la maldad está dentro de nosotros y fuera de nosotros, que la maldad es sistemática a nivel individual y a nivel social. No existe poder humano capaz de escapar completamente de ella o siquiera llegar al fondo de ella en nuestro propio entendimiento.

Históricamente han existido dos rivales principales de la cosmovisión bíblica que intentan explicar la naturaleza de la maldad. Por un lado tenemos el dualismo, que dice que existen dos fuerzas iguales y opuestas en el mundo: el bien y el mal. La realidad se basa en el choque de estas dos fuerzas, las cuales continuarán luchando hasta el final de los tiempos o incluso por la eternidad. Esto quiere decir que no existe la posibilidad de algún triunfo sobre la maldad. En esta cosmovisión, Dios no es realmente más poderoso que Satanás. Agustín en su libro *La Ciudad de Dios* señaló que el paganismo es dualístico. La mayoría de las formas de paganismo dicen que existen

dioses buenos y malos, poderes buenos y malos. Esto quiere decir, sin embargo, que el mundo es fundamental e irremediablemente un lugar violento, y no un lugar de orden, belleza y esperanza. Es un mundo de múltiples centros de poder que están en una guerra eterna. Tal vez podrías crear una isla de paz y de orden, pero con el tiempo esta isla será inundada por la maldad. La verdad es que, en última instancia, no hay esperanza de resolver el conflicto ni de traer paz duradera.

Por otro lado tenemos el *monismo* o panteísmo. Esta cosmovisión es el otro extremo del espectro y afirma que toda la realidad es una. Todo es parte de Dios, Dios es todo y, por tanto, todo es uno con todo lo demás. Los individuos en esta cosmovisión son una especie de ilusión. Todos estamos conectados de forma profunda, no solamente conectados por experiencias compartidas de la humanidad sino, en realidad, indistinguibles unos de otros. C. S. Lewis dice en *Mero Cristianismo* que el panteísta puede ver a una persona muriendo de cáncer o en pobreza extrema y decir: “Si solo pudieras verlo desde el punto de vista divino, te darías cuenta de que esto también es Dios”. La maldad y el sufrimiento, por lo tanto, no son eternos e invencibles, como en el dualismo. La maldad y el sufrimiento no existen. Son, en esencia, una mera ilusión.

Es interesante observar que la cultura secular moderna considera a la maldad de manera fragmentada e incoherente, tomando ideas de estas dos cosmovisiones. Por un lado, el secularismo es como el antiguo politeísmo, donde se veía al mundo no como creado por un único y todopoderoso Artista, sino como el producto de fuerzas violentas e incontrolables. No solo es el universo físico en sí mismo un producto de un sinfín de explosiones y combustiones, sino que nosotros mismos somos simples productos de la evolución, de la selección natural. Si esta explicación es correcta, entonces la violencia no tiene solución, ya que ella da sentido a la realidad. Llegamos aquí a través de medios violentos y sin propósito, y continuaremos existiendo y evolucionando de la misma manera. Al mismo tiempo muchos pensadores seculares ven la maldad humana como el producto de sistemas sociales o condiciones psicológicas equivocadas. En el siglo diecinueve algunos pensadores seculares comenzaron a proponer que si alguien es un asesino en serie, es porque ha sido el producto de una mala crianza, de la pobreza o de algún otro tipo de depravación. Es decir, algo tenía que haber sucedido para que una persona llegara a hacer algo como matar a otra persona, ya que los seres humanos no son intrínsecamente malos. El pensamiento contemporáneo secular es re-

lativista. Lo que parece ser malo desde cierta perspectiva cultural desaparece cuando es visto desde otra perspectiva. Lo que para algunos es un terrorista, para otros es un combatiente por la libertad. Entonces, la maldad depende por completo de quien la está viendo. Si tú ves la maldad desde otra perspectiva, esta desaparece. Es una ilusión.

En el libro de Delbanco, *La muerte de Satanás: cómo los americanos han perdido el sentido de maldad*, el autor hace referencia a la novela de Thomas Harris, *El silencio de los inocentes*, donde el monstruoso asesino Hannibal Lecter habla con la detective Starling. Lecter describe las cosas malas que ha hecho, ella lo mira y dice: “¿Qué te ha sucedido para que pudieras hacer algo como esto? ¿Quién te ha hecho algo para que llegaras a ser tan malo?”. Hannibal la mira con tristeza y dice:

Nada me sucedió, detective Starling. Yo sucedí. No me puedes reducir a un conjunto de influencias. Has renunciado al bien y al mal a cambio del conductismo, detective Starling. Tiendes a poner a todo el mundo en los pantalones de la dignidad moral; nada es culpa de nadie. Mírame, detective Starling: ¿Puedes mantenerte firme en tu posición y seguir diciendo que yo soy malo?¹⁸

Delbanco continúa diciendo que estas palabras son la personificación del horror moderno: la creciente conciencia de nuestra generación de que no podemos contestar a las preguntas del monstruo. Delbanco dice que si te deshaces de la idea del pecado, Satanás y la maldad cósmica, entonces todo acto de maldad tiene raíces exclusivamente psicológicas o sociológicas. Y esto trivializa el sufrimiento de las víctimas y la magnitud de lo que ha pasado. Hannibal Lecter sabe que la detective Starling es el resultado del pensamiento secular moderno, y sabe que la tiene en sus manos. Le hace una pregunta que su cosmovisión no la ha capacitado para responder. En pocas palabras, Hannibal dice: “Tienes que decirles a todas las familias de esas pobres personas a quienes decapité y me comí que mi mamá no me amaba. No puedes hacerme responsable. Ni siquiera puedes hacer *a mi mamá* responsable”. Lecter tiene al mundo moderno justo donde quiere tenerlo.

Al final del primer libro de Harry Potter, J. K. Rowling hace que una de las marionetas del os-

curo Lord Voldemort diga: “Lord Voldemort me mostró... que no hay ni bien ni mal, que únicamente existe el poder”.¹⁹ Creo que Rowling está diciendo que hay pocas cosas más malas en el mundo que negar que la maldad existe. Eso es lo que Satanás quiere.

Puede ser que te resulte interesante encontrar que el cristianismo no te ofrece ni el dualismo ni el monismo. En su lugar, te da algo que tal vez ahora podrías ver ligeramente más posible que antes: un diablo real. Si es verdad que existen fuerzas demoníacas allá afuera, entonces la maldad en el mundo no puede ser reducida a simples decisiones humanas. No me malinterpretes; los humanos en sí mismos son capaces de grandes pecados, y por supuesto que esas pecaminosas decisiones humanas son un componente importante de la raíz de maldad en el mundo. Pero cuando me fui a vivir a un pequeño pueblo sureño en 1970, pude ver los últimos rastros de la sociedad y de las instituciones que habían mantenido a los afroamericanos excluidos de cualquier tipo de poder económico o político. Si hablabas con los individuos en esas instituciones, aunque muchos de ellos definitivamente eran racistas y otros simplemente ingenuos, llegabas a la conclusión de que la mayoría de los individuos no eran particularmente malas personas. Sin embargo, el sistema del cual eran parte era muy perverso.

Recuerda que Hannah Arendt vio esto cuando hizo el reportaje del juicio al líder del campo de exterminio nazi, Adolf Eichmann, para el *New Yorker*; y habló sobre la “banalidad de la maldad”. El sistema era mucho más malo y destructivo que los cientos de individuos bastante ordinarios que lo conformaban. Hay algún tipo de fuerza allá afuera que magnifica, complica y perpetúa las cosas malas que están sucediendo en los sistemas sociales y psicológicos del mundo. El cristianismo afirma que existe más maldad en el mundo que solo la suma de decisiones individuales equivocadas. Sin duda, algo de esa maldad se le atribuye a las fuerzas demoníacas reales.

Pero por otro lado el cristianismo no es dualístico. Las fuerzas demoníacas no son tan fuertes como Dios. El diablo es un ángel caído que guía a ángeles caídos, y Dios es infinitamente más poderoso. Al final, no solo Dios *puede* vencerlos a todos, sino que sin duda lo *hará*. Esta es la electrificante promesa y la esperanza que corre a través de todas las páginas de la Biblia. Tal vez puedas pensar que la idea de un diablo es una idea primitiva, una creencia para personas sencillas. He estado argumentando —y respetuosamente sugeriré de nuevo— que si intentas explicar el mundo

sin la existencia del diablo, eres tú el que está siendo espiritual e intelectualmente ingenuo.

Ahora, pasemos a cosas más prácticas. Si conocemos quién es el enemigo, la segunda pregunta que debemos considerar es: ¿dónde están las trincheras? ¿Qué nos dice la Escritura además del hecho de que existe un diablo? Nos dice dónde está el frente de la batalla, el principal punto de ataque. Observa que varias veces el diablo dice: “Si eres el Hijo de Dios...”. Este es su principal punto de ataque no solo contra Jesús, sino contra nosotros también. Unos versículos antes, Dios le ha asegurado a Jesús que en verdad es Su Hijo amado, y Satanás inmediatamente ataca a Jesús en ese punto. Básicamente, Satanás le pide a Jesús que le demuestre que Dios lo ama y que le ha dado autoridad. Pero no es necesario que una persona demuestre su identidad a menos que tenga dudas. Y esa es la principal meta militar de Satanás —él quiere que Jesús pierda la certeza de la aceptación completa de Dios y de Su amor incondicional.

Ahora, si este es el principal frente de ataque de Satanás, ¿cómo busca lograrlo con nosotros? Para comenzar, Satanás quiere evitar que creamos que Jesús es realmente el Hijo de Dios y el Salvador del mundo. Observa cuidadosamente lo que Dios dice desde el cielo en el bautismo. Primero dice: “Este es Mi Hijo amado”, una referencia al Salmo 2, una canción que trataba del rey mesiánico de Dios el cual terminaría con toda la rebelión y la maldad en el mundo. Pero cuando Dios dice: “Estoy muy complacido con Él”, alude a Isaías 53, donde describe al Siervo sufriente, una persona misteriosa y que algún día sufriría y moriría por las transgresiones del pueblo. Esta es una clave importante para comprender toda la Biblia. A lo largo del Antiguo Testamento (como en el Salmo 2) encontramos la promesa de un gran rey mesiánico que vendrá a arreglar el mundo. Muchos de los judíos lo esperaban con ansias. Por otro lado estaba también el personaje que describe Isaías, el Siervo sufriente. A los judíos se les había dicho que este siervo sería rechazado, que “gracias a sus heridas [seríamos] sanados” (Isaías 53:5). Y nadie, hasta que Dios bendijo a Jesús en el bautismo, había puesto a esas dos personas juntas.

Dios estaba tratando de que comprendiéramos esto: Jesús no es solo un buen hombre que nos dice cómo vivir. Tampoco es un rey celestial que vino a destruir toda la maldad de un solo golpe. Como hemos visto, la maldad está enraizada en lo más profundo de nuestro ser. Y si Jesús hubiera venido a terminar con toda la maldad en ese momento, entonces también habría terminado con nosotros. En cambio, Jesús es un rey que vino no a un trono, sino a una cruz. Vino a ser tentado y pro-

bado, a sufrir y a morir. ¿Para qué? Para que pudiéramos recibir el amor de Dios como un regalo. Como dice el himno: “Delante del trono absueltos estamos Tu amor ha cumplido con las demandas de Tu ley”.²⁰

Y así, si descansamos en la obra que Cristo logró a nuestro favor, podemos ser adoptados en la familia de Dios por medio de la gracia (Juan 1:12). Esto quiere decir que ahora podemos saber que *nosotros* también somos hijos amados de Dios y que en Cristo Dios se complace en nosotros. Esta seguridad es la raíz principal del gozo más profundo que pudiera existir. Por un lado, significa que ahora *queremos* darle la espalda al pecado o a cualquier cosa que desagrade a nuestro Padre. Ya no lo hacemos por miedo al castigo o por demostrar nuestra supuesta bondad. Esos motivos son agotadores e inevitablemente crean corazones orgullosos y endurecidos. No. En cambio, desde un gozo agradecido y un deseo de parecernos y deleitarnos en Aquel que nos salvó, enmendamos nuestras vidas con una nueva efectividad. Por otro lado, los miedos, ansiedades e inseguridades que antes nos perseguían ahora comienzan a disiparse. El éxito o el fracaso en nuestro trabajo ya no nos envanece ni nos destruye. Ya no nos domina la inconformidad con nuestra imagen o nuestro estatus —ya no nos desalientan las críticas como antes. Nuestra imagen propia descansa en un amor que no podemos perder.

¿Ahora puedes ver por qué Satanás toma esto como su principal frente de ataque? Satanás quiere a toda costa detener a las personas para que no adquieran este tipo de poder. A las personas que no creen en el cristianismo, intenta mantenerlas ciegas ante la verdadera identidad de Jesús. Satanás quiere que crean que Jesús fue un hombre bueno y nada más. Por otro lado, a las personas que piensan que son cristianos pero no comprenden que la salvación es un regalo de Cristo, Satanás espera mantenerlos ignorantes del evangelio mismo. Él quiere mantenerlos confundidos sobre la verdad de que somos justificados —aceptados por Dios— únicamente mediante la fe en Cristo, no a través de nuestros esfuerzos morales.

Pero para aquellos de nosotros que sabemos que somos adoptados como amados hijos e hijas, Satanás quiere que retrocedamos a nuestra identidad pasada, basada en nuestro comportamiento moral, nuestros esfuerzos y nuestra bondad. Esto le sucedió a un exministro con quien hablé hace algunos años. Aunque predicaba lo que llamaríamos predicaciones cristianas ortodoxas, muy en lo

profundo de su corazón Satanás lo había vencido. Con su cabeza y su boca decía: “Somos salvos por Jesús y mediante la gracia”. Pero en su corazón estaba operando algo muy diferente. Si el lenguaje de su corazón pudiera haberse hecho audible, habría sonado algo como esto: “Así es como me aseguraré de ser una persona buena y de valor. Seré un ministro; no hay nada mejor que eso. ¡Un ministro! Alguien que hable a las personas sobre la verdad. Alguien que ayude a las personas que sufren. Alguien que arregle sus vidas”. En otras palabras, mientras su cabeza decía que Jesús era su salvador, su corazón estaba buscando ser su propio salvador.

Como resultado, cuando su iglesia crecía, su ministerio se expandía y sus predicaciones eran solicitadas, el ministro comenzó a lentamente ser más frío, presumido y superior. Sus predicaciones se volvieron más sarcásticas, y él se volvió más arrogante y crítico en su interacción con las personas. Esto llevó a varios conflictos con ciertas familias, quienes, como resultado, abandonaron la iglesia. Y cuando la iglesia empezó a decrecer, ya no pudo soportarlo. No solo era una pérdida de personas; era una pérdida de identidad. Comenzó a emborracharse para amortiguar las penas y hasta tuvo un romance con una mujer que le daba la adulación que añoraba. Su matrimonio y su ministerio colapsaron.

¿Qué sucedió? Satanás, por supuesto, había ganado. Si piensas en la identidad de tu corazón como un motor, podrías decir que existe un tipo de combustible que lo hace trabajar limpia y eficazmente. Por otro lado, hay un tipo de combustible que no solamente contamina, sino también destruye el motor. El combustible sucio es el combustible del temor de sentir que eres necesitado. Tal vez sea la necesidad de expresarte de forma libre y sin restricciones. Hay muchos “combustibles” que nos motivan a vivir por un tiempo, pero solo hay un combustible limpio que no lleva al cansancio ni a la desilusión. Ese combustible es el amor de Dios hacia ti. Cualquier otro combustible llegará a ser demoníaco. Te obsesionará o, en el mejor de los casos, te defraudará. Cuando tu vida opera con esos combustibles, Satanás te tiene donde te quiere tener. La única cosa que no quiere es que las palabras de Dios, “Eres Mi hijo amado”, alimenten el motor de tu vida y corazón.

J. C. Ryle fue un obispo Anglicano de Liverpool, Inglaterra, a finales del siglo diecinueve. En un ensayo titulado “Seguridad”, Ryle escribe sobre este efecto de forma conmovedora:

La seguridad va más allá de liberar a un hijo de Dios... lo capacita para sentir que el gran

negocio de la vida es un negocio establecido, que la gran deuda es una deuda pagada, la gran enfermedad es una enfermedad sanada, el gran trabajo es un trabajo terminado; y todos los otros negocios, enfermedades, deudas y trabajos son pequeños en comparación. En este sentido, la seguridad hace paciente a un hijo de Dios en la tribulación, tranquilo ante la pérdida, inamovible en el dolor, sin temor de malas noticias; en toda situación está satisfecho, ya que le da *estabilidad* en su corazón. Endulza su copa amarga, aligera la carga de sus cruces, suaviza las asperezas del lugar por donde viaja e ilumina el valle de sombra de muerte. Lo hace sentir que él tiene algo sólido bajo sus pies y algo firme en sus manos, que tiene a un amigo confiado y un hogar seguro al final del camino [...] Hay una hermosa expresión en el *Libro de Oraciones para la Visitación de los Enfermos*: “El Señor Todopoderoso, quien es una torre fuerte para todos los que ponen su confianza en Él, sea ahora y para siempre tu defensa, y te haga sentir y conocer que no hay otro nombre bajo el cielo a través de quien puedas recibir salud y salvación, sino únicamente en el nombre de nuestro Señor Cristo Jesús”.²¹

¿Cuál es tu mejor defensa en esta batalla? Otra vez, veamos lo que podemos aprender del texto. Primero veamos que Jesús no trata con Satanás en lo que yo llamaría una forma mágica o supersticiosa. Jesús no simplemente lo destruye con Su gloria. No estoy diciendo que no exista tal cosa como la posesión demoníaca y que amerite una palabra de mando. Es obvio que en los Evangelios vemos que Jesús lo hace en ciertos casos. Pero, en general, Satanás no nos controla con mordeduras de serpiente sobre la piel, sino con mentiras dentro de nuestro corazón. Vemos esto en el relato del Jardín del Edén, cuando Satanás tienta a Adán y a Eva. No llega con todo tipo de efectos especiales, sino que sugiere ideas a sus corazones que contradicen la palabra de Dios, impugnan Su carácter y destruyen la relación de confianza que tenían con Él. Lo mismo sucede en nuestro caso. Nuestra mejor defensa en la lucha contra las mentiras de Satanás generalmente no se encuentra en el pronunciamiento de conjuros, sino en recordar y decir la verdad.

Observa la forma en la que Jesús usa la Biblia. Ese es uno de los puntos más obvios del pasaje. Jesús usa la Escritura *cada vez* que es atacado por el diablo. Esta estrategia, por supuesto, encaja con lo que acabamos de decir sobre el frente de la batalla. Satanás quiere que te sueltes de la ver-

dad. Pero más que esto, Satanás quiere influenciar las creencias de nuestro corazón. De acuerdo con la Biblia, el corazón no es solo el lugar donde se guardan las emociones, sino también la fuente de nuestras creencias, esperanzas y confianzas más profundas. Y del corazón fluyen nuestros pensamientos, sentimientos y acciones. En lo que el corazón confía, la mente justifica, las emociones desean y la voluntad ejecuta. Si Satanás logra que tu mente consienta ante la idea de un Dios de gracia y amor, pero que tu corazón crea que debes hacer X, Y o Z para ser una persona digna de Su amor, él estará más que satisfecho.

Es por esto que cada vez que Satanás dice algo que insinúa o niega abiertamente las promesas y revelaciones de Dios, esto debe ser contestado con la Escritura misma. Jesús cita Deuteronomio 8:3, después 6:16 y finalmente 6:13. Aun cuando estaba en la cruz, cuando se encontraba en Su más profunda agonía, citó el Salmo 22:1: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Cuando estás en momentos de profundo dolor, las cosas que salen de tu mente y de tu boca son las más fundamentales de tu ser. Y cuando Jesús estaba en tales momentos, salieron palabras de la Biblia. Cerca del diez por ciento de todas las cosas que Él dice son citas o alusiones de las Escrituras hebreas. Cuando conoces las Escrituras tan bien, todos tus pensamientos y emociones son procesados a través de un filtro bíblico. Y cuando tienes las citas, las promesas y las revelaciones de Dios fijadas en lo más profundo de tu ser, es extremadamente difícil que Satanás te tome desprevenido y ataque tu garantía de salvación. Cuando te afianzas de la Escritura, no eres vulnerable en las trincheras de la batalla donde Satanás te ataca.

Ahora bien, tengo que preguntarte: si Jesucristo, el Hijo de Dios, no se atrevió a enfrentar las fuerzas malignas en el mundo sin tener un profundo conocimiento de la Biblia en Su mente y corazón, ¿qué nos hace pensar que nosotros podemos intentar enfrentar la vida de cualquier otra manera? Es verdad que esto requiere de mucho tiempo y esfuerzo. La adoración, la lectura diaria, la meditación y memorización, cantar, escuchar Su Palabra —todas estas cosas son necesarias para llegar a saturarnos de las Escrituras. Y cuando estemos bajo ataque— tentados a pecar, a estar desanimados o a darnos por vencidos— es ahí donde debemos luchar por llevar las palabras y promesas de la Biblia al centro de nuestro ser, para “que habite en ustedes la palabra de Cristo con toda su riqueza” (Colosenses 3:16). Por supuesto, será y se sentirá como una batalla. J. C. Ryle escribió:

El cristianismo verdadero es una batalla... Existe un sinnúmero de actos religiosos en el mundo que no son un cristianismo verdadero y genuino. Es un cristianismo que cumple requisitos; que satisface conciencias adormecidas; pero no es genuino... Existen cientos de hombres y mujeres que van a la iglesia cada domingo... ¡Pero nunca ves ninguna “batalla” en su religión! No conocen absolutamente nada sobre las luchas espirituales, sobre el esfuerzo y el conflicto, sobre la abnegación, la oración y el combate.²²

Por favor no separes la tentación del bautismo en este pasaje. Satanás viene a Jesús porque Jesús ha sido *comisionado* —fue autorizado por Dios para llevar a cabo una misión. Jesús está a punto de embarcarse en un periodo intenso en el que enseñará y sanará a personas en esclavitud espiritual. Tal como Jesús, nosotros luchamos contra Satanás no solamente en nuestros corazones, sino afuera en el mundo cuando buscamos destruir sus obras. Cuando buscamos ayudar a una persona a encontrar fe en Cristo o cuando amamos a nuestro vecino pobre mediante actos de compasión y servicio, estamos luchando contra Satanás en el frente de la batalla. Cuando C. S. Lewis escribió sobre la creencia del panteísta de que el sufrimiento es una ilusión, insistió en que los cristianos no pueden satisfacer tal pasividad ante la maldad.

Confrontado con una persona que tiene cáncer o con varias personas que están atravesando condiciones de pobreza, el panteísta puede decir: “Si lo pudieras ver desde el punto de vista divino, te darías cuenta de que esto también es Dios”. El cristiano contesta: “No hables tonterías malditas”. El cristianismo es una religión que lucha. Cree que Dios creó el mundo, que tiempo y espacio, calor y frío, colores y sabores, animales y vegetales son las cosas que Dios “creó de la nada”, tal como un hombre crea una historia. Pero también cree que muchas cosas han salido mal en el mundo que Dios creó y que Dios insiste, e insiste con voz muy alta, en arreglarlas.²³

Tenemos un recurso más para esta batalla espiritual, y está justo en frente de nosotros en este pasaje. Me refiero a Jesús mismo. Hebreos 4:15 nos dice que Jesús es nuestro sumo sacerdote. Los

sacerdotes eran consejeros y sanadores, y se nos dice que Jesús puede empatizar con nuestras debilidades y puede darnos “gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos” (Hebreos 4:16). ¿Por qué? Porque Él fue “tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado” (v 15). Él está allí para ayudarnos a enfrentar la realidad de la maldad, dentro y fuera de nosotros, habiéndolo hecho Él mismo como hombre. Entonces, al luchar contra las mentiras de Satanás en nuestros corazones y contra su obra en nuestro mundo, descansenos no solo en la Palabra del Señor, sino también en el Señor de la Palabra. No tenemos simplemente un libro, tan perfecto como sea —tenemos a Jesús mismo, quien ha pasado por pruebas de fuego tan intensas que ni siquiera las podemos imaginar. Y lo ha hecho todo por nosotros. Así que, ahora, fortalecidos con Su profunda empatía y Su tierno poder, podemos enfrentarlo todo, de Su lado.

SIETE



LOS DOS ABOGADOS

*¿Qué esperanza surge cuando conocemos
a Jesús y compartimos Su mensaje al mundo?*

Cuando pensamos en la última noche de Jesús con sus discípulos, normalmente pensamos en la última cena, en donde celebraron la Pascua en aquel aposento alto. Mientras Mateo, Marcos y Lucas nos dan muchos detalles sobre la última cena, el evangelio de Juan no menciona la cena en lo absoluto. Sin embargo, Juan nos da mucha más información de lo que sucedió en ese lugar aquella noche. Juan nos brinda lo que algunos han llamado el *discurso de despedida de Jesús*, un discurso de tres capítulos seguido por una majestuosa oración de un capítulo entero. Ahora bien, cuando estás a punto de morir, no te desvías o evades las cosas, sino que dices las que son más importantes y urgentes para ti y para tus oyentes. Sabiendo esto, debemos dar gran peso al tema principal de Jesús en este pasaje. Mientras se abordan muchos temas, parece haber uno prominente, uno que pesa en Su corazón justo antes de Su muerte. ¿Cuál es?

Durante los últimos tres años, los apóstoles tuvieron un encuentro continuo personal con Cristo Jesús. Vivieron y trabajaron con Él, hablaban y oraban con Él. Pero ahora Jesús les dice: “Mis queridos hijos, poco tiempo me queda para estar con ustedes... Adonde yo voy, ustedes no pueden ir” (Juan 13:33). Esta declaración levanta unas cuantas expresiones de alarma en los discípulos. Pedro insiste que seguirá a Jesús a donde sea que Él vaya, incluso a costa de su propia vida (Juan 13:37). Tomás es más prudente, pero está confundido y dice que como no saben de qué está hablando Jesús ni adónde va, ¿cómo van a poder ir con Él? (Juan 14:5). Cuando Jesús responde que se dirige al hogar de su Padre (Juan 14:2-3), Felipe le pide a Jesús que le muestre al Padre (Juan 14:8).

Ahora bien, si has estado leyendo el relato completo de la vida y ministerio de Jesús con sus discípulos, podrás ver qué tan absurdas son estas declaraciones. Pedro no tiene conocimiento de sí mismo en lo absoluto. “¿Tú darás la vida por Mí?”, le pregunta Jesús (Juan 13:38). Aún más grave es el hecho de que, a pesar de la constante enseñanza de Jesús de que Él iba a morir por los pecados de las personas, ellos simplemente no lo han comprendido. Jesús tristemente pregunta: “¿Tanto tiempo llevo ya entre ustedes, y todavía no me conoces?” (Juan 14:9). Es una pregunta tajante que revela una terrible verdad. Después de todo este tiempo, Jesús prácticamente les dice: “Ustedes no me conocen realmente. No han tenido un encuentro profundo y personal conmigo”. Los apóstoles tienen poco conocimiento de sus propios corazones y, peor aún, del corazón y de los propósitos de Jesús.

Por tanto, la situación es grave. Estos son los hombres que fueron cuidadosamente seleccionados para llevar el mensaje de Jesús al mundo. Y sin embargo, a un día de la muerte de Jesús, ellos no lo conocen realmente! No solo eso, Jesús también sabe que enfrentarán gran persecución y oposición, comenzando con la cruz. ¿Qué esperanza hay de que ellos le conozcan y lleven Su mensaje? Pero hay esperanza, y Jesús empieza dándola a conocer de manera enigmática. Les dice:

Yo le pediré al Padre, y Él les dará otro Consolador para que los acompañe siempre: el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede aceptar porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes sí lo conocen, porque vive con ustedes y estará en ustedes. No los voy a dejar huérfanos; volveré a ustedes. Dentro de poco el mundo ya no me verá más, pero ustedes sí me verán. Y porque Yo vivo, también ustedes vivirán. En aquel día ustedes se darán cuenta de que Yo estoy en Mi Padre, y ustedes en Mí, y Yo en ustedes... Todo esto lo digo ahora que estoy con ustedes. Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en Mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho. La paz les dejo; Mi paz les doy. Yo no la doy a ustedes como la da el mundo. No se angustien ni se acobarden (Juan 14:16-20; 25-27).

Aquí Jesús dice varias cosas a las que debemos prestar atención. Habla sobre el Espíritu de Dios que vendría sobre los discípulos, y cualquiera que haya leído las Escrituras hebreas conoce

que el Espíritu de Dios es una fuerza en el mundo que procede del Padre. Pero Jesús habla del Espíritu de ciertas maneras que habrían sido extraordinarias para ellos.

En primer lugar, dice que el Espíritu no es meramente una fuerza, sino una persona. En griego, a los sustantivos se les asigna un género —masculino, femenino o neutro. La palabra griega para *espíritu* es de género neutro. Pero aquí Jesús frecuentemente habla del Espíritu como un “Él”, mostrando que no habla de algún tipo de energía divina nebulosa. Jesús está diciendo que después de que Él se vaya —después de morir— el Padre enviará a una persona en Su lugar.

En segundo lugar, Jesús dice que Él se irá y esta persona llegará. “Les conviene que me vaya porque, si no lo hago, el Consolador no vendrá a ustedes; en cambio, si me voy, se lo enviaré a ustedes” (Juan 16:7). Pero también dice: “Yo volveré a ustedes” (Juan 14:18). De alguna manera, a través de esta persona, ellos van a ser capaces de “ver” a Jesús incluso cuando el mundo no lo vea y a pesar de que Él no esté presente corporalmente. En un sentido, Él no estaría, pero, en otro sentido, Su presencia permanecería gracias a esta persona que el Padre enviaría.

Así que ¿quién es esta persona? Jesús la llama “el otro Consolador”. Este nombre es diferente en casi todas las traducciones. *La Santa Biblia, Versión Reina Valera* lo llama “Consolador”, mientras otras traducciones lo llaman “Ayudador” o “Consejero”. Siempre que encuentras variaciones en las traducciones, como en este caso, es debido, usualmente, a que el significado de la palabra original es demasiado rico y extenso como para transmitirse con una sola palabra en español. Un “consolador” pudiera hacerte pensar en solo una mano de apoyo, un “consejero” en solo alguien dispuesto a escuchar, mientras un “ayudador” pudiera hacerte pensar en un niño o un asistente poco calificado. Esta pudiera ser una de las razones por las que *La Nueva Traducción Viviente* usa el término “*Abogado defensor*”, palabras legales usadas para describir a un abogado que representa a alguien en una corte. Esta traducción hace resaltar diferentes aspectos de esta profunda palabra.

La palabra griega es *paraklete*, la cual es un sustantivo. El verbo es la palabra *parakaleo*. *Kaleo* significa “llamar o dirigir a alguien”. *Para* significa “venir al lado”, como en las palabras *paralegal* o *paramédico* cuando funciona como prefijo en español. *Parakaleo* significa “venir al lado para apoyar”. Ahora bien, tal vez notes un poco de tensión aquí. Llamar a alguien es forzoso.

Es activo, no pasivo. La persona que llama dirige al otro hacia la verdad o hacia una meta. No está únicamente hablando, ni siquiera pidiendo; está presionando. Y sin embargo, “venir al lado” implica ser comprensivo, estar en una relación, ponerte en los zapatos de alguien más. Esta palabra es una unión de desafío profético y de apoyo sacerdotal.

Es por eso que la palabra *consejero*, si pensamos en ella en cierto sentido en particular, no es tan mala traducción. Cuando tú y yo pensamos en esta palabra, casi inmediatamente pensamos en un terapeuta. Pero este término puede ser mejor comprendido cuando pensamos en un “consejero de la ley”, en un abogado defensor. Tu abogado defensor está en simpatía contigo y seguramente está de tu lado. Pero su labor no es solo consolarte. Podría tener cosas difíciles o desafiantes que decirte; sin embargo, él siempre las dirás para sacar adelante tu caso y tu causa. No solo hablará contigo, sino que también hablará *por* ti. Es por eso que las traducciones que llaman al Espíritu Santo *abogado* también están en lo correcto.

Así es como el Espíritu de Dios se define en la palabra que Jesús usa para hablar de Él. Pero debemos darnos cuenta de que también Jesús llama al Espíritu Santo *otro* abogado o consolador. ¿Quién, entonces, es el primer abogado? El único otro lugar en el Nuevo Testamento donde la palabra *paraklete* es usada es en 1 Juan 2:1-2: “Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor [*paraklete*], a Jesucristo, el Justo. Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados”. Así que Jesús es el primer abogado y el Espíritu Santo es el segundo.

En esta palabra —*abogado, consejero*— tenemos la clave para comprender no solo la obra de Jesús en la cruz, sino también el trabajo del Espíritu Santo en nuestros corazones. Ciertamente, a menos que conozcas que Jesús es el primer abogado, no podrás comprender el trabajo del Espíritu Santo como segundo abogado. Esta es la solución al problema que Jesús vio en el aposento alto para los discípulos que después de tres años de instrucción e intimidad aún no comprendían Su obra ni lo conocían profundamente. Primero, veamos lo que esta palabra nos muestra sobre la obra de Jesús y después lo que nos muestra sobre la obra del Espíritu Santo.

¿Qué fue lo que Jesús hizo en la cruz? Podrías decir: “Eso es fácil. Murió por nuestros pecados para que podamos ser perdonados”. Pero Jesús, al llamarse a Sí mismo nuestro abogado en el aposento alto, nos está mostrando que Su muerte fue un hecho mucho más radical que solo eso. Lo pri-

mero que el termino implica es que existe un tribunal de justicia en alguna parte —alguna clase de tribunal divino universal ante el cual todos nos presentaremos. Ahora, algunos de ustedes podrán decir: “Soy una persona sofisticada; soy escéptico ante todo eso de un juicio divino”. Dame un momento para mostrarte porque creo que en lo profundo tú también percibes que este juicio es real.

Para mí una de las escenas más terroríficas en toda la literatura se encuentra en la obra de Arthur Miller, *Muerte de un Viajante*. Willy Loman es un vendedor que siente que es, en gran medida, un fracaso. Su autocompasión lo lleva a ser infiel a su esposa frecuentemente durante sus viajes. Como muchos hombres, él racionaliza sus acciones pensando: “Tengo una vida dura”, o “Los amorfíos no significan nada”. Se podría decir que su único consuelo en la vida es que su hijo Biff lo idolatra. Pero un día Biff aparece en su habitación de hotel y lo encuentra con una mujer; una escena intensamente dolorosa. Al principio, Willy trata de comportarse de manera arrogante y dice: “Biff, cuando crezcas vas a entender estas cosas”. Biff solo se queda mirándolo. Después, Willy trata de intimidar a su hijo, diciéndole que olvide todo el incidente. “¡Es una orden!”, le dice. Pero cuando Biff finalmente sale corriendo, llamándolo mentiroso y farsante, Willy cae de rodillas y su alma queda desnuda, despojada de todas sus racionalizaciones. Cuando leo esa escena, me estremezo. Todas sus excusas simplemente se deshacen ante los inocentes ojos de Biff que por fin pueden ver las cosas como realmente son. El cinismo de Willy, su autoengaño y sus falsas justificaciones se derrumban. Él es abandonado allí, con su alma desnuda delante de esos ojos honestos.

Ahora bien, en La Carta de Pablo a los Romanos, el capítulo 2, Pablo menciona que todas las personas sienten (aun cuando pudieran reprimirlo) que unos ojos divinos les observan de esta misma manera, pero esos ojos son infinitamente más penetrantes, justos y honestos que los ojos de Biff. Cuando estamos frente a esos ojos, todas nuestras excusas se disuelven. Por supuesto que hay muchas personas que dicen: “Yo no creo que exista algo como la justicia divina. Yo creo que el bien y el mal son relativos a las personas y a las culturas”. Pero ¿no es verdad que justo al siguiente minuto actúas como si hubiera algo parecido a la justicia? Si alguien te trata despiadadamente —aun cuando no esté haciendo algo ilegal— ¿no sientes que lo que esa persona hace está mal? Tú no piensas: “De acuerdo con mis sentimientos morales está equivocado, pero de acuerdo con los

suyos pudiera no estarlo”. ¡No! instintivamente conoces que hay cosas que están mal hechas, aun cuando su cultura, su familia o sus sentimientos lo permitan. Aun cuando ellos sientan que es natural, sabemos, sin lugar a duda, que así no es como deben ser las cosas. Y lo que es natural puede estar equivocado únicamente si existe un estándar sobrenatural por el cual lo natural sea juzgado. No podemos escapar al hecho de que sabemos que en algún lugar existe un tribunal de justicia para todos nosotros.

Esto es lo que la Biblia enseña: que todos seremos juzgados. Hay un estándar para nuestras vidas que todos debemos reconocer. Y aquí está nuestro dilema. Si la Biblia está equivocada y no existe un Dios, si no existe un tribunal de justicia y la violencia e injusticia son simplemente naturales, entonces ¿qué esperanza hay para el mundo? Pero si existe un tribunal de justicia, ¿qué esperanza hay para ti y para mí? Nadie vive a la altura de su propio estándar moral, mucho menos a la altura del estándar de Dios. ¿Qué dice la *Regla de Oro*? “Haz a los demás lo que te gustaría que te hicieran a ti”. Todos están de acuerdo con esa regla, sin embargo ¿quién la cumple realmente?

¿Qué crees que es la conciencia? De acuerdo con Pablo en Romanos 2, la conciencia es como un radio recibiendo transmisiones desde esa sede de justicia. Puedes pensar: “Mi mamá es la razón por la cual me siento culpable. Ella me hizo esto”. Así que puedes ir a terapia, pero aun así seguirás sintiéndote culpable. ¿Por qué? Bueno, el trasfondo familiar pudiera influir sobre tu conciencia, así que reaccionas demasiado con algunas cosas y muy poco con otras, pero tu familia no pudo haber creado ese sentido de culpa; únicamente lo puede agravar. Sin embargo, Pablo escribe que aquellos que no conocen o creen en la ley de Dios “muestran que llevan escrito en el corazón lo que la ley exige, como lo atestigua su conciencia, pues sus propios pensamientos algunas veces los acusan y otras veces los excusan” (Romanos 2:15). Así que si el juicio divino existe, no es simplemente un problema que tendremos que enfrentar en el futuro; es un problema para nosotros *ahora*. Le damos nombres diferentes —falta de autoestima, vergüenza o culpa— pero realmente es ese tribunal de justicia que obra en nuestras vidas y en nuestras emociones. Incluso cuando nos alejamos de padres autoritarios y normas culturales opresivas, aun cuando quedemos solos con nuestros propios estándares morales, nos sentiremos acusados. Hay una voz dentro de nosotros que nos dice que somos unos necios, unos impostores, unos fracasados, que no somos lo que deberíamos de ser.

Así que muy en lo profundo sabemos que ese tribunal de justicia está allí, tal como la Biblia nos dice. Y sabemos que no estamos en condición de presentarnos, por nosotros mismos, delante de ese tribunal. Cuando la Biblia afirma que Jesús es un abogado, asume la existencia de ese tribunal de justicia y también el hecho de que debemos enfrentarlo. Esa es la primera cosa que esta palabra *abogado* implica.

La segunda cosa que implica es que Cristo Jesús no es principalmente un ejemplo de comportamiento moral (y lo es), ni tampoco es principalmente alguien que nos ayuda porque nos ama (y también lo es). Esas cosas serían útiles, pero por sí solas son mucho menos de lo que necesitamos. Si ese tribunal de justicia existe —y nuestras conciencias dan testimonio de que existe— entonces necesitamos un verdadero abogado.

Pensemos ahora en lo que un abogado hace por ti. Si eres acusado de un crimen y vas a la corte, ¿qué hace el abogado defensor? En un sentido, toma tu lugar delante de la corte. Como el teólogo Charles Hodge una vez dijo: “En la corte tú desapareces en tu abogado”. Si tartamudeas pero tu abogado es elocuente, ¿cómo te ven ante el tribunal? Elocuente. Si eres ignorante pero tu abogado es un genio, ¿cómo te ven ante la corte? Como un genio. En algunos casos, puede que no se requiera que hables ni te presentes personalmente en la corte. Tu abogado aparece en tu lugar como tu sustituto. Así que ¿cómo te ven en la corte? Como sea que tu abogado se vea. Si tu abogado gana, tú ganas. Si tu abogado pierde, tú pierdes. Tu identidad se une a tu abogado y tú estás *en* él.

Ahora podemos comprender lo poderosas que son las palabras de Juan en 1 Juan 2:1. Estas dicen que si eres culpable delante del tribunal de justicia e incluso delante de tu propia conciencia, ¿qué es lo que necesitas? ¿Un buen ejemplo? ¿Alguien que te apoye? ¿Necesitas alguien que te muestre cómo levantarte y esforzarte más? Sí, necesitas todo eso, pero esa no es tu necesidad primordial. No solo necesitas un buen abogado, sino un perfecto abogado quien tome tu lugar ante el Padre.

Pero debemos llevar la metáfora un paso más allá. Si somos acusados ante el tribunal, no solo necesitamos un abogado inteligente y elocuente; necesitamos uno que tenga un *argumento infalible* para ganar el caso.

En los primeros días de ser cristiano, escuché la idea de que Cristo Jesús, de alguna manera, in-

tercede por mí delante del Padre. Tomé esto del libro de Hebreos, donde Jesús es representado como un sumo sacerdote que intercede delante del Padre a favor nuestro, como los sacerdotes del Antiguo Testamento hacían por el pueblo. La primera vez que escuché la idea de Cristo Jesús representándome delante del Padre eso me hizo pensar en Él acercándose al trono y diciendo: “Buenos días, Padre, Yo represento a Tim Keller y Mi cliente, lo admito, está teniendo una muy mala semana. Ha roto tres o cuatro promesas que te había hecho. Ha roto varias de tus leyes. Ha pecado mucho esta semana. Merece ser castigado, pero dale una oportunidad. Por favor, Padre. ¿Lo harías por Mí? Te pido que le des otra oportunidad”. Así es como me lo imaginaba hablando. Y también me imaginaba al Padre diciendo: “Bueno, está bien. Por Ti, le doy una oportunidad más”.

El problema con ese escenario imaginario es que Jesús no tiene un argumento; Él simplemente está suplicando por otra oportunidad. Recuerdo haber pensado: “¿Por cuánto tiempo puede Jesús seguir así?”. Me preguntaba cuándo el Padre iba finalmente a decir: “¡Hasta aquí! ¡No aguanto más!”. Pero mi imaginación estaba mal informada. No es suficiente para un abogado recurrir a tirar de las fibras del corazón del juzgado o del juez, intentar retrasar el veredicto o apelar a tecnicismos. El abogado no necesita manipulación emocional, sino un argumento real. Y eso es lo que Jesús tiene.

¿Cuál es su argumento? Juan nos lo dice en 1 Juan 2:2. Primero dice: “Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados”. Cuando Jesús va ante el Padre, Él no está realmente pidiendo misericordia en favor nuestro. Por supuesto que Dios fue infinitamente misericordioso al mandar a Cristo a morir por nosotros, pero esa misericordia ya ha sido dada, así que Jesús no tiene que rogar por ella. 1 Juan 1:9 dice que “si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y *justo*, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad”. Observa que no dice que si los cristianos confiesan sus pecados Dios los perdona porque Él, misericordiosamente, les da otra oportunidad. No, dice que Él perdona porque Él es fiel y justo. No perdonarnos sería injusto. ¿Cómo puede ser eso posible?

La mejor forma de obtener una absolución para tu cliente legal no es esperar recibir un poco de simpatía por parte del jurado. La mejor forma es mostrar que tu cliente *debe* ser absuelto según la ley. Lo ideal es ser capaz de decir con integridad y convicción: “Esta es la ley y la ley demanda

que mi cliente sea absuelto”. Quieres tener un argumento que no esté basado en cómo se siente el jurado en ese momento, sino que se pueda exigir que se cumpla la ley. ¡Y Jesús tiene uno! Cristo Jesús puede decir, en efecto: “Padre, Mi pueblo ha pecado y la ley establece que la paga del pecado es la muerte. Pero Yo he pagado por esos pecados. ¡Mira, aquí está Mi sangre, el símbolo de Mi muerte! En la cruz he pagado por la penalidad de estos pecados completamente. Ahora bien, si alguien impone dos pagos por el mismo pecado, sería injusto. Así que no estoy pidiendo misericordia en favor de ellos; estoy pidiendo justicia”.

Esto, si las afirmaciones de Jesús son verdaderas, es un argumento infalible. Por tal razón Juan puede decir que cuando los cristianos confiesen sus pecados son perdonados, porque la justicia de Dios lo demanda.

Todas las otras filosofías y todas las otras religiones en el mundo esencialmente miran la vida como la balanza de la justicia. ¿Recuerdas a la mujer con una venda en los ojos y sosteniendo una balanza? En esta metáfora, tú estás en un lado de la balanza y del otro lado está la ley de Dios. Esta última dice: “Pon a Dios primero, ama a todos, obedece la *Regla de Oro*”. Y la ley de Dios está apilada contra ti, hundiendo la balanza. Así que tienes que pasar el resto de tu vida desesperadamente amontonando buenas obras, méritos y una vida disciplinada en tu lado de la balanza para contrarrestar el peso de la ley de Dios. En otras palabras, la ley de Dios esta puesta contra ti y más te vale vivir una buena vida o la ley de Dios va a pesar más y estarás perdido. La ley de Dios está constantemente señalando tu condenación y debes compensarla o neutralizarla.

Pero si Jesús es tu abogado, la ley de Dios está ahora completamente de tu lado. Está de *tu* lado en la balanza. Cuando pones tu fe en Jesús, cuando dices en tu corazón: “Padre, acéptame por lo que Jesús hizo”, la obra de Jesús en la cruz es transferida a tu cuenta. Ahora la ley de Dios demanda tu absolución. Es por esto que cuando Juan llama a Jesús nuestro abogado, también lo llama “el Justo”. Esta frase sugiere que cuando Dios te ve, si eres cristiano, Él te ve “en Cristo”. En ti mismo, si estás solo en tu lado de la balanza, eres un pecador; pero en Él, eres perfecto, recto, hermoso y justo. Tú estás en Él.

Pablo escribe en 2 Corintios 5:21: “Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en Él recibiéramos la justicia de Dios”. Esto quiere decir que, así como

Jesús no fue pecador en Su ser, sino que fue tratado como pecador y castigado sobre la cruz, ahora nosotros los que creemos en Él, aun cuando no somos justos ni perfectos en nuestro ser, somos tratados como justos y perfectos por el Padre mediante el nombre de Jesús.

Así que ¿cuál es el trabajo del primer abogado? Es decir delante del Padre: “Mira lo que he hecho. Ahora, acéptalos en Mí”. ¿Cuál es el trabajo del otro abogado, a quien Jesús promete enviar: el Espíritu Santo? Recuerda que nunca vamos a comprender la obra del segundo abogado hasta que comprendamos la obra del primero. Muchas personas dicen que el Espíritu Santo nos da poder y eso es cierto, pero ¿cómo lo hace? ¿Simplemente nos llena con altos niveles de energía? No. Al llamarlo el *otro* abogado, Jesús nos ha dado el gran indicio para comprender cómo funciona el poder del Espíritu Santo.

El primer abogado está hablando a Dios por ti, pero el segundo Abogado está hablándote a *ti* por Él. A lo largo de Su *discurso de despedida*, Jesús sigue diciendo que el trabajo del Espíritu Santo es tomar todas las cosas que Jesús ha hecho por nosotros —todas las cosas que los apóstoles aún no habían comprendido— y enseñar, recordar y preparar a los apóstoles para que finalmente comprendan todo lo que Jesús les había enseñado sobre Su obra salvadora (Juan 14:26). El teólogo J. I. Packer ha enseñado que el ministerio del Espíritu Santo es algo así como una lámpara. Si pasas por un edificio durante la noche y este está iluminado, dices: “Mira ese hermoso edificio”. Quizá ni siquiera vieras de dónde proviene la luz. El trabajo de la lámpara no es mostrarse a sí misma, sino mostrar la belleza del edificio junto con todas sus características.

En el aposento alto, la noche antes de la cruz, los apóstoles aún no tenían la más mínima idea de cuánto Él los amaba, lo que le iba a costar amarlos, o lo que Su amor iba a lograr por ellos. Todo eso estaba oculto para ellos. Por lo tanto, aun cuando ellos habían convivido con Él por tres años, aún no habían encontrado al Jesús real. Aún no lo conocían. Pero el Espíritu Santo vendría. Y no iba solamente a sostenerles la mano o a darles energía; más bien les enseñaría la profunda verdad que cambia vidas. Los ayudaría a ver la profundidad de su pecado (Juan 16:9) y finalmente les mostraría lo que Jesús hizo por ellos.

Me encanta el hecho de que el Espíritu Santo no es únicamente un instructor, sino también un abogado. Aunque Él es el “Espíritu de verdad”, no se limita a enseñarnos o a informarnos; nos lla-

ma a vivir de acuerdo con lo que nos muestra. Nos redarguye y nos desafía (Juan 16:8-11). Él dice, en efecto: “Tú eres pecador. ¿Estás viviendo con la humildad y dependencia de Dios que resulta de esta verdad? Sin embargo, también eres justo en Cristo —adoptado y aceptado en Su familia. ¿Estás viviendo con la audacia y libertad que conlleva esta verdad? ¿Eres tan libre de la necesidad del poder terrenal, aprobación y comodidad como deberías serlo?”. Él razona con nosotros, nos exhorta, nos implora y nos suplica que vivamos vidas que concuerden con los logros y realidades del amor de Cristo (todas estas acciones son buenas traducciones de *parakaleo*). Y es por eso que Jesús dice que, a través del Espíritu Santo, Él va a manifestarse a Sus amigos (Juan 14:21). Ellos finalmente verán y conocerán Su amorosa presencia.

¿Puedes ver las implicaciones? Los apóstoles no conocían ni *podían* conocer verdaderamente a Jesús hasta que Este se fue y regresó en el Espíritu Santo. Es tan alentador que los cristianos vean esto. Por ejemplo, es natural que creamos que hubiera sido mejor vivir durante la vida de Cristo y haberlo conocido y escuchado con nuestros oídos y visto con nuestros ojos. Quizá pensarías que habrías podido conocerlo mejor de la manera en lo que lo conoces ahora, pero estarías equivocado.

Antes de que Jesús muriera, el Espíritu Santo no había entrado en este mundo de manera poderosa, y únicamente puedes conocer a Jesús completamente a través de la influencia del Espíritu Santo al mostrarte en la sombra de la cruz cuán alto, largo, ancho y profundo es el amor de Jesús por nosotros. En otras palabras, aquí y ahora, a través del Espíritu Santo, puedes ver a Cristo y conocer Su presencia y Su amor mejor que los apóstoles podrían haberlo hecho en el momento de la última cena.

Si eres cristiano, es probable que no estés viviendo la plenitud de esta verdad. Probablemente no ves la magnitud de lo que se te está ofreciendo en el Espíritu Santo. Imagina que eres billonario y tienes tres billetes de diez dólares en tu cartera. Te bajas de un taxi y pagas ocho dólares al taxista con uno de esos billetes. Más tarde te das cuenta que en tu cartera ya solo hay un billete de diez dólares y piensas: “O se me cayó un billete, o le di al taxista dos”. ¿Qué vas a hacer? ¿Te vas a entristecer? ¿Vas a detener el resto de tu día? ¿Vas a ir a la policía a demandar que busquen a ese taxista por toda la ciudad? No. Eres billonario. Perdiste diez dólares. ¿Y qué? Eres demasiado rico

como para preocuparte por esa pérdida tan pequeña.

Esta semana, alguien te criticó. Algo que compraste o algo en lo que invertiste resultó ser de mucho menos valor de lo que pensaste. Algo que querías no sucedió como tú querías. Alguien en quien confiabas te defraudó. Estas son pérdidas reales —tu reputación, tus bienes materiales, tus esperanzas. Pero ¿qué vas a hacer, si eres cristiano? ¿Acaso esto va a interrumpir tu contentamiento con la vida? ¿Vas a sacudir tu puño contra Dios? ¿Perderás el sueño?

Si es así, es porque no conoces cuán verdaderamente rico eres. No estás escuchando lo que el segundo abogado te dice sobre el primero. No estás viviendo en gozo. Estás olvidando que los únicos ojos que importan en el universo no te ven como un farsante, aunque lo hayas sido algunas veces, sino como una persona con belleza cautivadora. Si estás molesto por cómo te ven otras personas, si estás constantemente atacando a alguien porque hirió tus sentimientos, podrías llamarlo una falta de dominio propio o baja autoestima, y lo es. Pero fundamentalmente, el problema es que has perdido completamente tu identidad. Como cristiano, eres un billonario espiritual y estás retorciendo tus manos por diez dólares. Es el trabajo del segundo abogado razonar contigo en el tribunal de tu corazón, argumentar a favor de quién eres tú en Cristo y mostrarte que eres rico. Tu deber es escuchar.

¿Cómo puedes escuchar mejor? Eso es un tema amplio, pero si eres un creyente, entonces el Espíritu Santo va a hacer Su trabajo al usar las “medidas de gracia” —leyendo y estudiando la Palabra individualmente y en comunidad, orando, alabando y guardando las ordenanzas del bautismo y la Cena del Señor. Si no usas las medidas de gracia, no le estás dando al otro abogado espacio para hacer Su trabajo. Si haces estas cosas sin reflexión y de manera superficial, técnicamente vas a estar presente, pero tendrás cerrados tus oídos a Su instrucción, consejo y consuelo.

Si no experimentas el trabajo del segundo abogado, tu pérdida es sin medida. Jesús dice: “La paz les dejo; Mi paz les doy. Yo no se la doy a ustedes como la da el mundo”. Sin el trabajo del Espíritu Santo no puedes conocer a Jesús o conocer Su paz. ¿En qué es diferente la paz del mundo a la paz de Jesús? En primer lugar, hoy en día se nos dice que podemos obtener paz al evitar pensar demasiado en las grandes preguntas de la vida. Tuve un amigo hace algunos años que era estudiante de medicina. Me contó que en la escuela había aprendido lo frágil que era el cuerpo humano, cuántas cosas podían tan fácilmente salir mal y cuántos millones de virus y microbios estaban

listos a atacar en cualquier momento. Me dijo que eso lo ponía nervioso. Le pregunté cómo estaba lidiando con el miedo y me dijo que se había forzado a sí mismo a no pensar en ello. En general, así es como funciona la “paz” del mundo. La vida es desagradable, brutal y corta. Solo no pienses en ello. Pero la paz de Cristo trabaja de forma opuesta, no pensando menos, sino pensando más. No al ignorar la realidad, sino al ponerle atención. El Espíritu Santo te dice que el Padre te ama; tu felicidad eterna está garantizada. En otras palabras, Cristo nos da cosas reales en qué pensar, las cuales superan la oscuridad de esta vida, mientras el mundo únicamente puede decir: “Solo silba y mira en otra dirección”.

La paz cristiana puede ser consecuente, mientras que la paz terrenal es intermitente porque está basada en circunstancias. Si convives con personas agradables, si el dinero llega a tiempo, si el trabajo está bien, si acabas de cerrar un trato o si estás en un lugar hermoso, entonces te sientes lleno de paz. Pero cuando la bolsa de valores cae y tienes un fracaso, te derrumbas. ¿Por qué? Porque tu paz depende de las circunstancias.

Una vez escuché la historia de un predicador galés del siglo dieciocho quien, cuando era solo un adolescente, estaba de pie junto con su familia alrededor del lecho de muerte de una de sus tías. Su tía había sido una fuerte cristiana, pero ahora estaba por partir. Todos pensaban que estaba inconsciente y alguien dijo en voz alta: “Qué lastima, ella tuvo una vida tan difícil. Vio partir a dos esposos, frecuentemente estaba enferma y encima de todo ha muerto pobre”. De pronto abrió sus ojos, miro a su alrededor, y dijo: “¿Quién me llama pobre? ¡Soy rica, rica! Y pronto estaré de pie ante Él, confiada como un león”. Y después murió. Comprensiblemente, esto tuvo un gran efecto en este joven. Esta mujer tenía la paz de la cual Jesús habló, porque había escuchado al abogado. Ella estaba diciendo: “Tengo el único esposo que no puede morir. Tengo la única riqueza que nunca desaparece. Y mi Salvador se encargó del pecado, de la única enfermedad que realmente puede matarme, hace mucho tiempo. ¿Cómo me puedes llamar pobre?”. El segundo abogado le había hablado sobre el primer abogado y así ella podía enfrentar grandes pérdidas. Como el escritor de himnos dijo: “Estoy bien, estoy bien con mi Dios”.²⁴

Y también puedes estarlo tú. El Espíritu Santo, el segundo abogado, podría estar hablándote ahora. Permite que Él te diga: “Sí, Jesús es tu abogado. ¿No es hermoso? Pon tu fe en Él”. Si pones tu fe en la obra de Cristo Jesús puedes estar de pie incluso delante de ese trono de justicia,

confiado como un león. Dios te ve sin mancha ni arruga, para que puedas cantar:

Bien puede el acusador rugir,
Los pecados que cometí.
Los conozco todos y miles más,
Jehová ninguno conoce.

Eso es lo que Jesús les estaba diciendo a Sus discípulos en el aposento alto. Este era Su enlace salvador en favor de aquellos que le habían fallado en vida y que iban a cambiar el mundo después de Su muerte. “Crean en Mí y reciban el Espíritu Santo cuando ya no esté. Escúchenlo a Él hablar sobre Mi argumento infalible y Él les dará paz infalible”. Independientemente de que te consideres o no un descendiente espiritual de esos discípulos hoy, estas palabras son para ti también.

OCHO



EL MAESTRO OBEDIENTE

¿Por qué murió Jesús?

El tiempo que Jesús pasó en el Getsemaní antes de Su muerte a menudo es visto como un ejemplo interesante y convincente de la debilidad de Sus discípulos, quienes aun en la hora final de Su maestro no tienen idea de lo que Jesús está a punto de padecer. Pero la experiencia de Jesús en ese oscuro lugar no es solo un interludio entre eventos más dramáticos o importantes. Algo sucedió allí que demanda una explicación más profunda. Tal vez no existe otra parte en la Biblia donde tengamos una ventana más penetrante hacia el alma, las motivaciones y la experiencia de Jesús que esta. Esta escena arroja luz sobre *por qué murió Jesús y cómo al igual que sobre cómo debemos responder a esto*, y lo hace como ninguna otra parte en los relatos de los Evangelios—incluyendo las narrativas de la crucifixión.

Para tener el panorama completo de lo que sucedió, debemos echar un vistazo a los relatos de Mateo, Marcos y Lucas. Este es el comienzo de la escena, de acuerdo a Mateo:

Fue Jesús con Sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo: —Siéntense aquí mientras voy más allá a orar.

Se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sentirse triste y angustiado. —Es tal la angustia que me invade que me siento morir—les dijo. Quédense aquí y manténganse despiertos conmigo (Mateo 26:36-38).

Primero quisiera examinar la magnitud del dolor que Cristo experimentó aquí. Mateo, Marcos y Lucas encuentran una manera de decirnos que la aflicción y el dolor de Jesús eran enormes, aun

mucho más de lo que esperaríamos en un momento como este. Mateo registra las palabras de Jesús de esta forma: “Es tal la angustia que me invade que me siento morir”. Estaba experimentando una agonía interna y mental tan insoportable que sentía que el mero dolor podía matarle justo allí, en ese momento.

Ahora bien, Jesús es llamado el “Varón de dolores”. A lo largo de Su vida lo vemos llorando y suspirando mucho más de lo que lo vemos regocijarse. Pero la carga de Getsemaní es algo mucho más pesada. Mateo nos indica que al Jesús alejarse del resto de los discípulos con Pedro, Santiago y Juan para orar en el jardín, “*comenzó a sentirse triste y angustiado*” (Mateo 26:37). Este cambio sucede mientras está de camino; tal pareciera que es un dolor que desciende sobre Él de forma repentina. No solo Su agonía mental era tan enorme que pensaba que iba a morir, sino que, de acuerdo a Marcos, Jesús mismo estaba pasmado por esto. Marcos usa la palabra griega *ekthambeisthai*, que significa “pasar a un estado emocional intenso por algo que causa gran sorpresa o perplejidad”.²⁵ Algunas traducciones en español omiten el significado de este término y simplemente lo traducen como “profundamente afligido” (como la Nueva Versión Internacional). Me pregunto si es debido a que pensamos que Jesús —la infinita preexistencia del Hijo de Dios— no puede ser pasmado por nada. ¿Cómo pudiera la segunda persona de la Trinidad, quien incluso en Su forma humana pareciera anticipar cada eventualidad, estar sorprendida? ¡Pero sí lo está! Jesús se siente estupefacto y asombrado. Al dirigirse a orar, una oscuridad y un horror inimaginable descienden sobre Él y el dolor lo hace sentir que se está desintegrando en ese mismísimo instante.

Consideremos que todos los escritores de los Evangelios sabían para el momento en que escribieron sus relatos que muchos de los seguidores de Jesús fueron capaces de enfrentar la muerte de forma serena y tranquila. Lucas escribe que cuando Esteban enfrentó a sus verdugos, su radiante “rostro se parecía al de un ángel” (Hechos 6:15), y al ser apedreado a muerte, oró gentilmente, rogando a Dios que los perdonara (Hechos 7:60).

Los primeros escritores cristianos como Ignacio de Antioquía y Policarpo señalaron el aplomo con el que los cristianos enfrentaban la tortura y la muerte. Un historiador escribe que esta fue una de las formas en que los pensadores cristianos intentaban recomendar su fe al mundo pagano. Argumentaban que los cristianos sufrían y morían mejor que los paganos.²⁶ Los cristianos se enfrenta-

ban a los leones cantando himnos; se introducían a las llamas con sus manos levantadas en oración.

Pero Jesucristo está enfrentando la muerte de una manera en la que Sus seguidores no lo hacían. Su rostro no es tan radiante como el rostro de un ángel. Él no está en calma o en paz. Y no cabe duda que así sucedió, ya que si Mateo, Marcos y Lucas estuvieran inventando o adornando la vida del fundador de su fe, ¿crees que lo representarían luchando agónicamente antes de Su muerte, contrario a la mayoría de Sus seguidores?

¿Cuál es la razón, entonces, de la magnitud del horror y la agonía de Jesús antes de Su muerte? La respuesta es que esta era una muerte diferente a la que alguien jamás haya enfrentado. Esta es la siguiente parte del relato de Mateo:

Y adelantándose un poco, cayó sobre Su rostro, orando y diciendo: —Padre Mío, si es posible, que pase de Mí esta copa; pero no sea como Yo quiero, sino como Tú quieras.

Entonces vino Jesús a los discípulos y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: —¿Conque no pudieron velar una hora junto a Mí? Velen y oren para que no entren en tentación; el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

Apartándose de nuevo, oró por segunda vez, diciendo:
—Padre Mío, si esta copa no puede pasar sin que Yo la beba, hágase Tu voluntad.

Vino otra vez Jesús y los halló durmiendo, porque sus ojos estaban cargados de sueño. Dejándolos de nuevo, se fue y oró por tercera vez, y dijo otra vez las mismas palabras (Mateo 26:39-44 NBLH).

Mateo, Marcos y Lucas mencionan “la copa” como el corazón de la oración de Jesús esa noche. La copa, en tiempos antiguos, era como la silla eléctrica. Recuerda cómo murió Sócrates —tomando una copa de veneno. “La copa” no representaba cualquier tipo de muerte general, sino más bien una muerte judicial. El uso del término por los apóstoles sugiere que Jesús sabía que sería ejecutado. Pero significa mucho más que esto.

En la Biblia, “la copa” se refiere a la propia ira judicial de Dios sobre la injusticia y la maldad. Ezequiel 23 dice: “Beberás... la copa de ruina y desolación... y te desgarrarás los pechos”. Isaías 51 habla de aquellos que toman “el cáliz de Mi furia... la copa que te hacía tambalear”. La razón

por la que Jesucristo no murió con tanta gracia como los cristianos posteriores es debido a que ninguno de ellos enfrentó la copa. Cuando Jesús mismo habla de la copa, demuestra que era consciente de que enfrentaría algo más que una muerte física tortuosa. Jesús sabía que estaba a punto de experimentar la ira completa sobre la maldad y el pecado de toda la humanidad. La ira judicial de Dios caería sobre Él en vez de caer sobre nosotros. Y aunque este derrame de ira azotó a Jesús con toda su fuerza al siguiente día —cuando Jesús clamó: “Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?”— estoy de acuerdo con los comentaristas que creen que en este jardín Jesús comenzó a experimentar la primera prueba de esto. ¿Cómo se sentiría la ira de Dios? Era la tortura de la ausencia divina.

2 Tesalonicenses 1:8 dice: “Él castigará a los que no conocen a Dios ni obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús”. El juicio de Dios en la Biblia es increíblemente justo. Es una consecuencia natural. La esencia del pecado es “no quiero tener a Dios en mi vida”. Y la esencia de la ira judicial de Dios es darnos lo que hemos pedido. Realmente no hay nada más justo que esto —y nada más terrible, por cierto. De acuerdo a la Biblia, hemos sido creados para Dios, creados para disfrutar Su presencia y tener una relación con Él. Todos los seres humanos que están en la Tierra, incluso aquellos que no creen en Dios y huyen de Su presencia, no han sido desechados completamente por Él. Pablo dice que en Dios “vivimos, nos movemos y existimos” (Hechos 17:28). Pablo les dijo estas palabras a los filósofos griegos de ese tiempo, personas que no creían en Dios. Lo que quería decir es que, aun cuando no reconocemos al Dios de la Biblia, Él aún sostiene nuestras vidas de formas que no podemos ver ni entender. ¿Qué pasaría realmente si Dios removiera Su afable poder sustentador de nuestras vidas? Sería una especie de agonía espiritual y una catástrofe que duraría por siempre, ya que nuestras almas fueron creadas para disfrutar Su amor y Su presencia. Sería un eterno tormento y, al mismo tiempo, sería perfectamente justo. Como C. S. Lewis dice en *El gran divorcio*, si en esta vida nunca le dices a Dios: “Sea hecha Tu voluntad”, al final Dios te dirá en la eternidad: “Muy bien, entonces que sea haga *tu* voluntad”. Si quieres liberarte de Dios, entonces recibirás lo que esperas. Y será un tormento.

Regresemos al relato de Jesucristo en el jardín. Debido a la encarnación de Jesús, Dios sostenía Su existencia humana, y Jesús tenía acceso al gozo de la presencia de Dios en oración y comunión

con el Padre. Sin embargo, a diferencia de cualquier otro ser humano, Jesús conocía la comunión perfecta y amorosa con el Padre. Jesús conocía la infinita felicidad de un compañerismo pleno con el Padre. No obstante, al ir caminando hacia el jardín comenzaría a orar, y de pronto —por primera vez en toda la eternidad— se dio cuenta de que las líneas de comunicación se romperían. Esto es lo que Bill Lane, comentarista al Evangelio de Marcos, dice sobre el jardín:

Esa terrible ansiedad y dolor, de la que brota la oración por el paso de esa copa, no es la expresión de temor ante un destino oscuro, ni una retracción ante la perspectiva del sufrimiento físico y la muerte. Es más bien *el horror de uno que vive completamente para el Padre ante la expectativa de la separación de Dios que está implicada en el juicio sobre el pecado que Jesús asume...* Jesús vino para estar con Su Padre... antes de ser traicionado, pero en vez de ver el cielo abierto, vio el abismo del infierno por delante, y tambaleó.²⁷

Recuerda lo que Ezequiel e Isaías dijeron. La copa de la ira de Dios es como veneno que hace al cuerpo tambalear y arder con dolor interno. Esto es lo que le sucedió a Jesús. Cuando Jesús comienza a orar, de pronto ve hacia el abismo. No está el Padre, no está Su presencia, no hay comunión. El infierno en lugar del cielo se abre ante Sus ojos. Y la única forma de concebir la infinita magnitud de Su sufrimiento es entendiendo que Jesús es el Hijo de Dios. Si yo fuera a perder el amor de un amigo, sería doloroso. Pero si yo fuera a perder el amor de mis hijos o mi esposa, eso sería infinitamente más doloroso. Entre más larga, profunda e íntima sea la relación de amor, más agudo es el dolor cuando se rompe. Pero la perfecta relación de amor del Hijo con el Padre es mucho más grandiosa que la relación que tengo con mi esposa, así como un océano es más vasto que una gota de agua. Esa es la relación que Jesús estaba perdiendo.

Y aun así el predicamento de Jesús era peor que incluso eso, ya que comenzó a experimentar no solamente la ausencia de amor, sino también la presencia de la ira. Al igual que el amor divino es inmensurablemente mayor que el amor humano, así la experiencia de la ira divina debe ser mayor que la ira humana. Dios es omnipotente —infinitamente poderoso. ¿Cómo podemos imaginar lo que sería que una montaña de ira divina cayera sobre nosotros? ¿Cuánto pesa la omnipotencia?

El evangelio de Lucas dice que Jesús estaba literalmente “en angustia” (en griego, *agonía*) y agrega que al orar Su sudor era “como gotas de sangre”. Puede que esto signifique que había sangre en Su sudor, ya que una persona en gran conmoción puede reventar sus capilares cerca de la superficie de su piel, causando que se filtre con el sudor. O puede significar que los ríos de sudor eran como la sangre que pronto sería derramada de Su cuerpo. De cualquier forma, Jesús se encontraba en el extremo de la angustia. Era el principio de la increíble agonía de ser cortado de la presencia Padre. Tal fue la agonía que cayó en tierra y suplicó: “No permitas que esto suceda”.

Así que ¿por qué es tan extrema la agonía? Porque Jesucristo no solo estaba muriendo como cualquier otra persona muere. Él estaba perdiendo Su comunión perfecta con el Padre, y lo hizo por nosotros. Y como nuestro sustituto, Jesús recibió la ira judicial de Dios. Jonathan Edwards lo resume así: “El conflicto en el espíritu de Cristo en Su último sufrimiento era terrible, más allá de toda expresión o concepción humana”.

También quiero analizar el tiempo escogido para que Jesús sufriera esta agonía. Con la ayuda de teólogos como William Lane y Jonathan Edwards he argumentado que Jesús estaba degustando de la ira divina en el jardín. Pero ¿por qué es importante que Jesús degustara la ira de Dios de tal forma antes del momento de la crucifixión? La respuesta forma parte de una doctrina cristiana que a menudo es pasada por alto o malinterpretada, pero que ofrece un profundo consuelo.

Algunos teólogos, a lo largo de los años, han hecho una distinción entre los aspectos activos y pasivos de la obra de Cristo. Se dice que en Su obediencia pasiva Jesús tomó el castigo que nosotros merecíamos; murió la muerte que nosotros debíamos morir.²⁸ Pero en Su obediencia activa, vivió la vida que nosotros debíamos vivir. Esto pudiera sonar esotérico, pero en realidad es bastante práctico. Cuando Jesús fue a la cruz, tomó sobre Sí el castigo de los pecados que nosotros merecíamos y Él no merecía. Esto es lo que históricamente ha sido llamado Su trabajo “pasivo”: Jesús recibió la penalidad de nuestra desobediencia a la ley de Dios. Como resultado, los que creemos en Jesús hemos sido liberados de la condenación por esos pecados.

No obstante, si esto fuera lo único que Jesús hizo por nosotros, podríamos estar agradecidos porque no seremos castigados por los pecados que hayamos cometido en el pasado. Podríamos estar supremamente tranquilos de que Dios no está enojado con nosotros. Pero no tendríamos eviden-

cia del amor verdadero de Dios, ya que solo porque un padre no castiga a su hijo no quiere decir que se deleite en él. Así que si tú creyeras únicamente en el trabajo pasivo de Jesús, aun así podrías sentir una gran presión o temor de no estar “a cuentas con Dios” y de perder el favor de Dios si llegaras a tropezar. Podrías saber que eres perdonado, pero la verdad es que no podrías estar seguro de que eres amado.

Ahora bien, absorber el castigo de forma pasiva no es todo lo que Jesús hizo por nosotros. Durante toda Su vida y preeminentemente en Su muerte Jesús también cumplió con las demandas positivas de la ley de Dios, lo que ha sido llamado Su trabajo “activo”. Jesús no solo murió la muerte que nosotros debíamos morir para quitar de nosotros la maldición de ley; también vivió la gran vida de amor y fidelidad que nosotros debíamos haber vivido para poder ganar la bendición de Dios sobre nosotros. Nunca nadie amó a Dios con toda su alma, mente y fuerzas —nadie nunca amó a su vecino con amor perfecto, completo y sacrificial— excepto Jesús. ¿Qué es lo que merece una vida como esa? Merece la bendición más grande, la alabanza y el honor de Dios. Merece el amor y el deleite de Dios. Y ya que Jesús no solo cumplió con la ley de Dios de forma pasiva, sino también de forma activa, entonces quiere decir que Jesús recibió el castigo que nosotros merecíamos, y nosotros recibimos la recompensa de Dios que Él merecía. Es una salvación *asombrosamente* profunda. Es gracia sobre gracia.

¿Qué tiene esto que ver con las luchas de Jesús en el jardín del Getsemaní? ¿No era esto el comienzo de la obediencia pasiva de Jesús, Su muerte por nosotros? No. Fue mucho más que eso. Una cosa es saber algo cognitivamente a la distancia, y otra muy diferente es conocerla con todo tu ser. Podríamos conocer con nuestras mentes que la experiencia en la silla del dentista es dolorosa, pero pedimos una cita y nos sentamos en la silla con una risa nerviosa. Tan pronto el taladro comienza a hacer su trabajo, decimos: “Si hubiera sabido que iba a ser así, nunca hubiera venido. No vale la pena”. Ahora, ¿qué tal si mientras aun estabas en casa, contemplando la idea de llamar a la oficina del dentista, hubieras experimentado un minuto de dolor real? Si eso hubiera sido posible, muchos dentistas en todo el mundo se quedarían sin trabajo.

Hasta aquí, Jesús *sabía* lo que estaba por venir. Les había estado diciendo constantemente a Sus discípulos que había venido para sufrir y morir. Vimos antes que la sombra de esta noche se vis-

lumbraaba ante Él en la boda de Caná y en la resurrección de Lázaro. Él sabía que pondría en marcha los eventos que lo llevarían a la cruz.

Sin embargo, Su asombro al entrar al jardín revela que hasta ahora entiende experimentalmente lo que está por soportar. Al siguiente día iba a ser colgado públicamente en una cruz, y para ese punto ya no habría escapatoria de Su destino. Pero aquí, en la oscuridad, con los discípulos durmiendo, cuando podía escabullirse fácilmente, el Padre le permite saber lo que le espera. Como Jonathan Edwards dice en su sermón “La Agonía de Cristo”: “Era la primera vez que Cristo tenía una vista panorámica de la dificultad de este mandamiento; algo al parecer tan grande que le causa ese sudor de sangre”. Y así, cuando va a la cruz por nosotros después de esta experiencia en el jardín, va con conocimiento pleno de lo que le espera. Eso hace que la acción de Jesús sea el acto más grande de amor hacia el Padre —y hacia la humanidad— en la historia del mundo. Nadie nunca ha enfrentado sufrimiento como este por amor. Por tanto, jamás nadie ha amado así. Edwards continúa:

La agonía de Jesucristo fue causada por una vista brillante, completa e inmediata de la ira de Dios. Dios Padre, por así decirlo, puso la copa delante Él, mucho más terrible que el horno ardiendo de Nabucodonosor. Jesús ahora tenía de cerca el horno al cual está por ser arrojado. Se puso de pie y vio las embravecidas llamas y el brillo de su calor para poder conocer hacia dónde iba y qué era lo que estaba por sufrir. Sintió lo que Ezequiel dijo: “Beberás... la copa de ruina y desolación... y te desgarrarás los pechos”. Sintió lo que Isaías dijo, que bebería “el cáliz de Mi furia... la copa que te hacía tambalear”. Cristo sería arrojado a un horno terrible de ira y no era adecuado que se sumergiera sin antes saber qué tan terrible era ese horno. Por tanto, Dios lo trajo y lo puso en la boca del horno para que pudiera ver hacia adentro, pudiera contemplar sus llamas feroces y furiosas, y decidir voluntariamente entrar en él en nuestro lugar, sabiendo exactamente lo que era. Si Jesucristo no hubiera entendido la copa de forma completa antes de beberla, no hubiera sido un acto voluntario y humano. Pero al tomar la copa, sabiendo lo que sabía, hace de Su amor por nosotros el acto más maravilloso de todos, y Su obediencia a Dios el acto más perfecto de todos.

Dios puso la copa frente a Jesús, tal como era, y le permitió olerla y probarla cuando aún era posible que Jesús se retractara de la cruz. En efecto, el Padre estaba diciendo: “Aquí está la copa que estás por beber. Aquí está el horno al que estás por ser arrojado. ¿Ves estos amigos Tuyos que están durmiendo por allá? Si quieres salvarlos, esta es la única forma. O perecen, o Tú pereces. Siente cuán terrible es el calor, mira cuánto dolor y angustia debes soportar. ¿Es Tu amor por ellos y por Mí tan grande como para beberla?”.

Y Edwards imagina que Jesús pudo haber visto a Sus discípulos, quienes no habían podido siquiera permanecer despiertos para apoyarlo en la hora de Su necesidad más grande, y pudo haber dicho con completa justicia y autoridad:

¿Por qué debo Yo, que he vivido por toda la eternidad en el gozo del amor del Padre, arrojarme dentro de tal horno por ellos que nunca podrán pagarme por ello? ¿Por qué debería rendirme para ser molido por el peso de la ira divina por aquellos que no me aman, y son Mis enemigos? Ellos no merecen estar unidos a Mí, nunca lo han merecido, y nunca harán nada para merecerme.

Él bien *pudo* haber dicho esto... pero no lo hizo. Ese no fue el lenguaje de Su corazón. En vez de eso, le dijo a Dios: “Hágase Tu voluntad”. Edwards concluye: “Sus sufrimientos abundaron, pero Su amor sobreabundó. El alma de Cristo estaba abrumada por un diluvio de dolor, pero este dolor provenía de un diluvio de amor por los pecadores; tan vasto como para inundar el mundo y abrumar la más grande montaña de pecados. Esas grandes gotas de sangre que cayeron a tierra fueron una manifestación de un océano de amor en el corazón de Cristo”.

Como hemos estado diciendo, no es suficiente con decir que este fue únicamente el acto más grande de amor en la historia; también fue la obediencia más asombrosa y perfecta a Dios. En el principio de los tiempos también había un jardín y un mandamiento. Dios puso a Adán y a Eva en ese jardín, y se les dijo que no debían comer del Árbol. La orden era: “Obedezcan lo que les digo en cuanto al Árbol, y vivirán” —obedézcanme y los bendeciré. Pero ellos desobedecieron. Ahora vemos otro jardín, un segundo Adán²⁹ y otro mandamiento. Jesucristo ha sido enviado por el Padre para ir a la cruz, que también era un árbol.³⁰

Ahora bien, el mandamiento de Dios para Adán era un prototipo de todos los mandamientos para todos los hombres. Dios siempre dice, de una manera u otra: “Obedéceme y te bendeciré; Yo estaré contigo”. Pero hay una excepción. Solo una vez Él le ha dicho a un ser humano lo que le dice a Jesús. Al primer Adán le dice: “Obedece lo que te diga en cuanto al Árbol y te bendeciré”. Adán no lo hizo. Pero al segundo Adán le dice: “Obedece lo que te diga en cuanto al Árbol y serás molido”. Y Jesús lo hace. Jesús es la primera y última persona en la historia a quien se le dice que la obediencia le traerá una maldición. El Padre está diciendo, esencialmente: “Si me obedeces, si eres fiel a Mí, te desampararé, te arrojaré y enviaré Tu alma al infierno”. Y, aun así, Jesús obedece. Aun cuando estaba en la cruz, aun cuando había sido abandonado por Su Padre, Jesús lo llama “Mi Dios” —palabras que en la Biblia denotan el lenguaje de un pacto y que comunican intimidad. Aun cuando fue abandonado, Jesús seguía obedeciendo. El poeta George Herbert, refiriéndose a la cruz como un árbol escribe de forma hermosa cómo la desobediencia del primer Adán fue vencida únicamente a través de la obediencia mayor y más difícil del segundo Adán. Herbert se imagina a Jesús hablando de la cruz, diciendo:

Oh, todos ustedes que pasan por aquí, deténganse y vean;
El hombre el fruto robó, pero Yo debo subir al árbol;
Al árbol de vida para todos, pero no para Mí:
¿Alguna vez hubo dolor como el Mío?

Regresemos a esa aparente enseñanza esotérica sobre la obediencia pasiva y activa de Cristo. Si Jesús hubiera muerto únicamente la muerte que debía morir, si yo quisiera asegurarme de que el Padre no solo me perdonó sino que también me amó profunda y completamente, sería justo pensar que ahora es mi responsabilidad vivir una vida moral ejemplar. Mis pecados serían perdonados, pero la opinión de Dios sobre mí dependería solo de mi moralidad.

Sin embargo, Jesús no murió únicamente la muerte que debíamos morir; también vivió la vida que nosotros debíamos vivir. Un ministro escocés, Robert Murray M'Cheyne, solía decir: “Jesús no es solo un salvador que murió por nosotros; también es un salvador que obra por nosotros”. Cuando creemos en Jesús, no solo recibimos los beneficios de Su muerte. No es solo que nuestros

pecados han sido perdonados, sino que los beneficios de Su obediencia también se nos transfieren. Eso quiere decir que Su justicia es acreditada a nuestro favor (algunos teólogos usan el término financiero *imputado*) al igual que Su sacrificio. En 2 Corintios 5:21, Pablo dice: “Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en Él recibiéramos la justicia de Dios”. Cuando creemos en Jesucristo, Dios nos ve como justos. Dios nos ve como obedientes. Nos ve en nuestro abogado. Nos ve haciendo bien como lo hizo Jesús, no solo en Su muerte.

¡Contempla la belleza y el poder de lo que Jesús hizo! ¿Qué clase de honor merece tal valor, tal nivel de amor y de sacrificio? Ese es el honor que recibimos cuando creemos en Cristo. Hace algunos años, en un programa televisivo de detectives, vi la historia de un hombre en sus ochenta años, un exinfante de la marina que había sido acusado de un crimen. Dos fornidos policías militares y un abogado naval gruñón arrestaron al anciano. Aun hablaban entre sí cuando de pronto uno de los amigos del hombre estira la mano y le mueve su corbata, dejando descubierta la medalla de honor del congreso que había ganado hacía décadas en Iwo Jima. Al ver la medalla, los abogados y policías inmediatamente se enderezan a la posición de firmes. Es claro que no lo estaban honrando a él personalmente. Tal y como ellos lo veían, era posible que fuera un criminal y seguramente un fracaso en muchas áreas de su vida. Pero por la medalla —que representaba no solo sus actos sacrificiales sino también los actos de valor de cientos en el servicio militar durante siglos— lo trataron con honor. Esto es solo un indicio parcial de lo que nos sucede a la luz de la obediencia activa de Cristo. No somos como prisioneros que han sido liberados y se les da un pasaje para subir al autobús y llegar al centro de la ciudad. No, somos como prisioneros que han sido liberados y galardonados con la medalla de honor, con todos los derechos y beneficios que esto conlleva. No solo se nos da perdón y libertad, sino también amor y deleite. Esa es la obediencia activa de Jesús obrando en nosotros. Aun cuando Jesús ha obedecido a Dios con una vida perfecta en todos los aspectos, Su obediencia activa enfrenta un monumental desafío aquí en el jardín. Es por eso que es tan importante que veamos la belleza de Su respuesta a esto antes de que ya no hubiera oportunidad de retractarse.

Ahora bien, ¿qué diferencia hace esto en nosotros? ¿En qué nos ayuda a ver a Jesús sufrir algo que nosotros nunca experimentaremos? En primer lugar, en el jardín Jesús es un modelo incompa-

rable de integridad. En la oscuridad, cuando nadie está viendo, sabiendo que había sido llamado a hacer lo más difícil que jamás alguien haya hecho, aun en ese momento Jesús hace lo correcto. Él hace lo mismo en la oscuridad y en privado que lo que hace a plena vista al día siguiente. Permíteme preguntarte algo: ¿eres la misma persona en la oscuridad y en la luz? ¿Eres el mismo en privado y en público? ¿O estás viviendo una vida doble?

En segundo lugar, Jesús no es solo un gran modelo de integridad; también es un gran modelo de oración. Lo más asombroso de Jesús es que al mismo tiempo es honesto sobre Sus sentimientos y deseos, y absolutamente sumiso a la voluntad de Dios. Es completamente honesto —no se pone un antifaz piadoso. El Hijo de Dios le dice tres veces al Padre que prefiere evitar el plan de salvación. No hay nada encubierto. Y sin embargo, dice sin vacilar: “No se haga Mi voluntad, sino la Tuya”. El propósito central de la oración no es doblar la voluntad de Dios a la mía, sino moldear mi voluntad a la Suya. Jesús es guiado por la voluntad de Dios, y aun así es humano y honesto al mismo tiempo. Permite que esta sea tu guía de oración. No debes reprimir tus sentimientos ni ser gobernado por ellos. La mayoría de las personas escogen uno o lo otro, pero no ambos.

En tercer lugar, en el jardín tenemos un tremendo ejemplo de paciencia hacia las personas. En el relato de Mateo, Jesús regresa a Sus discípulos y les dice: “¿No pudieron mantenerse despiertos conmigo ni una hora?” (Mateo 26:40). Aquí tenemos a un hombre agobiado por el mayor peso posible, pidiéndoles a Sus amigos que lo apoyen, pero estos se quedan dormidos. Es decepcionante, pero ¿qué les dice? Mateo registra Sus palabras: “El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil” (Mateo 26:41). ¿No es extraordinario? Jesús les da un poco de crédito. Dice: “Me fallaron, pero sé que tenían buenas intenciones”. Aun en la profundidad de Su agonía puede encontrar algo con qué afirmar a Sus amigos. Es evidente que el desempeño de Sus discípulos no fue óptimo esa noche, pero Jesús encuentra una o dos cosas que hicieron bien. “Y habiendo amado a los Suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 13:1).

Así que Jesús es un gran modelo de cómo vivir, cómo orar y cómo relacionarse con las personas. Pero recuerda que si Jesús es *únicamente* un modelo para nosotros, esas nos son muy buenas noticias ya que Él es demasiado bueno. Nadie podría alcanzar Su estándar. Jesús no solo vino para ser un modelo, sino el Salvador. Él nos cambia de adentro hacia afuera para que poco a poco sea-

mos transformados a Su imagen. No solo nos dice cómo vivir; nos da el poder para vivir de esa manera. La paradoja es que es solo cuando lo vemos como un sustituto en lugar de un ejemplo que podemos tener la habilidad de vivir de acuerdo a Su ejemplo.

¿A qué me refiero? Míralo allí en el jardín. Jesús hace todo esto no solo como ejemplo sino como sustituto, y lo hizo por ti. Saber esto hace que Su sufrimiento sea personal para ti. Te puede dar nuevas fuerzas para enfrentar tus propios problemas, para deshacerte de la autocompasión paralizante y la falta de determinación. Medita en Dios. Medita en cómo tuvo que pasar la copa bajo la nariz de Jesús, diciendo: “¿Seguro que harás esto por estas personas?” Y Jesús responde: “Sí”. Cuando sientas lástima por ti mismo y digas: “No, qué copa la mía”, puedes decirte a ti mismo: “¡Pero nada se compara con Su copa! Lo que estoy sufriendo en nada se compara con lo que Él sufrió”. Y así puedes orar algo como esto: “Señor, fuiste paciente en Tu infinito sufrimiento por mí. Ayúdame a ser paciente en este pequeño sufrimiento”.

La enseñanza de la obediencia activa de Cristo también transforma tu concepto de ti mismo y te da una nueva identidad. Jesús no solo te ha perdonado; también te ha dado Su “medalla de honor”. Cuando crees en Jesús, no solo eres perdonado, sino que también eres hermoso para Dios. Eres justificado. Ahora bien, ¿cómo lidiamos con la crítica y el fracaso? No debemos ver lo que somos en nosotros mismos, sino lo que somos en Él. Muchas veces cuando nos equivocamos, nos damos cuenta después de reflexionar de que estábamos intentando guardar las apariencias, anhelando ser aprobados por los demás. En otras palabras, intentamos mostrar a otros que somos hermosos, importantes y justos —aunque no usamos esos términos. Intentamos sentirnos importantes y decentes, en lugar de permitir que Jesús lleve la carga de nuestra importancia. Si realmente comprendiéramos cuánto Dios nos ama en Cristo, podríamos enfrentar la desaprobación y el fracaso con tranquilidad.

Pero hay algo más que este pasaje nos regala. Conozco ciertas personas que han dicho: “Me gustaría seguir a Cristo, pero no creo que pueda. No confío en mí mismo. Creo que Él se cansaría de mis errores”. Por favor míralo a Él en el jardín. Mira lo que Su amor le ha permitido soportar por ti. Si Jesús le hubiera dado la espalda al sufrimiento y la cruz, estaríamos perdidos, pero no lo hizo. El infierno se derramó sobre Él, y no nos soltó de Su mano. Su amor por nosotros ya ha soportado todo lo que el universo podía arrojar sobre Él, y aun así nos sostuvo en Su mano. ¿Tú

crees que de alguna manera lo pudieras perturbar? ¿Crees que Jesús te mirará y dirá: “¡Ya no aguanto más! ¡Puedo soportar el tormento infernal de la copa, pero a ti no!”?

Si la copa no lo hizo renunciar a nosotros, nada lo hará. Por eso, Pablo puede decir que nada “podrá apartarnos del amor... en Cristo” (Romanos 8:38-39). El Señor dice: “Nunca te dejaré; jamás te abandonaré” (Hebreos 13:5). Este es el amor que has estado buscando toda tu vida. Este es el único amor que no te defraudará. Este es el amor a prueba de fuego. Lo que tu alma anhela no es el amor de un amigo, ni el reconocimiento personal, ni el amor de pareja, ni siquiera el amor romántico. Este es el amor que estás buscando, aun en esas otras búsquedas. Y si este amor de obediencia activa es una realidad activa en tu vida, serás una persona de integridad, serás una persona de oración, serás amable con los que te maltratan. Si tienes este amor, serás un poco más como Jesús. Contéplalo. Ve cómo muere en la oscuridad por ti. Permítele moldearte a Su imagen.

NUEVE



A LA DIESTRA DEL PADRE

¿Por qué ascendió Jesús al cielo?

Y así llegamos a la última obra de Jesucristo sobre esta Tierra —Su ascenso a la diestra del Padre en el cielo— y quizás es el más misterioso de todos los eventos que hemos visto. Primero, por supuesto, la ascensión fue enigmática para los discípulos que la presenciaron. Probablemente fue el milagro más inesperado de todos los que habían visto. En Hechos 1:9-11 leemos: “Habiendo dicho esto, mientras ellos lo miraban, fue llevado a las alturas hasta que una nube lo ocultó de Su vista”. Al ascender al cielo los apóstoles permanecieron viendo los cielos como un venado mira los faros de un auto, sin comprender lo que estaba pasando. “Ellos se quedaron mirando fijamente al cielo mientras Él se alejaba. De repente, se les acercaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: ‘Galileos, ¿qué hacen aquí mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse’”. No estamos completamente seguros qué estaban pensando los discípulos al contemplar las nubes, pero los dos ángeles tuvieron que darles un suave regaño. “¡Despiértense, hombres!”, decían los ángeles. “Jesús se fue, pero un día regresará, y hasta entonces hay mucho trabajo por hacer. Así que apresúrense”. Obviamente, los apóstoles estaban contemplando el significado de todo esto desde el momento en que sucedió.

Pero la ascensión también es algo desconcertante para nosotros. Y para nosotros la pregunta no es tanto ¿qué sucedió?, sino ¿por qué sucedió? ¿Qué impacto tiene esto sobre nuestras almas y sobre la forma en la que vivimos? Por supuesto, es lógico pensar que si Jesús descendió en la encarnación, tarde o temprano ascendería. Pero a simple vista no es muy evidente cómo la ascensión afecta nuestra salvación y la manera en la que vivimos.

En realidad, el efecto de este evento es enorme. La ascensión, cuando la entendemos, llega a ser un recurso importante e irremplazable para nuestras vidas. Es un recurso que ninguna otra religión o filosofía nos puede dar. Entonces exploremos lo que los apóstoles con el tiempo comprendieron, y que registraron en varios lugares del Nuevo Testamento. En primer lugar, analizaremos lo que la ascensión es a nivel teológico, y luego veremos qué significa para nosotros en la práctica.

Primero, ¿qué es la ascensión? No es solo el regreso de Jesús de la Tierra al cielo. Es una nueva coronación para Jesús, marcando el comienzo de una nueva relación con nosotros y con el mundo entero.

Comencemos pensando en lo que *no* es la ascensión. La ascensión no es simplemente el hecho de que Jesús dejó la superficie de la Tierra. No se trata tanto de Su salida de la Tierra, sino más bien de Su entrada al cielo. ¿Recuerdas que el primer ministro de la Unión Soviética dijo en 1961 que su piloto había ido al cielo y no vio a Dios allí y que, por tanto, era probable que Dios no existiera? Eso revela una comprensión de la ascensión al cielo como un cambio de altitud, tal como pensar que Cristo y el Padre están en algún lugar del espacio exterior. Ahora bien, la Biblia sí habla sobre “los cielos” como cuando el Salmo 19 habla de “los cielos [el sol, luna y estrellas] cuentan la gloria de Dios”. Pero Jesús no subió al cielo de las estrellas y los planetas. Él fue al lugar celestial. Y eso es algo mucho más profundo que una órbita en el espacio exterior.

De hecho, la palabra *ascender* es probablemente el lugar correcto para comenzar. Sabemos que significa ir hacia arriba, como cuando un avión despegue, pero por lo general somos muy cuidadosos cuando usamos la palabra para referirnos a una persona. Por ejemplo, podríamos decir “él ascendió la escalera”, pero usualmente no usamos esa palabra para describir algo así. En vez de eso, diríamos que subió la escalera. Pero sí usaríamos la palabra para describir una coronación. Cuando alguien llega a ser rey o reina, existe una ceremonia en donde la autoridad le es oficialmente transferida. La persona literalmente camina a una plataforma, sube los escalones y se sienta en un trono, en un asiento más alto. Y decimos: “El rey ascendió al trono”. La palabra *ascendió* quiere decir más que solo un cambio de elevación. No es que una persona esté físicamente en un plano más elevado que todas las demás, sino que ahora tiene una nueva relación con ellas, y tiene nuevos poderes y privilegios de autoridad. Los escalones y el trono son simbólicos.

Si viajaras a Londres y pudieras encontrar la Silla del Rey Eduardo en la Abadía de Westminster, la cual ha sido utilizada en las coronaciones de los reyes y reinas de Gran Bretaña por los últimos ochocientos años, si literalmente subieras esos escalones y te sentaras en ese trono, no significaría que ya eres parte de la realeza. (Por cierto, probablemente te sacarían a patadas de la Abadía). El punto es que ascender a un trono no se define por un cambio de elevación física (aun cuando esto sucede en la ceremonia), sino más bien por un cambio en el estado legal y relacional. El hecho de subir y sentarse en el trono no convierte a nadie en monarca. Y una persona podría llegar a ser monarca de Inglaterra sin llegar a sentarse en esa antigua silla.

Ahora bien, si Jesús solo quería regresar al Padre, pudo simplemente haber desaparecido. Hubo otras veces en las que se desvaneció de la vista, como con los discípulos en el camino a Emaús. Sin embargo, en la ascensión, Jesús se eleva literalmente en las nubes y desaparece en la distancia hacia los cielos. ¿Por qué lo hizo de esa forma? Solo podemos especular, pero podría ser por la misma razón por la que nosotros tenemos una ceremonia de coronación. La elevación en el espacio simboliza la elevación a nivel relacional y autoritario. Jesús estaba trazando físicamente lo que estaba sucediendo a nivel cósmico y espiritual.

¿Y qué era lo que estaba sucediendo? Jesús tomaría, ahora como el único Dios encarnado — completamente humano y completamente Dios— Su lugar como el nuevo Rey y Patriarca de la raza humana. Aquí es dónde la teología cristiana puede llevarnos a los límites de nuestro pensamiento e imaginación.

Cuando el eterno Hijo de Dios “se hizo carne”, llegó a ser completamente humano. Aparte de ser vulnerable, sujeto al sufrimiento y a la muerte, Jesús estaba confinado por el tiempo y el espacio. Incluso después de Su resurrección, vemos que Jesús fue tocado y también comió. En Lucas 24:39, Jesús dice: “Un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que los tengo Yo”, demostrando que seguía teniendo una naturaleza humana. Sin embargo, Jesús sí había cambiado en ciertos aspectos. Ahora lo vemos atravesando puertas cerradas (Juan 20:19) y desaparecer (Lucas 24:31). Su naturaleza humana sigue siendo humana, pero ha sido transformada. Entonces aquí tenemos una imagen de nuestro propio futuro. Pablo dice que Jesús es “los primeros frutos” de los que murieron (1 Corintios 15:20). Aquellos que creen en Jesús, al final serán resucitados como Él lo fue. Tendremos cuerpos humanos, pero serán restaurados y mejorados al estado en el que se encontra-

ban antes de que el pecado y la maldad nos invadieran. Serán cuerpos que no estarán sujetos a corrupción ni descomposición. Es evidente que nuestros cuerpos también tendrán muchos nuevos poderes y sentidos que ahora no podemos imaginar.

Ahora bien, en la ascensión otro cambio tomó lugar. Cuando Jesús vivió en el mundo del tiempo y el espacio, solo podía estar en un lugar a la vez. Si querías escucharlo, relacionarte con Él o conocerlo, tenías que estar en ese lugar y en ese momento. Pero en la ascensión Jesús abandona el mundo del espacio y el tiempo e ingresa a la presencia del Padre. Aún es humano, aún es nuestro segundo Adán (1 Corintios 15:22) y aún continúa siendo nuestro abogado. Sin embargo, ahora que ha sido glorificado, todo lo que hace tiene un alcance cósmico. Un himno habla de “copiosas heridas, aún visibles, glorificadas en belleza”.³¹ Louis Berkhof, en su *Teología Sistemática*, menciona que Jesús “pasó a la plenitud de la gloria celestial y fue adaptado perfectamente para una vida en el cielo”.³² Como resultado, cualquier limitación espacio-temporal para proseguir con Su obra ha terminado. Ya no es necesario ir a una ubicación geográfica para ser ministrado por Él. Jesús aún continúa haciendo las cosas que hacía antes, pero ahora, después de la ascensión, tiene acceso a cualquier persona, en cualquier lugar y en todo tiempo. La ascensión no significa una pérdida de Su intimidad, liderazgo y abogacía; significa la magnificación y disponibilidad infinita de todos estos elementos.

Para explicar esto en términos teológicos, Jesús ahora (desde el cielo) “participa activamente en la continuación de Su obra mediadora”³³ por todo el mundo. Jesús aún es nuestro profeta, enseñando e instruyéndonos con Su Palabra, pero ahora lo hace en todo lugar, a través del Espíritu Santo. Aún es nuestro rey, pero ahora guía y dirige a Su iglesia entera a través de los dones espirituales que le ha dado a Su pueblo (Efesios 4:4-16) —dones de liderazgo, servicio, misericordia, enseñanza, administración y generosidad. Y aún es nuestro sacerdote, aconsejándonos y apoyándonos, pero ahora nos representa en la misma presencia del Padre.

En Mateo 26:64 y Hechos 2:33-36, la Biblia dice que Jesús ascendió “a la derecha del Todopoderoso”. En tiempos antiguos quien se sentaba a la diestra del trono era como el primer ministro del rey; aquel que ejecutaba Su autoridad y mando real en las leyes y en las políticas. Por tanto, esto nos dice que Jesús ascendió para comenzar Su reinado. Pero la idea de que la ascensión es

una coronación requiere ciertas aclaraciones. Jesús siempre ha sido rey —siempre ha tenido autoridad sobre nosotros debido a que Él es Dios. Pero ahora en la ascensión, como el Dios-hombre resucitado, Jesús comienza Su trabajo como cabeza celestial de la iglesia, y ahora reina sobre todos los otros gobiernos y poderes —de hecho, “como cabeza de *todo* a la iglesia” (Efesios 1:21-22). Jesús hace esto específicamente a través de la obra del Espíritu Santo; obra que Jesús presentó con detalle a Sus discípulos la noche antes de morir (Juan 14—17). También significa que Él reina y controla toda la historia, llevándola hasta su glorioso final, donde la iglesia, el nuevo pueblo de Dios, será final y completamente liberado y, junto con ellos, el mundo entero será renovado (Romanos 8:18). La Biblia dice que en ese tiempo no habrá más sufrimiento, maldad ni muerte, ya que la obra salvadora y restauradora de Jesús habrá sido completada. En palabras sencillas, Jesús dirige un plan de transición cósmica, uno que traerá un cielo nuevo y una tierra nueva (Isaías 65:17-25). Jesús, como el Señor resucitado, está esparciendo el evangelio y construyendo Su iglesia, trabajando en los corazones de las personas y, al mismo tiempo, orquestando todos los eventos de la historia hacia un glorioso final.

Entonces esto es lo que la ascensión es. Pero ¿qué significa para nosotros en la práctica? ¿Cómo afecta la manera en que vivimos? Significa más de lo que podemos contar y explorar en este capítulo. Pero consideremos tres aspectos importantes.

Primero, el Cristo resucitado es un Jesús que está disponible para tener una relación entrañable con nosotros. Como ya vimos en el capítulo 5, cuando María Magdalena encontró al Cristo resucitado cerca de la tumba vacía, se afianzó a Él. Veamos este acontecimiento una vez más.

Cuando ella se aferró a Él, Jesús le dijo: “Suéltame, porque todavía no he vuelto al Padre” (Juan 20:17). ¿Qué quiere decir esto? Algunas personas asumen que Jesús está diciendo: “No debes tocarme”, como si fuera demasiado sagrado. El problema con esta teoría es que, más tarde, en este mismo capítulo, Jesús invita a Tomás a tocarlo. Así que ¿qué es lo que Jesús quiere decir? Literalmente, Jesús dice “no me agarres”, y el verbo es una palabra que quiere decir apretar fuertemente. María lo había sujetado con toda su fuerza. Es probable que ella estuviera pensando que había perdido su preciada relación con su maestro cuando Él murió, y ahora que estaba vivo no iba a permitir que se perdiera de nuevo.

Pero estaba equivocada. Cuando Jesús dijo: “Suéltame, porque todavía no he vuelto al Padre”, estaba indicando que después de su ascensión ella tendría acceso a una relación aún más fuerte. ¿Por qué? Porque, literalmente, nunca la abandonaría. Ahora estaría siempre en Su corazón. Básicamente, esto es lo que creo que Jesús estaba diciendo: “María, puedo entender por qué no quieres perder a tu mentor y tu amigo de nuevo. Pero si realmente comprendieras lo que está sucediendo, te darías cuenta de que después de Mi ascensión seré tuyo para siempre. Si me quedo, existe una posibilidad de que me pierdas. Alguien podría arrojarte a la cárcel, y Yo no estaría ahí. Pero si ascendiendo al Padre, me tendrás contigo para siempre. Si alguien te encerrara en el calabozo más profundo y oscuro, allí estaré contigo. Tendrás esa intimidad que tanto anhelas; tendrás ese compañerismo. Nada, jamás, podrá separarme de ti”.

San Agustín lo dijo de la siguiente manera: “Ascendiste frente a nuestros ojos y nos dimos la vuelta afligidos, solo para encontrarte en nuestros corazones”.³⁴ Jesús le está diciendo a María: “Puedes soltar Mi mano, porque puedo darte algo mucho mejor que Mi mano en tu mano. Puedo poner Mi corazón en tu corazón”.

Yo sé que esto puede sonar sentimental. Estamos acostumbrados a este tipo de lenguaje en películas y canciones, y cuando lo uso aquí, tu mente naturalmente cambia de categoría a ficción romántica. Pero lo que Jesús hace posible en Su ascensión es algo completamente diferente a esas escenas. Él es el único con la capacidad de cumplir Su promesa de estar con nosotros por la eternidad y lo que promete es algo mucho más profundo que el romanticismo. La Biblia enseña que Jesús usa Sus poderes desde Su trono para “elevar nuestros afectos” hacia Él.³⁵ Efesios 2:6 dice que ya que los creyentes en Cristo estamos unidos con Él, de alguna forma misteriosa ya estamos “sentados... en las regiones celestiales”. Por lo menos esto significa que a través del Espíritu Santo nuestros afectos —los anhelos y deseos más profundos de nuestro corazón— pueden ser completos y satisfechos en Cristo de forma poderosa.

Y en verdad me refiero a una forma muy poderosa. El gran pastor y teólogo del siglo dieciocho, Jonathan Edwards, escribió un “recuento personal” que describe su vida de oración y meditación. Esto es lo que escribió:

A menudo solía retirarme a un lugar solitario, a las orillas del río Hudson, a cierta distancia

de la ciudad, para contemplar las cosas divinas y conversar en secreto con Dios. Tuve muchas horas dulces allí... En otras ocasiones me deleitaba grandemente en las Sagradas Escrituras, en cualquier libro. Muchas veces cada palabra del libro que leía parecía tocar mi corazón. Sentí una armonía en mi corazón y en aquellas dulces y poderosas palabras. Con frecuencia parecía ver tanta luz exhibiéndose en cada oración, y tan refrescante comida comunicaba que debía detenerme un poco. A menudo permanecía en una sola línea para ver las maravillas que contenía, y aun así cada palabra parecía estar llena de maravillas...³⁶

Este es un relato de uno de los momentos más sublimes que Edwards tuvo con Cristo:

Una vez, mientras caminaba por el bosque por mi bienestar físico en 1737, después de haber desmontado mi caballo en un lugar retirado como usualmente lo hacía para caminar en contemplación y oración, tuve una visión que para mí fue extraordinaria. Vi la gloria del Hijo de Dios, el mediador entre Dios y el hombre, y de Su maravillosa, pura y dulce gracia y amor, de Su mansa y suave condescendencia. Esta gracia, que parecía tan dulce y tranquila, parecía también grande y por encima de los cielos. La persona de Cristo aparecía inefable y excelsa, con una excelencia suficiente para ocupar todos mis pensamientos e ideas, lo que continuó por una hora aproximadamente manteniéndome por la mayor parte del tiempo en una inundación de lágrimas. Sentí un ardor en el espíritu de algo que no sé cómo expresar, vacío y aniquilado; de postrarme en el polvo y ser lleno únicamente de Cristo, de amarlo con un amor puro y santo; de confiar en Él, de vivir para Él, de servirlo y seguirlo, y de ser perfectamente santificado y purificado con una pureza divina y celestial. En otras ocasiones he tenido destellos muy similares y que han tenido el mismo efecto.³⁷

Ahora, tal vez pienses: “Bueno, supongo que siempre han existido unos pocos santos inusuales —personas especiales que tienen una relación estrecha con Jesús”. Pero eso demuestra que aún no has comprendido la verdad de la ascensión. Pablo dice que el amor de Cristo ha sido “derramado... en nuestro corazón” (Romanos 5:5) como una de las marcas del cristianismo y sigue diciendo que es porque Jesús “está a la derecha de Dios e intercede por nosotros” (Romanos 8:34) que

nada nos puede separar de Su amor. Porque Cristo ascendió, ahora podemos conocer Su presencia mediante el Espíritu Santo. Su presencia no es solo para un grupo selecto de santos que están en sintonía mística con Jesús. ¡No! Jesús ha ascendido al cielo saliendo de la esfera del tiempo y el espacio para poder entrar en la vida de cualquiera como una realidad viviente y brillante.

Segundo, el Cristo resucitado no es solo un Cristo personal; también es un Cristo supremamente poderoso. Cristo controla todas las cosas a favor de Su iglesia. Por tanto, puedes enfrentar el mundo con paz en tu corazón. Efesios 1 dice que el Padre “levantó a Cristo de los muertos y lo sentó en el lugar de honor, a la derecha de Dios, en los lugares celestiales. Ahora Cristo está muy por encima de todo, sean gobernantes o autoridades o poderes o dominios o cualquier otra cosa, no solo en este mundo sino también en el mundo que vendrá. Dios ha puesto todo bajo la autoridad de Cristo, a quien hizo cabeza de todas las cosas para beneficio de la iglesia” (*NTV*). Observa la frase *para beneficio*. Efesios 1 está diciendo que el hombre que murió por ti esta ahora a la diestra del trono divino, pero está allí como director ejecutivo de la historia, dirigiendo todo para el beneficio de la iglesia. Si eres parte de Su iglesia, todo lo que sucede en el mundo, en última instancia, sucede por tu bien.

El Catecismo de Heidelberg del siglo diecisiete fue producido por las primeras iglesias protestantes en Alemania para que sirviera como un resumen de la enseñanza bíblica, y la Respuesta 46 establece que Cristo fue llevado al cielo y “*continúa allí para nuestro beneficio* hasta que regrese otra vez a juzgar a los vivos y a los muertos”. Esto resume lo que Pablo dice en Efesios 1. La ascensión de Jesús no fue solo un gran honor para Él, ¡sino también para nosotros! Jesús ascendió al cielo a terminar las cosas para nuestro beneficio. El otro texto clásico sobre este atributo de Jesús es Romanos 8:28: “Y sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos” (*NTV*). En este versículo es importante observar la palabra *cooperen*. No nos permite salir con las típicas frases de cajón de “pensamiento positivo”. Pablo no está diciendo que cada cosa mala que sucede es buena para ti o que solo tienes que mirar todo del lado positivo. No. Está diciendo que desde el punto de vista de la eternidad, al voltear y ver toda la historia, será claro que aun las cosas malas que sucedieron en el mundo fueron incorporadas y usadas por Dios para que al final logran lo opuesto de lo que

pretendían. Veremos que las cosas malas, en última instancia, nos trajeron más gloria y beneficio que si no hubieran sucedido.

Un pequeño ejemplo de esto lo observamos en el caso de los hermanos de José. Ellos le causaron gran daño a José, pero al final el mismo José les dice: “Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien” (Génesis 50:20). Otro ejemplo es la historia de Job. En el comienzo del libro Satanás recibe permiso de Dios para atacar a Job. Pero al final los planes de Satanás sirven únicamente para producir una parte de la Biblia que ha ayudado a millones de personas durante siglos a permanecer fieles a Dios ante el sufrimiento. No era lo que Satanás planeaba, ¿verdad? Siempre será así. El último caso de este principio es Jesús mismo, en Su rechazo, traición, tortura y muerte. Cuando las fuerzas de la oscuridad se desataron para destruirlo, únicamente lograron destruirse a sí mismas (Colosenses 2:15).

Decir que Jesús hace que *todo* coopere para bien no solo significa que las cosas malas son parte de Su plan, sino también las pequeñas. Cuando yo estaba en el seminario, preparándome para el ministerio, no estaba seguro de a cuál denominación debía entrar. Parte de la razón era que estaba inseguro de lo que creía sobre ciertas cuestiones, como el bautismo y la predestinación. Durante mi último semestre en el seminario tuve un profesor que me convenció de la posición presbiteriana en varias cuestiones. Esto me abrió la puerta para que llegara a ser presbiteriano. Y eso con el tiempo me condujo a mi llamado a comenzar una nueva congregación en Manhattan, llamada Redeemer Presbyterian Church. Cuando enseño “El plan de Dios”, por lo general me gusta usar esta ilustración:

La razón por la que hoy estoy en la ciudad de Nueva York (les digo a las personas que me escuchan en la ciudad) es porque un maestro específico del seminario me convenció de entrar al ministerio presbiteriano. Mi profesor estaba enseñando ese semestre porque, como ciudadano británico, le habían otorgado una visa para enseñar en los Estados Unidos. Tuvo muchas dificultades para obtener esa visa y casi se había dado por vencido de venir a los Estados Unidos hasta que alguien en el Departamento del Estado le ayudó con su solicitud. Eso fue posible gracias a que un miembro de la familia que entonces estaba en la Casa Blanca asistía a nuestro seminario. Esa familia estaba en la Casa Blanca debido a que el presidente anterior tuvo que renunciar. El anterior presidente

tuvo que renunciar por el escándalo de las intervenciones en las líneas telefónicas de Watergate. El escándalo Watergate salió a la luz debido a que una noche un vigilante encontró una puerta abierta. Si la puerta hubiera estado bien cerrada, y el escándalo no hubiera salido a la luz, entonces los cambios en el gobierno no hubieran ocurrido, y yo nunca hubiera estado en la clase de ese profesor.

En este punto le pregunto a mi auditorio: “¿Están contentos por la existencia de la Iglesia Redee-mer?”. Cuando ellos asienten, les respondo: “Entonces el escándalo Watergate sucedió para el bien de ustedes”. Por supuesto que también sucedió para, literalmente, millones de razones más. Los planes de Dios son mucho más complejos que nuestros pensamientos. Pero esto quiere decir, al final de cuentas, que puedes relajarte y estar en paz. El hombre que murió por ti, que aún tiene las marcas de los clavos en Sus manos —las marcas de Su sufrimiento— está en control de todo a la diestra del Padre. ¿Puedes relajarte? ¿Estás ansioso? ¿Sientes que no puedes mantener todo en orden; que tienes que seguir haciendo malabares con tantos asuntos en tu vida? Entonces no has creído en la ascensión o no la estás usando como recurso.

Finalmente, el Cristo resucitado garantiza tu perdón y tu aceptación, y te recuerda que el Padre se deleita en ti. De acuerdo al Nuevo Testamento, la ascensión de Jesús significa que Él es nuestro sumo sacerdote y que nos representa ante el trono de la justicia divina. Pablo lo describe en lenguaje legal, diciendo que Jesús “intercede” por nosotros. Esto es lo que les prometió a los discípulos que haría como nuestro abogado; y la ascensión le permite cumplir Su promesa. Así es como lo expresa Hebreos 7 y 1 Juan 2:

[Tenemos] un sumo sacerdote así: santo, irreprochable, puro, apartado de los pecadores y exaltado sobre los cielos. A diferencia de los otros sumos sacerdotes, Él no tiene que ofrecer sacrificios día tras día, primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo; porque Él ofreció el sacrificio una sola vez y para siempre cuando se ofreció a Sí mismo... Por eso también puede salvar por completo a los que por medio de Él se acercan a Dios, ya que vive siempre para interceder por ellos (Hebreos 7:26-27, 25).

Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo. Él es el sa-

crificio por el perdón de nuestros pecados (1 Juan 2:1-2).

Estas metáforas —sacerdote, abogado, intercesor— extienden la misteriosa pero muy importante metáfora de Jesucristo a la diestra del Padre. Quien sea que esté a la mano derecha del trono tiene poder para ejecutar la voluntad del rey, pero esa persona también tiene, por decirlo así, el oído del rey. Y por tanto, si una persona o un asunto se presenta delante del tribunal, no existe un mejor abogado que aquel que está a la diestra.

Recuerda que si estuvieras en una corte, todo dependería de tu abogado de defensa, tu defensor. Si tu abogado es brillante, tú eres brillante. Si él gana su argumento, tú ganas el caso. Si tu abogado conoce la ley y es respetado por la corte, tu caso está en buenas manos. Así que cuando la Biblia dice que Jesús se presenta como tu abogado y representante delante del trono del universo, es una forma de decir que Él ascendió y no solamente para levitar en el aire.

No importa quién hayas sido o lo que hayas hecho. No importa cuán defectuoso o necio seas. Cuando los ojos del Padre te miran, ven al Jesús resucitado; cuando te escuchan, lo escuchan a Él. Cuando Dios te ve y te escucha, Él ve y escucha la belleza infinita de Su Hijo.

En el libro de los Hechos se nos cuenta la historia de Esteban, quien fue llevado a juicio bajo cargos falsos. Justo antes de morir apedreado, de repente, Esteban recibió una visión. “¡Veo el cielo abierto —exclamó—, y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios!” (Hechos 7:56). Esteban no ve a Jesús sentado a la diestra, sino de pie, abogando por él. Se dice que Esteban tenía el rostro de un ángel (Hechos 6:15). ¿Sabes por qué? Porque comprendía —especialmente en los últimos momentos de su vida— que aquel que murió por él era ahora quien lo representaba ante el tribunal del universo. Esteban sabía cuán vital era esta verdad, y esto le permitió despreocuparse de lo que los demás dijeran de él. Los veredictos de las cortes terrenales no importaban cuando la corte celestial ya lo había exonerado. Ese es el único veredicto que importaba, y es el único que permanece. No importaba si sus poderosos enemigos lo llamaban profano cuando a los ojos de Dios él sabía que era puro. Aquí vemos un hombre que verdaderamente entiende su identidad, y que es capaz de perdonar a aquellos que están por ejecutarlo (Hechos 7:60). ¿Por qué? Esteban comprendía el significado de la ascensión. ¿Y tú? Si crees en Jesús, entonces puedes confiar en que sigue intercediendo por ti.

¿Tienes este tipo de comunicación e intimidad con el Cristo resucitado? ¿Tienes la tranquilidad de espíritu que viene al saber que tu Salvador controla todas las cosas para tu bien estando a la diestra del Padre? ¿Tienes el gozo y la identidad que vienen al comprender que Cristo intercede por ti a la diestra de Dios? Jesucristo ascendió a la diestra del trono para ser nuestro profeta, rey y sacerdote. Él es nuestro amigo íntimo, nuestro líder y nuestro intercesor a escala cósmica. ¿Conoces a Jesús de esta manera? Si quieres vivir y morir con el mismo poder que Esteban tuvo, entonces sumérgete en la doctrina de la ascensión.

DIEZ



LA VALENTÍA DE MARÍA

¿Cómo responde María a Dios —y cómo lo harás tú?

En este capítulo final quiero que consideremos la historia de la anunciación —cuando los ángeles le anunciaron a María que daría a luz al Mesías. Este acontecimiento no es estrictamente hablando un evento de la vida de Jesús y, por supuesto, ocurre antes de todos los eventos que ya hemos examinado. Así que ¿por qué hemos de estudiarlo y por qué lo hemos dejado para el final? Quiero que examinemos cuidadosamente la respuesta de María al mensaje del ángel ya que, en algunos aspectos, María es como nosotros. Ella no había conocido al Cristo encarnado ni tampoco lo hemos hecho nosotros. Pero ella recibe un mensaje acerca de Él. Básicamente es el mensaje del evangelio; se le describe quién es Jesús y qué es lo que Él haría. María responde de una manera maravillosa. En su magnífico ejemplo, obtenemos una perspectiva crucial de cómo deberíamos responder a todas las cosas que hemos leído sobre Jesús en los primeros nueve capítulos de este libro.

Así relata la anunciación Lucas 1:

A los seis meses, Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, pueblo de Galilea, a visitar a una joven virgen comprometida para casarse con un hombre que se llamaba José, descendiente de David. La virgen se llamaba María. El ángel se acercó a ella y le dijo: —¡Te saludo, tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo.

Ante estas palabras, María se perturbó, y se preguntaba qué podría significar este saludo. —No tengas miedo, María; Dios te ha concedido Su favor —le dijo el ángel—. Quedarás encinta y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será un gran hombre, y lo lla-

marán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de Su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin.

—¿Cómo podrá suceder esto— le preguntó María al ángel—, puesto que soy virgen?

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con Su sombra. Así que al Santo Niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios. También tu parienta Elisabet va a tener un hijo en su vejez; de hecho, la que decían que era estéril ya está en el sexto mes de embarazo. Porque para Dios no hay nada imposible.

—Aquí tienes a la sierva del Señor —contestó María—. Que Él haga conmigo como me has dicho.

Con esto, el ángel la dejó. A los pocos días María emprendió el viaje y se fue de prisa a un pueblo en la región montañosa de Judea. Al llegar, entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet. Tan pronto como Elisabet oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre.

Entonces Elisabet, llena del Espíritu Santo, exclamó: —¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el hijo que darás a luz! Pero, ¿cómo es esto, que la madre de mi Señor venga a verme? Te digo que tan pronto como llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de alegría la criatura que llevo en el vientre. ¡Dichosa tú que has creído, porque lo que el Señor te ha dicho se cumplirá! (Lucas 1:26-45).

¿Qué aprendemos por las palabras del ángel sobre Jesús? El ángel lo llama Hijo del Altísimo. Ahora bien, en lenguajes antiguos podías llamarte hijo de alguien si te identificabas con una persona o creías firmemente en ella. En Juan 8 Jesús argumenta fuertemente con los líderes religiosos que se llamaban a sí mismos hijos de Abraham y de Dios, ¡y les dijo que eran hijos del diablo porque mentían como él! Pero este título implica mucho más que solo decir que Jesús era un simple seguidor de Dios, porque el ángel añade: “reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre”. ¿Para siempre? Y después —quizá porque sabe que María no puede creer lo que está escuchando— hace la misma declaración con otras palabras: “Su reinado no tendrá fin”. El ángel está confirmando que realmente será “para siempre”. Se da la promesa de que este niño que habría de nacer no será solamente un rey político, sino que tendrá un reino que permanecerá para siempre. Sin duda, lo que implica este pasaje es que será más que un simple mortal.

Después el ángel le dice a María: “el poder del Altísimo te cubrirá con Su sombra”. Esta es una declaración fascinante y misteriosa. “Te cubrirá con Su sombra. Así que al Santo Niño —literalmente el texto original solo dice ‘el Santo’— que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios”. Ahora el texto nos declara que este ser sobrenatural y eterno vendrá al mundo a través de un nacimiento milagroso y será llamado el Hijo de Dios —no solo porque Su carácter será semejante al de Dios, sino porque la misma naturaleza de Dios será implantada en María de forma física. Por tanto, quien nacería sería perfectamente santo, absolutamente sin pecado y viviría para siempre como un ser divino y humano. Es una declaración asombrosa y un resumen conciso de lo que ahora llamamos la *doctrina de la encarnación*: que Dios se hizo carne cuando el Hijo de Dios asumió la naturaleza humana y vivió en el mundo.

Un segundo aspecto que aprendemos es que Su nombre es Jesús, que significa “el Dios que salva”. No podría habersele dado un mejor nombre. Todo fundador de las religiones mundiales ha venido al mundo como ser humano y como una guía para mostrarnos el camino de la salvación. Ninguno proclamó ser Dios, ni redentor ni salvador. Pero la Biblia dice que Jesús es el camino a la salvación, que Él vivió la vida que tú deberías vivir e incluso sufrió la muerte que te tocaba sufrir a causa de tus pecados. Así, en el mismo nombre de este niño vemos la singularidad del cristianismo en general y de Jesús en particular. De nuevo, vemos un océano de verdad resumido en una frase concisa; en un nombre.

Este mensaje hace imposible decir que todas las religiones son básicamente lo mismo. En muchos círculos de nuestra sociedad es casi una “ortodoxia rígida” insistir en lo anterior. Algunos dicen que todas las religiones están igualmente equivocadas, mientras otras declaran que todas están igualmente en lo correcto. Entiendo completamente la motivación que les lleva a tomar esta postura. La intención es evitar el triunfalismo que muchas personas religiosas —incluidos los cristianos— han adoptado con resultados trágicos. Pero el argumento de que el cristianismo es fundamentalmente lo mismo que todas las demás religiones simplemente no funcionará. Casi cada página del Nuevo Testamento declara cosas acerca de Cristo que ninguna otra religión se atrevería a declarar sobre alguna persona. Son tan frecuentes que quizá no las notemos.

Veamos, por ejemplo, lo que Elisabet le dice a María. En el último versículo del relato ella afir-

ma que María es dichosa porque ha creído lo que el Señor le dijo a través del ángel, pero justo antes de eso le llama “la madre de mi Señor”. Eso es asombroso. ¿Cómo podía el hijo de María, que aún no había nacido, ser el Señor que le envió el mensaje sobre el niño no nacido? Recuerda que aquí Elisabet está profetizando bajo el poder del Espíritu Santo. Es muy probable que ella no comprendiera el significado de todo lo que está diciendo. Pero la implicación es clara —el bebé que está por nacer es el Señor Dios eterno, quien le envió el mensaje. Es una declaración sorprendente y asombrosa.

Recordemos que la idea hebrea sobre Dios era diferente a la idea de otras culturas. Cuando la Biblia habla sobre Jesús como alguien divino, eso no significa que Él tiene una mayor porción divina que todos los demás. Para los hebreos, Dios no era una fuerza impersonal que es parte de todo ser viviente, sino un único e infinito Creador que existe antes y sobre todas las cosas. Llamar divino a Jesús y al mismo tiempo sostener ese entendimiento de la divinidad es estupendo. Sin embargo, esa es la clave central de lo que decía Jesús sobre Sí mismo y es la base de todas Sus enseñanzas. Así que solo puedes decir que Jesucristo (como lo establece la Biblia) es el único Dios Creador que se ha hecho carne, lo que hace que el cristianismo sea una mejor revelación sobre Dios que cualquier otra religión. La otra opción es decir que Él estaba equivocado o que mentía, lo que hace de Él y de Sus seguidores la peor revelación de Dios en comparación con las otras religiones. Pero el cristianismo no puede ser solo una religión parecida a las demás.

Hace algunos años me encontraba en un panel de discusión con un clérigo musulmán hablando sobre nuestras diferencias frente a un grupo de estudiantes universitarios. Uno de los estudiantes continuaba insistiendo: “Bueno, ya los he escuchado por veinte minutos y quiero hacerles saber que simplemente no encuentro una diferencia real entre ustedes. No veo una diferencia entre las religiones. Parece que básicamente están diciendo que Dios es amor y que debemos amar a Dios y a todos los demás”. En nuestras respuestas hacia el estudiante, el clérigo y yo estábamos totalmente de acuerdo. Al primer vistazo parece adecuado decir: “Ambos se parecen”, pero cada uno de nosotros argumentaba gentilmente que el estudiante no prestaba suficiente atención para escuchar a las características distintivas de cada religión. Cada fe había hecho declaraciones particulares que contradecían las más profundas enseñanzas de las otras creencias. Por tanto, concluimos que aunque cada fe podía apreciar algo de sabiduría en la otra, ambos no podíamos tener la razón. El estu-

diante mantuvo su postura, diciendo que todas las religiones son básicamente lo mismo.

Irónicamente, el joven estudiante estaba siendo tan dogmático e ideológico como cualquier religión tradicional podría serlo. Estaba diciendo: “Yo tengo la correcta perspectiva de la religión, no tú. Yo puedo ver que ustedes son iguales, pero ustedes no pueden verlo. Yo entiendo las cosas espirituales, ustedes no”. Pero al hablar con él después, noté que era motivado por un miedo interno. Si él aceptaba que una religión hacía proclamaciones únicas, entonces tendría que decidir si esas declaraciones eran ciertas o no. Él no quería tener la responsabilidad de considerar y elegir. Esta actitud es común entre los jóvenes seculares. Me atrevo a decir que es una forma de inmadurez emocional. La vida está llena de decisiones difíciles y es inmaduro pensar que puedes evitarlas. Puede parecer que esa actitud te evita mucho trabajo, pero la idea de que todas las religiones son iguales es simplemente falsa. Toda religión, aun las que parecen ser más inclusivas, hacen sus proclamaciones particulares. Pero las proclamaciones de Jesús son particularmente perturbadoras, porque de ser ciertas no tenemos otra alternativa que adorarlo. La anunciación pone delante de nosotros la exclusividad de Jesús. Demanda una respuesta y muestra que hay mucho trabajo por hacer.

La anunciación asombró a María tanto por razones sociales como teológicas. En aquel tiempo, María probablemente tenía catorce años y era muy pobre. Podemos ver evidencia de su situación socio-económica cuando observamos a José ir al templo para circuncidar a Jesús. La ofrenda que se ofrecía en la ceremonia dependía de la clase social de la familia. Si pertenecías a la clase más pobre, simplemente ofrecías dos aves, y eso fue lo que hizo la familia de Jesús. María era una campesina y además enfrentaría la desgracia por la noticia que estaba recibiendo. Aun así, esta campesina pobre y embarazada es una de las personas más famosas de la historia humana. En contraste, muchos de nosotros seremos olvidados en un par de generaciones. ¿Qué la hace diferente? La diferencia es cómo responde ella a Dios y a Su mensaje. Ella hace cuatro cosas que a continuación analizaremos.

La primera cosa que María hace es pensar. Utiliza su razonamiento. En este punto nuestras traducciones no nos ayudan. Después de que el ángel se le aparece, el texto dice: “María se perturbó y se preguntaba qué podría significar este saludo” (Lucas 1:29). Pero el verbo *preguntarse* corres-

ponde con la palabra *deologista*, que significa utilizar la lógica, razonar con intensidad. Significa que María intentaba comprender cómo podía ser verdad lo que estaba escuchando.

Esto puede parecernos extraño. Nos gusta decir que hoy en día somos gente racional y científica —hacemos preguntas difíciles, usamos la lógica y exigimos evidencia empírica— y por tanto es imposible que creamos en la aparición de un ángel. Creemos que la gente del pasado era supersticiosa y no tenía problema para creer en lo sobrenatural. Asumimos que la gente de ese tiempo, al aparecersele un ángel, simplemente diría: “Claro, es un ángel. Hola. ¿Cuál es el mensaje, por favor?”. Es una forma arrogante y paternalista de ver a nuestros ancestros, sin mencionar lo equivocados que estamos al interpretar así el texto. Vemos a María luchando por entender y creer lo que está escuchando.

¿Por qué? Porque María era judía. Esta noticia ciertamente no encajaba en la mente de María —el mensaje decía que un ser humano sería divino. La idea de que el Dios del Monte Sinaí se haría humano era imposible de comprender y repugnante ante la mentalidad moral judía. (Esta es parte de la razón del porqué le resultaba difícil a María Magdalena y a los discípulos entender a Jesús cuando les decía repetidas veces que resucitaría). Entonces María tenía diferentes *tipos* de obstáculos racionales que una persona moderna puede tener, pero los que ella enfrentó son tan grandes como los nuestros. Era tan difícil para María creer el evangelio como lo es para nosotros hoy. La anunciación era y es un gran reto para todos los paradigmas y cosmovisiones. No existe lugar en el mundo y nunca ha existido un periodo en la historia en donde no se hayan encontrado enormes obstáculos para creer en la proclamación de que el Dios Creador del universo ha venido al vientre de una jovencita para nacer como ser humano. En ninguna época esta idea ha encajado con la sabiduría humana. Así que la anunciación requiere mucho trabajo intelectual; y María no lo elude. Ella hace lo que Jesús le pide a Natanael, el estudiante escéptico. Evalúa la evidencia, contempla las implicaciones del mensaje y concluye que es verdad. Si ella pudo hacerlo, nosotros también debemos estar dispuestos a utilizar nuestro intelecto para evaluar el mensaje cristiano.

La segunda cosa que hace María es expresar sus dudas abiertamente. Le dice al ángel: “¿Cómo podrá suceder esto, puesto que soy virgen?”. Nuevamente, María no es crédula. No dice: “Bueno, tú eres un ángel y todo esto es milagroso, así que simplemente lo aceptaré”. ¡No! Ella hace la pre-

gunta que cualquier persona racional haría. ¿Cómo podría ella tener un hijo si no está teniendo relaciones sexuales? Esta es una duda expresada abiertamente... ¡a un ángel! Esto muestra un deseo de ser honesta ante sus preocupaciones y preguntas. Ahora bien, creo que existen dos tipos de dudas: las dudas deshonestas y las dudas honestas. Las dudas deshonestas se acompañan de cobardía y orgullo; muestran desdén y pereza. Una duda deshonestas es decir: “¡Qué idea tan absurda!”, y después marcharte. “Eso es imposible” es una afirmación, no un argumento. Es una manera de librarse del trabajo de pensar. En contraste, las dudas honestas son humildes, porque te llevan a buscar respuestas y no solamente a levantar un muro. Al hacer una pregunta real, te haces vulnerable. La pregunta que le hace María al ángel es una solicitud de información y deja abierta la posibilidad de una buena respuesta que provoque un cambio de perspectiva. Las dudas honestas están dispuestas a creer. Si realmente estás buscando información y buenas respuestas, quizás las consigas.

Y aquí está lo que me parece fascinante. Si ella nunca hubiera expresado duda alguna, el ángel no hubiera pronunciado una de las declaraciones más maravillosas de la Biblia: “Para Dios no hay nada imposible” (Lucas 1:37). Estoy tan agradecido por la duda de María, ya que esa declaración ha sido de aliento y guía para mí durante años. Muchas personas han sido alentadas por estas palabras. Y la única razón por la que conseguimos esta revelación extra es porque María dudó. Cuanto más dispuesto estés a expresar dudas honesta y humildemente, más lejos llegarás. He visto a mucha gente que se rehúsa a realizar preguntas y se niega a expresar sus dudas. Algunos lo hacen debido a sus corazones endurecidos y otros lo hacen porque piensan que, de alguna manera, es una falta de respeto. Por favor, no temas expresar tus dudas y preguntas honestas.

La tercera cosa que hace María es rendirse completamente. Sí, en algún momento esto tenía que suceder. Después de escuchar que “para Dios no hay nada imposible”, ella da el siguiente paso. Se percata de que ciertamente “para Dios no hay nada imposible”. Es un buen argumento. ¿Crees en Dios, María? Sí. Bueno, entonces si existe un Dios que creó el mundo, que libró y protegió a tu pueblo a través de los siglos, ¿por qué no podría hacer esto? Eso fue coherente para ella. Por tanto, María dice: “Aquí tienes a la sierva del Señor. Que Él haga conmigo como me has dicho” (Lucas 1:38).

La gente a veces me dice: “Me gustaría ser cristiano pero, ¿tengo que hacer esto? ¿Tengo que renunciar a aquello? ¿Tengo que orar, renunciar al sexo, dejar mi trabajo, cambiar mis valores?”.

Ciertamente, hasta cierto grado, estas preguntas son legítimas porque debes evaluar las implicaciones de ser cristiano. Jesús mismo nos dice que debemos considerar el costo del discipulado (Lucas 14:25-33). Pero muchas personas quieren negociar el precio en lugar de considerarlo. Es decir, están dispuestos a renunciar a ciertas cosas, pero no quieren perder el derecho de elegir cuáles cosas. Quieren estar en una posición de hacer un análisis costo-beneficio de cierto tipo de comportamiento, conservando el control de las cosas y el trono de su vida.

En una ocasión escuché a un maestro de la Biblia decir lo siguiente: “Cuando se trata de seguir a Jesús, la cosa más difícil de entregar es tu interior”. Cuando Dios le pide a Abraham que deje su tierra y su parentela y que le siga, Él no le muestra el lugar al que le guiará. Básicamente le dice: “Te lo mostraré después”. Dios quería que Abraham renunciara al derecho de determinar por sí mismo su manera de vivir.

De algún modo, tienes que decir lo que dijo María cuando entregues tu vida a Cristo. Tu corazón debe clamar algo como esto: “No conozco todo lo que vas a pedir de mí, Señor. Pero haré lo que Tú dices en Tu Palabra, me guste o no, y aceptaré pacientemente lo que envíes a mi vida, lo comprenda o no”. Simplemente no puedes saber todo lo que Dios pedirá de ti en el futuro. Por ejemplo, la mayoría sabemos que la Biblia enseña que no debemos mentir ni engañar. Pero podemos encontrarnos en una situación en donde decir la verdad puede costarnos nuestra carrera y mentir puede salvarla. Entonces seguir a Cristo tendrá un costo muy alto. Así que antes de llegar a una situación como la anterior, debemos tener decidido lo que vamos a hacer. No puedes conocer el precio de seguir a Cristo con antelación, por lo que simplemente debes decir: “No conozco todo lo que vendrá, pero una cosa sé —renuncio a mi derecho de elegir hacer o no la voluntad de Dios. Haré Su voluntad incondicionalmente”.

Por cierto, María no podía conocer todo el precio que pagaría, pero seguramente tenía una idea. Y en algún momento también José evaluaría el precio. Es interesante comparar Lucas 1 con Mateo 1. Lucas 1 nos da la perspectiva de María sobre la anunciación mientras Mateo 1 nos da la de José. Cuando José descubrió que María estaba encinta y supo que él no era el padre, decidió romper el compromiso. Pero un ángel se le apareció y le dio un mensaje de parte de Dios —a pesar de todo, debía casarse con María. Ahora bien, José sabía que si se casaba con ella, todas las personas de su pequeño pueblo (en una sociedad tradicional de honor y vergüenza) sabrían que ese hijo

fue concebido fuera del matrimonio. Sabían cómo interpretar un calendario. De hecho, la mayoría de los amigos de María se darían cuenta de que estaba embarazada antes de la boda. Tarde o temprano todos pensarían que o ellos tuvieron relaciones sexuales antes del matrimonio o ella le fue infiel. En ambos casos, habrían violado las normas morales y sociales de su cultura. Ellos y sus hijos serían rechazados como ciudadanos de segunda clase dentro de su sociedad.

Entonces ¿qué llevó a José y a María a aceptar la Palabra del Señor y decir: “Aceptamos el llamado para recibir a este niño y todo lo que eso conlleve”? ¿Qué fue necesario para literalmente tener a “Dios con nosotros” en medio de ellos (Mateo 1:23)? ¿Qué se requiere para estar *con Él*? La respuesta es *valentía*. Un deseo de hacer Su voluntad sin importar nada más.

Cuando el ángel le dijo a José: “Cásate con ella”, le estaba diciendo: “Si Jesús viene a tu vida, serás rechazado. Tendrás que despedirte de tu buena reputación”. Y se casó con María. Seguramente algunos de los amigos de José dijeron: “¿Por qué rayos te casaste con ella? O tú hiciste eso o ella te fue infiel”. ¿Te imaginas a José tratando de explicarles la verdad? “Esperen... puedo explicarlo todo. Ella quedó embarazada por el Espíritu Santo. Nosotros lo sabemos porque nos lo anunciaron unos ángeles”. La verdad no era algo que sus amigos entenderían, así que sabía que siempre pensarían mal de él.

Existen muchos lugares en el mundo actual en donde si te profesas cristiano, estarás caminando en los zapatos de José y María. Por ejemplo, la fe cristiana suena tan increíble e improbable para muchos de mis amigos en Nueva York como la historia de los ángeles parecía a los amigos de José y María. Si eres sincero sobre tu fe cristiana en cualquier círculo social o profesional en el que te desempeñes, mucha gente simplemente no entenderá y no serás capaz de hacerles comprender por qué eres como eres. En muchas ocasiones, tu reputación puede verse comprometida.

Y aun así, ¿por qué crees que Jesús vino al mundo a través de una adolescente no casada en un mundo patriarcal, gobernado por una cultura de honor y vergüenza? Dios no tenía que hacerlo de esa manera. Pero creo que esta fue su manera de decir: “No hago las cosas de la forma en que las personas esperan, sino al revés. Mi poder se perfecciona en la debilidad. Mi Salvador-Príncipe nacerá no en un palacio real, sino en un establo —no a personas poderosas y famosas, sino a campesinos en desgracia. Y todo ello es parte de un patrón, ya que Jesús obtendrá la salvación a través

de la debilidad, sufrimiento y muerte en la cruz. Alcanzará poder e influencia a través del servicio y sacrificio. Y si tienes a Jesús en tu vida, conocerás mucho del mismo trato. Pero Mi salvación funciona de esta manera —el sufrimiento lleva a la gloria; la muerte a la resurrección. Así que no temas. Recibe a Jesús en tu corazón y Yo seré tu gloria. No importa lo que piense el mundo”.

María y José estaban dispuestos a hacer por Jesús lo que Jesús haría por ellos. Él fue obediente a Su Padre, incluso hasta la muerte en la cruz (Filipenses 2:4-11). Y cuando Dios les llamó, cedieron su derecho a decidir por ellos mismos. Si realmente deseas a Jesús en tu vida, debes obedecerlo incondicionalmente. Debes ceder el control de tu vida y olvidarte de tus condiciones. Debes renunciar al derecho de decir: “Te obedeceré si... Haré esto si...”. Tan pronto como digas: “Obedeceré si...”, deja de ser obediencia. Lo que realmente estás diciendo es: “Eres mi consultor, no mi Señor. Estoy dispuesto a escuchar tus recomendaciones e incluso puede que obedezca algunas de ellas”. Pero así no son las cosas. Si quieres a Jesús contigo, tienes que renunciar al derecho de dirigir tu propia vida.

María hace una última cosa de la cual podemos aprender. Va donde Elisabet, quien le habla en el poder del Espíritu Santo. Eso debió haber ayudado mucho a María. Sin duda fue de aliento para ella y pudo haberle ayudado a entender mejor su situación, ya que en cuanto Elisabet termina de hablar, María comienza a cantar y a alabar a Dios con todo su corazón: “Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador” (Lucas 1:46-47). En ese canto María repasa el mensaje del Antiguo Testamento —desde los Salmos a Isaías y los profetas— haciendo conexiones sorprendentes que revelan la venida del Mesías. La anunciación *no es* una contradicción de la fe bíblica, sino el cumplimiento de ella. Esta perspectiva la obtiene María durante su visita a Elisabet.

Así que la cuarta cosa que necesitas es comunidad. María parece no haber entendido completamente lo que estaba sucediendo sino hasta visitar a otra creyente y hablar y adorar juntas. Sí, como María debes pensar detenidamente, dudar abiertamente y rendirte por completo —pero no será suficiente hacerlo de manera individual, sin amigos de confianza a tu alrededor. Algunas personas prefieren que la gente no sepa de sus luchas espirituales sino hasta después de haberlas pasado. Solo hablan de ellas en tiempo pasado, “Fueron tiempos difíciles”. Pero al final, no sobrevivirás

si no tienes comunión.

María era insignificante y se convirtió en una persona muy importante, simplemente porque Dios vino a ella y ella respondió de la manera más humilde. Razonó, dudó, se rindió y se conectó con otros. Tú también puedes hacerlo.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Jon Drake y a los muchos estudiantes líderes de la Unión cristiana intercolegial de Oxford, la organización que me invitó a dar las conferencias sobre el cristianismo en Oxford Town Hall a principios de febrero de 2012. Esa fue una semana en la que los estudiantes cristianos de los colegios de la Universidad de Oxford me dieron la bienvenida a mí y a mi familia —mi esposa, Kathy, y mi hijo y mi nuera, Michael y Sara— a acompañarles a compartir de su fe y sus vidas con sus amigos y colegas. Cada noche, después de unas intensas horas de hablar a los estudiantes, a nivel de audiencia y personal, mi familia marchaba (a veces en la nieve) al centro de Oxford para hablar sobre su día en medio de una chimenea enorme del siglo diecisiete. Siempre iba a la cama con sentimientos de incompetencia y gozo al mismo tiempo. Los primeros cinco capítulos de este libro están basados en esas charlas.

También quiero agradecer a Mark Camisano, quien durante muchos años y a costa de grandes sacrificios personales, patrocinó y lideró un desayuno para hombres de negocios en el Harvard Club en el centro de Manhattan. Durante años me invitaron a participar como orador. A menudo, el respetable auditorio repleto de paneles de madera estaba lleno o hasta desbordándose, y mes tras mes, durante dieciocho años, Mark y otros de sus compañeros tuvieron la intención de presentar el cristianismo en un ambiente familiar para sus colegas de negocios. A lo largo de los años hablamos de muchos temas, pero un año di una serie de charlas sobre la persona y la obra de Jesús, y los últimos capítulos de este libro están basados en esos mensajes.

Finalmente, este material nunca pudo haber sido publicado sin la labor ardua y competente de mi colega en el ministerio en Redeemer City to City, Scott Kauffmann. A Scott le fascinan las palabras, le encanta la teología, y le entusiasma imaginar los rostros de las personas cuando les amanece el evangelio. Eso lo convierte en un gran editor para mí y en un compañero en este trabajo, el ministerio de la Palabra a través de la literatura. Gracias, Scott.

NOTAS

UNO — EL ESTUDIANTE ESCÉPTICO

1. Esta cita y las siguientes dos son de W. H Auden, en *Modern Canterbury Pilgrims [Peregrinos modernos de Caterbury]*, ed. James A. Pike (New York: A. R. Mowbray, 1956), 41. También citado por Edward Mendelson en “Auden and God” [“Auden y Dios”], *The New York Review of Books* 54, no. 19, diciembre 6, 2007.

DOS — EL PODEROSO Y LA MARGINADA

2. Citado en www.bible.org/illustration/boris-becker.
3. Citado en *The Hand of God [La mano de Dios]* de Alistair Begg (Chicago: Moody, 2001), 77.
4. David Foster Wallace, discurso de graduación en Kenyon College, Mayo 21 de 2005. Consultado en www.manic.com/sg/walter.

TRES — LAS DOS HERMANAS

5. Tal vez el mejor libro que cubre estos puntos es el de Richard Bauckham, *Jesus: A Very Short Introduction [Jesús: Una brevísima introducción]* (Oxford, 2011). Bauckham resume los argumentos eruditos que respaldan estos hechos —que los Evangelios eran testigos presenciales fiables, que Jesús decía que era divino y se hacía igual a Dios y que la iglesia cristiana primitiva le adoró de inmediato como tal. En su bibliografía, Bauckham provee amplios recursos. Uno de ellos es su propio libro *Jesus and the Eyewitness [Jesús y los testigos presenciales]* (Eerdmans, 2006) y otro es el de Paul Barnett, *Finding the Historical Christ [En busca del Jesús histórico]* (Eerdmans, 2009).
6. Vea “La adoración de Jesús en el cristianismo primitivo” en *Jesus and the God of Israel [Jesús y el Dios de Israel]*, de Richard Bauckham (Eerdmans, 2009). También vea *The Preexistent Son of God: Recovering the Christologies of Matthew, Mark, and Luke [La preexistencia del Hijo de Dios: Redescubriendo la Cristología de Mateo, Marcos y Lucas]* (Eerdmans, 2006).
7. John Gertsner, *Theology for Everyman [Teología para todos]* (Moody, 1965), 45.

CUATRO — LA FIESTA NUPCIAL

8. “Juan prefiere usar la palabra 'señales': Los milagros de Jesús nunca son meros destellos de poder, y mucho menos eran conjuros para impresionar a las masas. Eran señales; destellos de poder que apuntaban a realidades más profundas que solo podían

ser percibidas con los ojos de fe”. D. A. Carson, *The Gospel According to John [El Evangelio según Juan]* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1991), 175.

9. Reynolds Price, *Three Gospels [Tres Evangelios]* (Nueva York, Scribner, 1996), 132.

10. *Ibid*, 137.

11. Fyodor Dostoyevsky, *Los hermanos Karamazov* (Raleigh, NC: Hayes Barton Press, 1963), 220.

12. Tomado de la transcripción de *60 Minutes [60 Minutos]*, vol. 15, no. 21, febrero 6, 1983. Citado en *The Body [El cuerpo]*, de Charles Colson y Ellen S. Vaughan (Word, 1992), 188.

13. No obstante, léase Lucas 2:41-52.

CINCO — LA PRIMERA CRISTIANA

14. D. A. Carson, *The Gospel According to John [El Evangelio según Juan]* (Eerdmans, 1991), 641.

15. Tomado del “Prefacio a la edición completa de los escritos de Lutero en latín (1595)”, en *Martin Luther’s Basic Theological Writings [Los escritos teológicos esenciales de Martín Lutero]*, 3era edición (Fortress Press, 2012), 497.

16. Annie Dillard, *Pilgrim at Tinker Creek [Peregrina en Tinker Creek]* (HarperCollins, 2009), 36.

SEIS — EL GRAN ENEMIGO

17. Ver Romanos 8:28

18. Andrew Delbanco, *The Death of Satan: How Americans Have Lost the Sense of Evil [La muerte de Satán: cómo los americanos han perdido el sentido de maldad]* (Farrar, Straus and Giroux, 1995), 19.

19. J. K. Rowling, *Harry Potter y la piedra filosofal* (Scholastic, 1997), 291.

20. Edith Margaret Clarkson, “We Come, O Christ, to You” [“Venimos ante ti, oh Cristo”] (Hope Publishing, 1987).

21. Visite <http://www.biblebb.com/files/ryle/assurance.htm>.

22. Visite <http://www.gracegems.org/Ryle/holiness5.htm>.

23. C. S. Lewis, *Mero cristianismo* (HarperCollins, 2001), 37–38.

SIETE — LOS DOS ABOGADOS

24. Horatio Spafford, “Estoy bien con mi Dios” (1873).

OCHO — EL MAESTRO OBEDIENTE

25. Frederick William Danker y Walter Bauer. *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature [Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y otra literatura cristiana primitiva]*, 3rd ed. (Chicago: University of Chicago Press, 2001), 303.

26. Ronald K. Rittgers. *The Reformation of Suffering: Pastoral Theology and Lay Piety in Late Medieval and Early Mo-*

dern Germany [La reforma del sufrimiento: teología pastoral y piedad laica en la Alemania medieval y moderna] (New York: Oxford USA, 2012), 47.

27. William L. Lane. *The Gospel According to Mark [El Evangelio según Marcos]* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1974), 516.

Otro teólogo que creía que Jesús estaba anticipando la ira divina era Jonathan Edwards. Vea su sermón “La agonía de Cristo”. Puede leerlo en <http://www.ccel.org/ccel/edwards/sermons.agony.html>.

28. Muchas personas malentienden esta distinción y piensan que la obediencia activa de Cristo se refiere a Su vida perfecta, mientras que Su obediencia pasiva se refiere a Su muerte. Sin embargo, ambos términos se refieren a dos aspectos de toda Su obediencia. Aun en Su vida, Jesús comenzó a pagar la penalidad de nuestros pecados al sufrir los espasmos de la vida humana que son parte de la maldición del pecado; y aun en Su muerte Jesús amó activamente a Dios y a nosotros, y cumplió activamente los requisitos de la ley. Consulte el libro de John Murray, *Redemption Accomplished and Applied [Redención completa y aplicada]* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1995), 20-22.

29. Ver 1 Corintios 15:45

30. Ver Gálatas 3:13 y Deuteronomio 21:23

NUEVE — A LA DIESTRA DEL PADRE

31. Del himno “A Cristo coronad”, de Matthew Bridges y Godfrey Thring.

32. Louis Berkhof, *Systematic Theology [Teología sistemática]* (Eerdmans, 1941), 350.

33. *Ibid*, 352.

34. Citado en el libro de Philip Yancey, *The Jesus I Never Knew [El Jesús que nunca conocí]* (Zondervan, 2002), 228.

35. Catecismo Mayor de Westminster, Pregunta y Respuesta 46, disponible en www.iglesiareformada.com/Catecismo_Mayor_Westminster.html.

36. Jonathan Edwards, “Personal Narrative” [“Recuentos personales”] en *A Jonathan Edwards Reader [Una lectura de Jonathan Edwards]* (Yale University Press, 2008), 289.

37. *Ibid*, 293.

ACERCA DEL AUTOR

TIMOTHY KELLER nació y creció en Pensilvania, y fue educado en Bucknell University, Gordon-Conwell Theological Seminary y Westminster Theological Seminary. Fue pastor de una iglesia en Hopewell, Virginia. En 1989, comenzó Redeemer Presbyterian Church, en la ciudad de Nueva York, con su esposa Kathy, y sus tres hijos. Hoy día, Redeemer tiene más de cinco mil asistentes y ha ayudado a plantar más de doscientas cincuenta iglesias en todo el mundo. También es autor de *Gálatas para ti*, *Jueces para ti*, *El Dios pródigo*, *El significado del matrimonio*, *Iglesia centrada* y *En defensa de Dios*. Keller vive en Nueva York con su familia.